

EL HOMBRE QUE NO SABÍA
LO QUE QUERÍA SER DE MAYOR

ANTONINO ALCORNOQUE



ANTONIO RAFAEL PARRILLA MUÑOZ

Una novela escrita desde el corazón, donde el autor mezcla sus pensamientos e ideas sobre la vida actual y otras décadas junto con sus vivencias. Estando siempre acompañado por su familia y amigos en el transcurso de la misma. Su objetivo principal será intentar descubrir qué quería ser de mayor. No sabemos si lo conseguirá o no, pero por lo menos lo intentará y es esta cuestión la que más le identifica, “la ilusión y curiosidad” por lo que nos rodea. A través de esta novela intentará transmitirnos dicha ilusión para que nos ayude en nuestra propia búsqueda. ¿Tienes curiosidad por saber qué decidió? Sumérgete en la novela y vivirás un sinfín de aventuras.

Rocío

*Mi agradecimiento a mi hija Rocío, pues sin su tesón y buen hacer
para la edición, esta novela no habría visto la luz.*

El autor

*Un recuerdo entrañable para mis padres y para toda mi familia; a los
que dedico esta novela.*

El autor

-Prefacio -

Durante toda su vida nuestro protagonista, le llamaremos Antonino no supo dar contestación a una pregunta, que si bien y en la mayoría de los humanos, tenía una rápida y lógica respuesta, en su caso se convertiría en una búsqueda recurrente y constante, de lo que solemos denominar como “la vocación”; nuestro hombre en ocasiones quería ser alpinista, en otras descubridor y en la mayoría de las veces, solamente “pisa-charcos”. No acertaba a descubrir la clase de fruto que deseaba producir, dado que ignoraba la clase de árbol al que pertenecía (unas veces se sentía peral entre los perales, otras, manzano entre los manzanos y en muchas ocasiones, peralejo o simplemente un alcornoque). Es por ello que un buen día y ya en avanzada edad, pensó que lo mejor que podría hacer, para satisfacer su curiosidad, era buscar en el armario de su subconsciente las múltiples vivencias y sucesos acaecidos durante toda su vida y así, posiblemente, podría llegar a descubrir tan ansiada meta. Por tal motivo, decidió escribir dichos recuerdos y dar forma a sus pensamientos, dejando constancia de ellos.

Amigo lector, esta historia verdadera o ficticia (según se mire) que tienes en tus manos, trata de relatar los recuerdos de Antonino a lo largo de su dilatada vida, en busca de la preciada respuesta a su pregunta “¿qué quería ser de mayor?”, y aclaro que sería imposible asegurar si realmente sucedieron o fueron fruto de su mente; pues a mi juicio es muy difícil separar lo objetivo de lo subjetivo. Pido al posible lector, sea indulgente con el contenido de esta historia-relato, que en ningún momento pretende ser un documento histórico o social; ya que solamente busca el soporte necesario para poder novelar los citados

pensamientos y recuerdos personales transmitidos por nuestro protagonista, y así y con suerte, ayudarle a encontrar “su” respuesta.

A menudo, nos adentramos en pensamientos y reflexiones, que si bien y casi siempre no nos dan la respuesta apetecida o aclaratoria más conveniente, sí es cierto que nos facilitan la comprensión de una serie de reacciones efectuadas por nuestra persona. El motor de estas reacciones y que todos portamos, es lo que los psicólogos llaman “la mochila”. Es por ello, que en este documento, trataré de presentar al posible lector, pequeñas historias o relatos sustraídos de esa mochila, que inseparablemente, Antonino portaba a la espalda de su subconsciente, y añado que procuraré igualmente sustraer una pequeña reflexión, sobre sus actos y pensamientos.

He llegado a esa edad en la cual he descubierto que el verdadero aprendizaje se encuentra dentro de nosotros mismos, por lo que tenemos el deber de buscarlo y para ello nos podemos servir de las herramientas que nos facilita el exterior, la vida, la sociedad, nuestro nicho ecológico, nuestro grupo.

Quiero aclarar que mis conocimientos sobre psicología, son escasos y para nada profesionales. Si bien pudiera parecer este trabajo como una terapia aplicada a nuestro amigo Antonino, nada más lejos de mi voluntad. Solo trato de aplicar el sentido común y las enseñanzas recibidas a lo largo de la convivencia con otros seres humanos. Puesto que ya he dado nombre a nuestro personaje quiero también asignarle un adjetivo y así nos sentiremos más cercanos a nuestro vividor; y he pensado, volviendo a citar el símil vegetal, que le iría bien el asignarle el nombre de un árbol de madera muy dura y corteza algo más tierna y “moldeable”; porque además de adaptarse muy bien a nuestro hombre, también recibía en ocasiones este calificativo por parte de su progenitor; el cual le llamaba “alcornoque”.

-la arcilla-

Antonino, nació a mitad de los años 40 del siglo XX y dado que su llegada a este mundo, se produce una vez acabada la segunda gran guerra mundial, podemos afirmar sin lugar a dudas que, nace en una nueva era de nuestro viejo planeta; lo que se puede denominar ya como la era atómica. Esta nueva era, no solo se caracterizaba por el descubrimiento de que se podían romper los átomos, sino que además trajo consigo unos cambios sociales y unas formas de pensar y actuar, que modificaron el mundo conocido hasta entonces; por lo que en el futuro ya nada sería igual. Vino al mundo en el seno de una familia de clase media trabajadora (especie actualmente en peligro de extinción), en un medio adecuado y con suficiente tierra, si bien los nutrientes de aquel entonces eran de baja o poca calidad pues no debemos olvidar que la misma estaba algo deteriorada, como consecuencia de haber soportado dos guerras continuadas; la grande y mundial y la no menos brutal y fratricida de nuestra guerra civil. Su lugar de nacimiento sí lo diré y al contrario que nuestro genio mundialmente conocido don Miguel de Cervantes- que nos cita al comienzo de su magnífico libro el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, “En un lugar de...”, creo que debo pronunciarlo, pues si bien un hombre de la talla de don Miguel, estimó que debía de quedar en el anonimato, yo, un humilde contador de relatos, siento la necesidad de reflejarlo, como un homenaje a la tierra o arcilla que vio nacer a nuestro personaje. Así que diré, fue en una bendita tierra o mejor arcilla, por ser moldeable y moldeadora (me gusta más), que existe al oriente de Andalucía y con mayor exactitud al norte de Granada; hablamos de Guadix, que existe desde hace millones de años en los que un día emergió del agua y de las entrañas de la tierra, y donde hace algo más de 2000 años un César fundaba la colonia Julia Gemela Acci.

Con la cita del lugar, he omitido el presentar a dos figuras muy importantes de nuestra historia-relato; los progenitores de Antonino, sin los cuales hubiera sido imposible la existencia de nuestro “árbol-personaje”, acompañado en todo momento de su

mochila (recibida en el hogar). Al padre le llamaremos Marco-Antonino y dado que también pertenecía a la familia de los “quercus”, y que se parecía en su porte y su elegancia, así como en su fortaleza, a un roble, pues le añadiremos este adjetivo Marco-Antonino Roble. A la madre por su ejemplaridad y dulzura la llamaremos Miriam y por sus dones personales le agregaremos Violeta, por el parecido con estas exquisitas flores, Miriam Violeta. Con respecto al resto de personajes (familiares o no) y en la medida en que aparezcan en escena les iremos dando también su nombre.

Y sin más doy comienzo a estos recuerdos, que procuraré ordenar, según los recibí de su autor.

Capítulo I: Brotes y sensaciones

Los primeros recuerdos de Antonino hacen referencia a una plazoleta polvorienta, cercana a su casa natal, donde junto con sus hermanas mayores Antonina y Miriencita, disfrutaba de juegos de grupo, típicos de aquellos años infantiles: ruedas, rayuelas, comba, pilla-pilla y siempre acompañados con canciones (“donde va la Mirufita?, mirufí mirufá”, “al pasar la barca, me dijo el barquero” o “ratón que te pilla el gato”). Según sus comentarios, fue el muñeco de sus hermanas hasta los cinco años; lo que me hace pensar que tanto cariño, transmitió a nuestro hombre un talante muy extrovertido y sentimental con respecto a sus semejantes, que podríamos calificar de “ser amoroso”, aunque un poco mimado también y, posiblemente ejerciera su influencia en esto de los mimos. Una vecina cercana, llamada Juana o mejor al estilo de aquel barrio “la Juana” sentía pasión por nuestro pequeño Antonino, y según los recuerdos de nuestro personaje, ella lo quería con locura. La Juana ejercía de tía, posiblemente sería por el hecho de no tener hijos, ni otra familia cercana, solamente su marido el Marcos; con el tiempo la Juana emigró junto a su marido a Barcelona y un buen día y cuando nuestro protagonista pasaba de los 18 años, con motivo de una merienda en el campo, se encontraron nuevamente y cito palabras de Antonino: “la Juana nada más verme, se tiró para mí y entre besos y estrujones, me demostró el cariño que siempre me tuvo”.

Según Antonino, la casa era de dimensiones modestas (dos cuerpos separados), una dependencia con un saloncito-estar, cocina con su cuarto-despensa, dos dormitorios y un aseo; y el otro cuerpo de casa, consistente en un pequeño patio, una

cochinera y un “cuarto de los leones” multiuso. En aquella casa todo era pequeño, todo “menos el cariño”, según palabras de Antonino. Tanto la vivienda como su entorno, dejaron en nuestro aprendiz de humano, gratos recuerdos e impresiones imborrables para toda su vida; puesto que casi todo y para los niños de aquel tiempo, gran parte de los sucesos diarios se desarrollaba en la calle. En dicha calle o plazoleta, existían varias dependencias comunitarias; un pozo con su gran pila, y algo más alejado, un pequeño estercolero a los pies de un promontorio de arcilla (conocido como el cerro de la Magdalena), en donde se depositaban los desperdicios, casi siempre orgánicos. Allí se criaban por supuesto gallinas y algún que otro cerdo, que al llegar la noche eran recogidos por sus propietarios. He de hacer notar que en aquel tiempo, las basuras (inorgánicas) eran casi inexistentes, pues no sobraba casi nada y menos en una familia de clase media, todo era reciclado ante las carencias de aquellos años de posguerra.

Antonino me comentaba que dada su edad, entre 4 y 7 años, le era muy difícil precisar con exactitud todos estos lugares, pero que curiosamente mantenía el recuerdo olfativo de todos ellos y como si fuese el primer día; recordaba el olor a hierro incandescente de la forja y sus limaduras, el cercano y agradable olor del pan recién hecho y el aroma que transmitían los materiales utilizados para calentar el horno y que le traían mensajes lejanos de campo y sierra, el inconfundible olor a esparto remojado y cocido, el olor caliente y humeante del estercolero en invierno, muy parecido al que desprendía un pequeño establo de cabras, no muy alejado y al cual asistía diariamente acompañando a sus hermanas mayores, para retirar la ración de leche para el consumo familiar. En aquel entorno, se mantenían varios animales entre otros, dos de marcado interés para nuestro protagonista. Uno era un can de aspecto fiero y orejas recortadas, que permanentemente mantenían unido a una gran cadena, muy cercano a la puerta del horno y al que llamaremos “zapatones” por las grandes patas que según Antonino tenía y al que profesaba una mezcla de miedo y

respeto, por su corpulencia y demostraciones de fuerza. Otro de los animales, era propiedad de los padres de nuestro sujeto y consistía en una cochina que por aquel entonces se cebaba en cada casa y así se aseguraba el sustento de gran parte del año, con el desguace y transformación de sus piezas en succulentos manjares domésticos. A propósito de la cochina, Antonino me contó de cómo se le ocurrió galopar sobre la citada cerdita y para ello, dado que solo tenía entre cuatro y siete años, un día se situó en la puerta de la corraliza en donde se encerraba por la noche y esperó a que sus hermanas abriesen los “toriles”. En ese instante, aprovechando el paso del cerdo, nuestro improvisado jinete montaría al animal y galoparía hasta el cercano estercolero, lugar en donde solía permanecer durante gran parte de la jornada. Posiblemente no preparó bien el ejercicio, pues sucedió que la cochina, muy impacientada por su permanencia nocturna en la cochinera, salió disparada hacia su ansiado destino, y en lugar de evitar a nuestro jinete, metió su hocico por entre las piernas del infante, lo depositó en su lomo y como alma que lleva el diablo, recorrió los pocos metros que la separaban de su codiciada meta y limpiamente depositó en el suelo del citado estercolero a nuestro sorprendido caballero, el cual milagrosamente se mantuvo durante todo el recorrido en su improvisada montura con los brazos abiertos y gritando como un poseso, su triunfo o su miedo (no me lo aclaró). Con esta demostración de su afición al “rodeo”, sus padres le regalaron por navidad o su santo un gran caballo de cartón montado en una plataforma rodante (como el famoso de Troya) y Antonino emulando las hazañas de Odiseo, en lugar de meterse dentro, lo rajó por la mitad, pues según parece quería comprobar si era de verdad y qué era lo que contenía dentro de la tripa (posiblemente en recuerdo de lo visto en la matanza, pues así se designaba el proceso de transformar el cerdo en alimento). La verdad es que para un niño de pocos años, sería fascinante el observar todo el ajetreo y sobre todo, la contemplación del cerdo abierto en canal y colgado de un mástil o travesaño para que se helase en las frías noches de invierno y que así se mantenía durante toda una noche a la intemperie, con objeto de proceder al día siguiente a su desguace en las

diferentes piezas que genera el proceso.

A lo largo de sus historias, pude comprobar la gran curiosidad que mantuvo durante toda su vida, y bajo mi punto de vista, este es uno de los motores que impulsan al ser humano a aprender cosas sobre su entorno y sobre su vida. Hoy parece ser que los nuevos métodos de enseñanza en las escuelas, una vez demostrada la ineficacia de los métodos en cuanto al aprovechamiento de los alumnos, están indagando en poner más atención a los intereses prácticos del niño en lugar de potenciar su obediencia y memorización. Pues bien, Antonino que cada día ampliaba más y más su radio de acción, descubrió igualmente una tienda en donde se vendía carbón y picón, productos para la cocina y los braseros (la calefacción de entonces). Igualmente se quedó asombrado con una gran fábrica de harinas existente en el barrio y lo que más llamaba su atención era la luminosidad y limpieza de todo el conjunto que veía por las ventanas exteriores, junto a dicha harinera un pequeño templo y anexo al mismo “el edén”; un jardín con árboles centenarios y flores diversas, que siempre llamarían la atención de nuestro pequeño personaje y que será objeto de posteriores comentarios. Delante de este jardín especial tenía lugar todos los años una ceremonia única y que llamaba la atención de nuestro pequeño por su espectacularidad; se trataba de una fiesta llamada “el cascamorras” llena de fuerza y bullicio, que nuestro pequeño no entendía en aquel entonces pero que con el tiempo admiraría, pues no comprendía cómo a una persona que vestía un policromado traje y que se le atendía cortésmente e incluso dándole dinero cuando visitaba las casas, a los pocos días, lo “agredían” (en apariencia) y finalmente lo perdonaban precisamente por una promesa que tendría que cumplir al año siguiente. He de aclarar que esta fiesta para nada era agresiva y cruenta, si bien a nuestro personaje le parecía así dada su edad, dicha fiesta era antiquísima (más de 500 años). Disfrutaba igualmente con los paseos que realizaba acompañando a sus hermanas para repostar agua de un caño cercano a la casa. ¡Cómo le agradaba que su hermana mayor le tomase en brazos y lo acercara al caño!, él bebía a morro, de

aquel chorro de cristalina agua que salía, del bronceo y reluciente tubo, a “borbotones” y fresquita; una experiencia casi milagrosa para el infante, después o previo a llenar la cántara o damajuana del preciado líquido; este singular envase con capacidad aproximada de unos diez litros, recibía su nombre, creo, en honor a una reina, Juana I de Nápoles, con la única diferencia del original, de que en Andalucía se fabricaban de arcilla y no de cristal.

Poco a poco y a medida que avanzaba su edad, también avanzaba la zona de reconocimiento, pues comenzó a acompañar a sus hermanas a una especie de colegio, ignoro si privado o público, regentado por una señora enlutada y de tendencia casi religiosa, doña Augusta de la Higuera, la cual se acompañaba de dos hermanas más, de la misma condición monacal y casi de clausura, si bien no eran de ninguna orden, sí que permanecían en el celibato y vestidas de igual manera, (enlutadas), doña Miriam y doña Romualda. La escuela estaba asentada en una casa pequeña pero proporcionada, con un gran patio cubierto por una centenaria higuera y en su pie una fuente natural que hacía las delicias de nuestro pequeño discípulo, zona en donde se realizaba gran parte de la función de enseñanza. Como es natural y dada la edad de Antonino los recuerdos de las enseñanzas recibidas, se referían solo a algunos rezos y oraciones, y algunas palabras escritas en una gran pizarra negra colgada en la pared y a los divertidos juegos en el patio de este “colegio-guardería”. El camino desde casa hasta la referida escuela, tenía un sitio de singular interés y se trataba de una especie de barranco profundo con un gran puente sobre el mismo para atravesar, llamado el Almorejo. Era fascinante para nuestro pequeño de pocos años que aún mantenía como uniforme un babero color caqui, cada vez que lo atravesaban ponía a funcionar su imaginación y soñaba con poder, algún día, bajar hasta las profundidades de aquel misterioso lugar, todavía vedado para su edad. El almorejo ejercía un magnetismo especial, con el añadido de que la puerta de la escuela quedaba a la misma orilla del barranco, posiblemente recibía el nombre de una hierba muy abundante en

el lugar, que al estar en pendiente y cubierto de malezas y diferentes arbustos le prestaba un mayor atractivo selvático. Aquel reducido barranco, solo grande en la mente de nuestro pequeño admirador, mantenía múltiples sorpresas a todo lo largo de su cauce, soterrado en algunas ocasiones y abierto en otras, una de ellas era la instalación de una industria o taller de baldosas y piedra artificial, alojado en una de sus bocas, en donde se fabricaba una variedad de mosaicos, posiblemente usando una técnica de origen romano, (creo), y lo que más llamaba la atención según me contó Antonino, era el que se hacían en seco y sin horno, solo aplicando productos que fraguaban sólidamente entre ellos y a los que se les aplicaba una gran presión, valiéndose de un artefacto especial, una prensa parecida a las utilizadas para encuadernar libros antiguos pero de dimensiones gigantes y de un solo brazo que hacía girar un tornillo que efectuaba la presión manipulado de forma artesanal, y que utilizaba básicamente el mismo sistema de la romana, pues tenía una gran pesa al final del brazo, seguramente para ejercer presiones máximas sobre el mecanismo de prensa, lo que hoy se conoce como suelo hidráulico. Y ahora cedo la palabra a nuestro protagonista, para que nos relate su recuerdo, sobre una merienda.

-Jueves lardero-

Fue un día que hicimos “novillos”, pues mi hermana mayor, Antonina, decidió que con motivo de que era jueves lardero (el ultimo jueves que precede al carnaval), lo tomaríamos como celebración con merienda incluida, por lo que nos llevó a mi hermana y a mí hasta el final del barrio donde desembocaba el almorejo (esta última parte soterrado), situado como a unos 200 metros de distancia de la escuela-guardería de doña Augusta, muy cerca de la torre nazarí “del Ferro” y que daba al campo abierto. Allí dimos cuenta del pequeño refrigerio que nuestra madre nos preparaba diariamente para consumir en la escuela,. Ignoro si esta escapada tuvo alguna penalización para mis hermanas, pero sí entendí por primera vez la diferencia

entre un día de trabajo y otro festivo.

La siguiente imagen, ya se refiere a la escuela nacional de la ciudad que recibía el nombre del primo, pariente o protector de las anteriores hermanas, Escuelas don Ángel de la Higuera. Este grupo escolar estaba junto a la Catedral, recibiendo el nombre de dicho Sr., pienso que daría clase en el mismo y sería su director. Seguramente habría más de dos maestros, pero yo solo recuerdo a don Fermín Ramos y a don Miguel del Árbol, del primero de los cuales mantengo un recuerdo entrañable y de vivo interés por sus enseñanzas. Lo recuerdo como un señor afable y bondadoso que respondía a su clase con mucha dedicación, a pesar de mantener un número elevado de alumnos (posiblemente treinta o cuarenta). Recuerdo un gran patio porticado con columnas y más aulas en la parte superior y en todo su perímetro, y que al inicio y al final de las clases, formábamos todos en el patio y se cantaban canciones patrióticas, no olvidemos que la guerra hacía algo más de 12 años había terminado, con la victoria del grupo de Franco); además en dicha formación y por la mañana se repartía leche y queso, como un complemento para nuestra nutrición, la famosa leche en polvo americana. ---

Para finalizar esta primera parte, dos rápidas historias más dedicadas a la infancia de nuestro pequeño alcorcho, referentes a sensaciones más que a sucesos. La primera se refiere a cómo por unas horas el pequeño se perdió de forma voluntaria (a continuación contaré parte de este relato) y del gozo que experimentó al ser encontrado por su madre y sentir el calor del abrazo materno (una de las sensaciones más gozosas que puede recibir el ser humano). La segunda de cómo por accidente, el pequeño cayó de bruces sobre un brasero, y de cómo la rápida acción de su progenitora empapando con el contenido de un huevo (la clara), el rostro agredido por las incandescentes ascuas, consiguió que nuestro pequeño no quedase con el rostro deforme y desfigurado cual si fuese un Cuasimodo. En estas dos ocasiones el resultado final fue muy feliz y gratificante, pues

nuestro Antonino sintió el gran cariño de su madre y su rostro no quedó desfigurado para siempre, gracias a la pronta decisión de su diligente progenitora. De cómo Antonino nos cuenta lo que según él, fue “su primera excursión”.

-Comienza una afición-

Hoy he recordado algo que me pasó en mis tiempos de infancia y he sentido el deseo de rescatar dichos recuerdos, pues creo que no puedo dejar que se pierdan, para que los míos los puedan conocer. Y he querido presentar este relato como lo que realmente fue: “mi primera excursión”. En primer lugar y para que dichos recuerdos fluyan en mi mente, quiero presentar el paisaje en dónde los mismos sucedieron hace ya unos 65 años. Vuelvo a nombrar el Cerro de la Magdalena que recibía el nombre de una iglesia que existía frente al cerro (casi anexa). El referido edificio ya no se utilizaba para el culto pues no tenía en su torre ni campanas, si bien y dado que su estado de conservación no era malo, lo habían habilitado como edificio industrial y en el mismo se acondicionaba el esparto (muy abundante por esta comarca) para la producción a gran escala de cordelería, alfombras, persianas y otros derivados de esta fibra.

Recuerdo cómo mi curiosidad infantil me llevaba algunas veces a ir junto con mis hermanas mayores, a contemplar desde la puerta principal del edificio toda la actividad de su interior, pues las puertas muy grandes siempre estaban abiertas y daban a una gran nave totalmente diáfana y repleta de artilugios raros y dedicados para el menester al que la habían destinado. Entre esos aparatos había, casi delante de la misma puerta, unas vigas parecidas a las que sostienen los raíles del tren, pero de dimensiones más grandes y en número de ocho o diez, estaban muy cercanas unas de otras lo que las mantenían verticalmente y por un sistema de cintas de cuero las hacían subir y bajar como medio metro, mientras que otros

tantos hombres sentados delante y a la altura del suelo, manipulaban manojos de esparto que metían y sacaban constantemente debajo de los maderos, machacando y machacando dicha fibra natural. El ruido producido por los maderos era infernal y muy continuo pero por aquel entonces nadie se quejaba de nada y cualquiera lo hacía (ya te digo), sin embargo he de contar que tenían un cierto compás y musicalidad, aunque daba la sensación de que en cualquier momento el edificio se iba a venir abajo, pues generaba un temblor en todas las paredes.

Recuerdo con nostalgia las horas que pasaba en la calle con mis hermanas y su pandilla. Hace unos meses y cuando cumplí 69 años, acordamos ir a mi ciudad toda la familia así que preparamos un programa y todos mis hijos y mis nietos, reservamos hotel y decidimos pasar todo el día en mi ciudad natal y visitar la casa en donde había nacido. Lo pasamos genial y uno de los puntos del programa era el subir al cerro y enseñarles el lugar, situado en el barrio de San Miguel. Pudimos contemplar las vistas tan extraordinarias que se ven desde esta atalaya natural, pues dado que está en la parte alta del barrio, se puede otear, casi toda la ciudad y parte de su entorno, amén de una buena parte de sus cuevas, por lo que me encantó su vista, lo que ya no me gustó fue la vista de lo que quedaba de mi barrio y de mi casa, pues en un perímetro de unos 300 metros cuadrados, estaba todo derruido, sin paredes, sin calles, sin edificios, sin plazuela, sin nada, como si de una guerra se tratase y se hubiera bombardeado el lugar. Ignorando a qué se debía esto, me quedé un poco frío pero bueno, pensé que los pueblos como las personas se deterioran, o quizás estaba en estudio una modernización de esta zona.

Volviendo a mi relato los Reyes Magos me habían traído una pelota de goma blanca de dimensiones modestas (como un tazón) pero que para mí, un niño de cuatro años, era como un gran balón. Recuerdo que me bajé a jugar a la plazoleta y que bajé solo, previo permiso de mi madre que en un momento mandaría a una de mis hermanas. En aquel entonces esto era más que normal, pues los niños nos criábamos en la calle. En un

determinado momento del juego, la pelota (mi balón) salió disparada sin control y fue a parar al fondo del pozo, no recuerdo si intenté rescatarla o no, pero lo que sí recuerdo es que me entró pánico al pensar en la regañina que me iba a caer, por la pérdida de un objeto “tan valioso”. Por lo que mi reacción fue la lógica para un niño de mi edad, poner tierra de por medio y esperar acontecimientos. Y pensé que el mejor sitio para esperar era el cerro que tenía enfrente (distante unos 20 metros), así que me encamine a él y me metí en una de las varias pequeñas hendiduras que tenía en su cima y en este puesto especial de vigilancia, pues veía mi casa y toda la placeta, esperaba acontecimientos los cuales no se hicieron esperar mucho, pues una de mis hermanas salió y tras llamarme y no contestar, entró nuevamente en mi casa. Al ratito salía mi madre y mi otra hermana, comenzando la búsqueda por la cercanía, por la casa y acompañado de llamadas insistentes pronunciando mi nombre ¡Antonino, Antonino!, pero el asustado de Antonino no respondía y se acurrucaba más en su escondite. Mi madre y mis hermanas se acercaron a un horno que existía entre nuestra casa y las paredes de la iglesia, por encima de la placetilla y dando también cara al pequeño promontorio en donde yo permanecía escondido, para ver si había ido al mismo, puesto que del citado horno retirábamos el pan diario. Con el paso de los años, me enteraría que dicho horno era propiedad del padre del que luego sería amigo mío Ángel Fronteras, pues nosotros, a los tres años siguientes nos fuimos a vivir al barrio de Santiago y ellos al barrio de La Concepción. Y yo aprovechando que mi familia había entrado en el horno y viendo que ya oscurecía y sentía miedo, salí pitando de mi escondite y me metí dentro de casa, escondiéndome en el cuartito y detrás de un pequeño saco lleno de algún alimento (posiblemente patatas) pensando en mí solamente y que ya sería más difícil dar conmigo. La cosa se puso cada vez más fea, pues al no encontrarme mandaron recado a mi padre al trabajo, mientras mi madre acompañada de unas vecinas, se quedaron en la cocina de mi casa esperando la llegada de mi padre y las acciones que propondría para encontrarme. En un momento determinado una de mis hermanas

entró al cuartito y dio la alarma de mi presencia por lo que mi madre entró de un salto y salió conmigo en los brazos, y yo me hice el dormido y me dejé querer; luego me enteraría que pensaban había caído al pozo, dado que advirtieron que la pelota estaba dentro flotando en el agua. Y así felizmente, terminó el susto para mis padres de mi desaparición y para mí la “excursión a la montaña” pues para mí fue una experiencia inolvidable. ---

Antonino me contó muchas más vivencias y recuerdos de sus primeros años infantiles sobre aquel barrio, en el que permaneció hasta los siete años y por ellos pude sacar unas primeras reflexiones. Entendí que la vida de los humanos está ligada y se nutre de dichas experiencias y pude observar cómo desde un primer momento, los cuatro elementos principales que componen nuestro planeta; agua (cuando bebía a borbotones en el pilar), tierra (cuando jugaba con sus hermanas en la polvorienta placeta), aire (cuando aspiraba los efluvios de su entorno) y fuego (cuando contemplaba el taller cercano a su hogar), fueron y son la forja en donde se temple el material del cual se alimenta el carácter personal de cada uno, y dependiendo igualmente de cada cual y de la intensidad recibida, conseguiremos al final de nuestros días un buen acero o una buena hojalata. Igualmente con sus recuerdos, me trasladó una imagen de la vida y su transcurrir diario en aquellos años de la posguerra, así como también la gran dosis de amor recibida, tanto de sus familiares más cercanos como de sus vecinos; todo lo cual actuó sobre nuestro personaje, a modo de crisol.

Capítulo II: Primeras ramas y conocimientos

En esta nueva etapa de la vida de Antonino, el escenario cambia de lugar, pues la familia se mudó de vivienda y se estableció en un nuevo domicilio distante del anterior y ubicado en otro barrio cercano, pero con un atractivo muy superior al disfrutado hasta ahora y citando de nuevo sus palabras, también es posible que el hecho de cumplir siete años en el mismo día del traslado, prestara una importancia especial al suceso. Intentaré trasladar al lector, de la forma más precisa, todos estos nuevos recuerdos. Esta nueva etapa de la vida de nuestro pequeño alcornoque se desarrolla entre los siete y lo diez años, con el añadido de que al estar muy cerca la casa-cueva de su abuela, nuestro personaje pasaba más tiempo en ella que en su propio hogar, por lo que podemos decir que se crió con su abuela materna durante este período de tiempo, siendo muy determinante para el futuro de nuestro Antonino, pues considero que en este espacio sucedieron acontecimientos en tiempo y lugar, muy diferentes de los que hasta esas fechas se habían producido. Cambió de domicilio, de barrio y de amigos (por supuesto sin perder los anteriores), cambió igualmente de escuela y procesos de enseñanza, y también y muy importante comenzó a ser más independiente.

Como en cualquier gran ciudad, todos los barrios tenían un referente común: iglesias, conventos, caños, negocios e industrias... amén de alguna característica especial que los distinguía. Este nuevo barrio el de Santiago contaba con su iglesia, en donde sí celebraban culto, disponiendo además esta

parroquia de un convento de clausura y como es natural su caño que al igual que todos los conocidos, disponía de un magnifico frontal realizado en piedra, dos metálicas y relucientes bocas por donde fluía el liquido de forma continua y suficiente y se completaba con un gran pilar para abrevadero del ganado y bestias, igualmente realizado en piedra; si bien este barrio poseía ya más rango que el anterior, dado que además de mejores condiciones de habitabilidad estaba dotado de casas señoriales y blasonadas además de un monumento nazari de notables dimensiones -La Alcazaba-. He pensado qué quién mejor que nuestro ya conocido amigo Antonino, para reflejarnos sus primeras impresiones sobre aquel nuevo hogar.

-Calor de hogar-

Los recuerdos que trato de plasmar en mi mente se remontan a los primeros años que viví en mi casa del barrio de Santiago, situada en la calle del moral, n°9, recuerdo que el día en que mi padre nos llevó a toda la familia a ver la casa, nos sentíamos todos muy contentos, pienso que sobre todo mi madre, pues aquel día la recuerdo muy contenta y radiante de felicidad, dado que la familia aumentaba a cuatro hermanos, mi nueva hermana Flor y en espera de un quinto, que llegó a los pocos días y recibió el nombre de Arcángel. La casa tenía dos balcones y una gran ventana a la calle y además de tres dormitorios, un salón comedor, cocina, aseos, una terraza y una gran habitación junto a esta a la cual llamábamos “la torre”. También contaba con un lujo especial que consistía en tener un pozo dentro de la cocina y de agua potable, pues en aquellos tiempos eso de darle al grifo no existía, por lo que tener el agua dentro de casa era más que un lujo. Si bien el agua se podía usar para cocinar; mi madre nos mandaba al caño de Santiago, distante de casa unos doscientos metros, pues decía le gustaba más el sabor del agua de dicho caño, ya que para beber era más agradable. El citado caño estaba en la plaza del mismo nombre y junto a la iglesia parroquial dedicada al apóstol, por cierto una iglesia preciosa, obra de Diego de Siloé como principal maestro, con una

magnífica portada plateresca y actualmente considerada monumento nacional. Me viene a la memoria el taller que existía en la misma base de su torre, dedicado a la construcción de sillas de madera de álamo blanco y de cómo nos gustaba a los niños observar al sillero en su labor artesana, pues partiendo de unos trozos de troncos de esta variedad de las salicáceas y unas aneas o espadañas, confeccionaba en unos minutos una silla¹ completa. Nos encantaba admirar la ejecución del sillero, daba la sensación de que las herramientas que utilizaba estaban vivas y eran ellas las que dirigían al operario en lugar de ser este el que las utilizaba, tal era su pericia, pues cortaba, descortezaba y ensamblaba la silla y a continuación procedía a confeccionar el asiento a base de las aneas o eneas, quedando a la vista una confortable silla para el descanso. Continuando con la nueva casa, diré que también tenía un pequeño aparador de dos cuerpos, uno de los cuales hacía las veces de trastero y este trastero fue desde el primer día mi lugar preferido y secreto, pues en la parte superior había fondo suficiente para mi persona, tal era así que cuando la visitamos aquel día yo me metí dentro y cerré una puertecilla de madera que tenía y mi gente se marchó y me dejaron encerrado; claro que rápidamente volvieron pues la casa de mi abuela distaba unos cien metros de la nuestra. Pienso que si bien en aquel momento yo no entendía lo que había pasado para cambiar de casa, hoy sí que puedo hacerme una idea cercana, supongo que mi padre había conseguido un trabajo estable como dependiente en un comercio de tejidos y confecciones, además del que ya tenía por las noches, como ventanillero, portero o acomodador en un cine, con lo cual ya podía disponer de un dinero fijo y meterse en comprar una vivienda un poco más grande que la que teníamos en el anterior barrio.---

¹Nota del autor: recientemente me ha llegado la noticia del marcado interés de un emperador japonés, durante el siglo pasado, por el aprendizaje de esta artesanía de la madera, llegando incluso a enviar una comisión para investigar todo este proceso; la cual permaneció en la ciudad durante el tiempo que duró este aprendizaje).

Desde el primer día, Antonino hizo amistad con Pepe Luis un vecino de su edad, que vivía en la casa de al lado, recordaba a su madre Concha Bordadillos una mujer bondadosa y muy primorosa, pues confeccionaba encajes de bolillo, artesanía muy apreciada en aquel entonces. Este Pepe Luis además de tener sus mismos años, también tenía un espíritu aventurero y junto con otro amigo también vecino, Manolo Cerezuela alias Manolín, formaban el trío perfecto; una mezcla tan explosiva y peligrosa como la misma pólvora, curiosamente compuesta también por tres elementos (azufre, carbón y clorato potásico). No sabría decir quién era quién de dichos componentes pero sí que puedo afirmar que eran “los tres elementos”. El padre de Manolín no trabajaba en el campo ya que era oficial administrativo del Ayuntamiento, en cambio el padre de Pepe Luis sí que tenía una finca en arriendo llamada “La Cerquita” cercana al puente de “la Bomba” en la carretera hacia un pueblo próximo y dado que la abuela de nuestro personaje tenía dos hermanos también del campo, uno labrador y el otro molinero, muy cerca del referido y a unos dos kilómetros de la ciudad, pues tomaron muy buena nota del camino a seguir, unas veces para ir al molino del chacho Juanín y otras veces de visita a su hermana Ernestina o Araceli(no recuerdo bien) y otras, acompañando al padre de Pepe Luis a su finca, la cuestión es que se hicieron grandes especialistas del terreno circundante, siempre acompañados de los mayores, si bien ya rondaban lo ocho años. Antonino me comentó que casi nunca usaban la carretera, pues su abuela hacía un recorrido especial y alternativo a través del camino viejo por San Diego y los cerros de Medina o como se les decía vulgarmente “Meina”. Es posible que el recuerdo distorsionado con la edad o la ilusión de las fantasías infantiles, potenciasen los lugares en los que realizaban sus correrías, pero debo añadir que posteriormente y con 12 y 15 años, Antonino continuó utilizando el mismo escenario pero adaptado a otra edad y con otros amigos. La cuestión es que dichas fincas separadas por una distancia de algo menos de 1000 metros, tenían gran cantidad de frutales(peros, peras, castañas, acerolos,

granadas, higos, uvas, selvas, nísperos, moras, almendras, avellanas, y un sinfín de frutas más, vamos... el paraíso terrenal para sus años infantiles. Además disponían de agua en abundancia, pues por las dos discurrían sendas acequias, una la procedente de “la fuente de la reja” y otra la procedente del cercano valle del Zalabi y que llamaban acequia “de la ciudad” de grandes dimensiones y caudal permanente; con un añadido extraordinario, las dos mantenían en sus aguas fauna piscícola, posiblemente bogas y cachuelos amén de ranas, renacuajos y serpientes de agua, ratas de agua, gallinetas, y pollas de agua. En algunas ocasiones, se veían patos salvajes, ánades y una variedad muy pequeña, creo que se llaman “zampullines”. La acequia reunía en sus orillas una cantidad abundante de árboles característicos del humedal, chopos, álamos negros o peralejos, mimbres lloronas, membrillos, majuelos, avellanos y algún que otro fresno, que le daban un toque especial de misterio. La acequia de “la ciudad” tenía unas dimensiones de profundidad y anchura respetables para su edad, (casi dos metros de ancho por unos 70 cm. de profundo), esta ejercía un magnetismo tremendo sobre Antonino y sus amigos, los cuales recibían constantemente instrucciones de no acercarse al agua, sin embargo, sí que lo hacían al primer descuido y al más puro estilo de David Livingtone recorrían sus orillas como si de la misma selva se tratase, eso sí recordando en todo momento no acercarse a los distintos buzones de entrada del agua, que regularmente disponía la acequia para salvar el paso de ramblas y pequeños barrancos a todo lo largo de su recorrido, pues les habían explicado que si caían en el sifón de entrada, ya no podrían salir por la fuerza de succión del agua y morirían ahogados (medicina santa para mantenerlos a distancia de estos sifones). Es en este punto cuando cedo la palabra a nuestro Antonino, para que nos cuente de primera mano varias de sus vivencias.

-Petardos y “granaos”-

Ocurrió que me dejaron pasar, junto con mi amigo, el fin de semana en la casa-cueva de la finca “La Cerquita” y claro se

puede uno imaginar la explosión de alegría que generó el acontecimiento, estar dos días fuera de casa y en plena naturaleza con mi amigo Pepe Luis. Así que nos preparamos y con un par de reales² que teníamos, adquirimos varios petardos, pues sería por el mes de enero y cercana la fiesta de San Antón y aunque por aquel tiempo existía poco celo por parte de los padres en cuanto al uso pirotécnico se refiere, la cultura granaina mantenía muy arraigado el uso de petardos y carretillas. Decidimos que para poder realizar nuestra “especial traca” tendríamos que esperar a que anocheciera y así tendría más emoción nuestra “cremá”. Así que cuando todos se reunieron junto al fuego de la chimenea, mi amigo Pepe Luis y yo saldríamos a la puerta y para que no pudieran ver qué hacíamos, nos metimos en el corral dedicado a los animales, sacamos nuestros petardos y ni cortos ni perezosos encendimos nuestra artillería, y los lanzamos al aire. Bueno, el follón que se organizó fue de aúpa, pues entre el silencio de la noche y posiblemente que nos habíamos excedido en el tamaño de los petardos, los estampidos fueron monumentales y como consecuencia de los mismos, protestas estrepitosas de las gallinas, revolución total en la cuadra y entre los borricos (rebuznando como posesos) y acompañamiento instantáneo de la familia que salió asustada a la puerta. Resultado: mi amigo se acostó esa noche con el culo calentito y yo me escapé en atención a ser un invitado, si bien con la advertencia y regañina de que pasaría tiempo hasta que me volviesen a invitar.

Pasaron varios meses y llegó el verano, así que los tres amigos decidimos hacer una exploración por nuestra cuenta, por lo que acordamos que para no levantar sospechas y puesto que no pensábamos pedir permiso, aprovecharíamos la hora de misa en Santiago a las 12 y en lugar de asistir al santo oficio, nos pondríamos en camino hacia la famosa acequia de “la ciudad” y efectuaríamos lo que prometía ser una exploración fabulosa. Recuerdo que aquel día estrené una sahariana con el cuello cerrado y recuerdo que tenía estampados unos dibujos de

² un real de entonces representaba la cuarta parte de una peseta y consistía en una moneda circular y con un agujero central

los tebeos de aquel tiempo, con historietas de Mortadelo y Filemón, otras de Roberto Alcázar y Piedrín, el capitán Trueno e incluso de Zipi y Zape, y recuerdo que como yo tenía la cabeza un poco grande, mi madre pasó lo suyo para poder ponérmela. Así que salimos con la excusa de misa y pensamos que para las dos de la tarde estaríamos de vuelta y a mis hermanas y las vecinas les dijimos que echasen delante que ya las alcanzaríamos. Fantástica exploración la de aquel día, pues para no ensuciar la ropa de domingo, nada más llegar nos la quitamos y la dejamos en una orilla y efectuamos la exploración recorriendo parte de la acequia metidos en el agua y al estilo de los indios del río Amazonas. Cómo recuerdo las múltiples sensaciones de aquel fantástico día, cómo recuerdo también que para poder ponerme de nuevo la camisa de verano de cuello cerrado tuve que desgarrar un poco de tejido para meter la cabeza, cómo recuerdo el mordisco que recibió mi amigo Pepe Luis en la barbilla producido por una serpiente de agua que atrapó por la cola (le quedó la marca de por vida) y cómo recuerdo que ese día sí que nos calentaron a todos el trasero con la alpargata, si bien lo prefería pues los cachetes en ese sitio del final de la espalda y donde esta pierde su condición como tal, se recibían mejor de las madres (más amorosas) que de los padres, puesto que estos tenían más fuerza y se temían más, aunque los dos sistemas de castigo “picaran por igual”.

De aquellos años y de la solana de Santiago, recuerdo otras anécdotas que merecen ser rescatadas de mi subconsciente y entre ellas la de cómo en el mismo cerro de la solana y en sus entrañas, existía una alfarería; también existía un “guitero”, dedicado a la cordelería de cáñamo, que por aquel entonces estaba en auge ya que era la mejor fibra textil de aquellos tiempos para producir cordeles y guitas. Recuerdo como si fuese hoy, contemplar todo el proceso para su confección, desde el peinado del cáñamo en una especie de cepillos peine que estaban fijados a unos potros de madera y montados encima los operarios y con grandes manojos de cáñamo previamente preparado, con sus dos manos asían estos manojos y a modo de latigazo clavaban el mismo en estos peines de alambre

puntiagudo y peinaban los manojos hasta que estos quedaban suaves. Seguidamente otros operarios procedían mediante unas pequeñas maquinarias manuales (ruedas y carretes giratorios) al hilado de los diferentes cordeles que posteriormente y según la cuerda deseada en tamaño y grosor, procedían a su confección mediante otros tantos artilugios. También quiero dedicar unas líneas a la referida alfarería que existía debajo del gran cerro cercano a mi casa y que estaba a la altura del monumento nazari y frente por frente con la misma. Esta alfarería era quizás y en su tiempo una de las más importantes de la ciudad, se encontraba en la misma carrera de las Cruces que dividía los dos barrios y quiero recordar que disponía de cuatro o cinco tornos giratorios para la fabricación de las distintas piezas que en ella se fabricaban, sobre todo utensilios para el servicio del hogar, cántaros, pipos, lebrillos, además de un sinfín de productos artesanos y artísticos como maceteros, orzas y fuentes de diferentes medidas, tejas, ladrillos, etc, y todos con el denominador común de ser productos de la elaboración artesanal de la arcilla. Quiero recordar hasta dos hornos y la exposición al aire libre de las diferentes etapas de la elaboración de estos productos artísticos. Dado que en aquel tiempo los niños nos criábamos en la calle, y yo tenía todo el tiempo del mundo como vecino de estas industrias para visitar, y estar observando constantemente estos trabajos, siempre eso sí, procurando no molestar y con toda la prudencia del mundo, hasta que el patrón o capataz me mandaba a casa. Este lugar estaba a medio camino entre mi casa y la de mi abuela, muy cerca de la Puerta Alta y del caño de Santiago, era mi territorio habitual”. ---

Por mi parte he de comentar el alto grado de curiosidad que seguía manteniendo nuestro amigo y la atención especial que dedicaba a las acciones que emprendía por lo que me hace pensar, en que una característica muy especial de Antonino, se estaba formando y consolidando poco a poco, además de tener una memoria casi fotográfica, para todo aquello que era de su interés. De entre todas aquella historias he elegido la que a mí

juicio refleja mejor estos años durante los cuales Antonino los pasó junto a su abuela materna. Los recuerdos que mi personaje me ha contado, son tan bonitos y entrañables, que he decidido comentarlos como un pequeño relato con título y todo “Subida a las viñas.” Es curioso cómo un pequeño objeto o suceso, nos trae a la mente imágenes y experiencias pasadas de las que no tenemos conocimiento hasta que se produce esta “conexión”, y no quiero entrar en discusiones sobre si estas experiencias obedecen al hecho de tener muchos años y según teorías psicológicas, los recuerdos cuanto más te acercas al punto definitivo del “no retorno”, más nítidos y claros se presentan, de tal forma que puedes olvidar lo que hiciste la semana pasada, pero nunca lo que hiciste en tu niñez o en tu juventud, misterios del ser humano.

-Subida a las viñas-

Resulta que hoy, primeros días de primavera, he notado que las plantas y sobre todo las hierbas silvestres, que han iniciado su carrera para producir en pocos días sus esplendorosas flores y así tener la posibilidad de ser fecundadas por mediación de los insectos, ofreciéndoles su néctar y sus inimitables colores. Hoy he observado cómo una mariposa visitaba delicadamente las diferentes y múltiples flores que ya la estación nos presenta. Fruto de esta observación, se ha producido en mi mente un recuerdo vivo y grato de mis reiteradas subidas a “las viñas” por supuesto acompañando a mi querida abuela. Este altiplano muy parecido en cierta manera a la estepa rusa (no en vano se rodó en este lugar, una pequeña secuencia de la película Doctor Zhivago), durante una o dos semanas y en primavera tiene lugar una transformación espectacular del terreno, pues la aridez que le caracteriza, sufre una metamorfosis de colores y vida difícil de igualar. Toda clase de hierbas salvajes compiten entre sí por conseguir los favores de los insectos, y lo más espectacular es la multitud de mariposas que se concentran en estos días, para aprovechar el néctar de tanta flora silvestre empapando el paisaje con su

colorido y su incesante ir y venir. La impronta recibida por mis retinas y estas imágenes han quedado marcadas para siempre en mi mente como un espectáculo extraordinario, comparable a la visión que produce un volcán en erupción o la catarata de un gran río, pues tal era la cantidad y variedad de dichos insectos, grandes, pequeños o muy grandes. Como es natural, estas sensaciones las descubro ahora de mayor, como el recuerdo de nuestros padres, pues de chaval lo único que me interesaba era correr y correr detrás de estos hermosos “lepidópteros” para conseguir atrapar alguno, cosa casi imposible. Con el tiempo aprendes que no puede uno correr tras las ilusiones, solo pararse y disfrutar de su contemplación.”.---

No puedo dejar pasar otra historia que me contó nuestro amigo Alcornoque, sobre un “río” de pequeñas dimensiones (otra acequia), pero de gran interés para él y que a continuación pongo en boca de nuestro personaje.

-ríos menores-

Por los ríos y fuentes de Guadix.- Al igual que el insigne poeta don Jorge Manrique en su poema “coplas a la muerte de su padre”, compara los ríos con nuestras vidas; yo también quiero utilizar este símil, si bien no en nota de melancolía, pues no creo, con el debido respeto hacia el escritor, “que cualquier tiempo pasado fue mejor”. Y por el contrario en nota de alegría, quiero tratar de glosar mis recuerdos sobre mi tierra natal y con las emociones que estos hermosos escenarios me hicieron sentir en mis años infantiles y juveniles. Quiero referir en esta ocasión los lugares de Guadix, en los que como pequeños paraísos de vida, aparece el agua; elemento en donde se originó esta primigenia semilla vital y su biodiversidad. Como no podía ser de otra manera; me dejo arrastrar de los recuerdos infantiles y me traslado a esos sitios en los que gracias a mi querida abuela, comencé a amar los entornos cercanos a este importante elemento, que cubre en la actualidad la mayor parte de nuestro planeta visible. Los hechos sucedieron sobre los años 53/58 del

pasado siglo, con la edad comprendida entre 8 y 12 años (Algún día relataré de como mi abuela nació, muy cerca de estos lugares, en mitad del campo y junto al agua de una rambla). El molino en el que el chacho Joaquín (hermano de mi abuela) desarrollaba sus funciones de molinero. No recuerdo si este molino era de su propiedad o lo tenía en arriendo; lo que sí recuerdo con toda nitidez y transparencia es su entorno, sus dependencias y las múltiples jornadas que junto con mi abuela realicé en el mismo. Al recordar este lugar y tratar de trasladar al papel mis recuerdos, no puedo dejar de preguntarme muchas cuestiones que salen de mi subconsciente enganchadas al hilo conductor, procedente de esta maraña de pensamientos que mi psiquis me presenta. Pero dado que este no es mi objetivo y además no poseo los conocimientos y el estudio suficiente para abordarlo en profundidad, y poder dar explicación científica a estas cuestiones psicológicas, a las que seguramente mi hermano Arcángel como médico-neurólogo, sabría dar muy acertada respuesta; continuaré con la parte lúdica y placentera que es la que a mí me interesa, . El citado molino, se encontraba a un par de kilómetros de Guadix, en el paraje que antiguamente se denominaba “el puente de la bomba” y cercano al cauce de este wadías, el cual en este tramo estaba muy canalizado y domado en apariencia mediante hileras de sauces y mimbres muy juntas y plantadas en sus dos márgenes; y digo aparentemente porque cada equis tiempo este cauce crecía como consecuencia de los arrastres depositados en el mismo y constantemente había que drenarlo para que el agua en tiempo de tormenta, no inundara los terrenos circundantes . Al molino se accedía por un camino terrizo, que partiendo de la margen izquierda de la carretera, sentido Almería, terminaba en la placeta del referido. Junto al mismo y casi en su puerta había un gran sauce o mimbre llorón (“Salix babilónica”) de proporciones colosales, seguramente centenario, y que debía su fortaleza y longevidad a la cercanía de la acequia de la que se nutría el molino para sus funciones harineras. Debajo de tan colosal árbol existía una gran piedra de molino, la cual seguramente había terminado su vida laboral transformada en

mesa y si bien sus funciones no eran estéticas, sí que daba al lugar un cierto encanto. Frente al edificio que albergaba la casa y las dependencias fundamentales de un molino, había un pequeño habitáculo de una sola planta y dimensiones reducidas, en las que normalmente el chacho y mi abuela, charlaban en torno a una pequeña mesita de madera de chopo y unas cómodas sillas del mismo material primorosamente pintadas de azul y con los asientos de anea o enea, seguramente confeccionadas por mi chacho, manipulando esta planta tífæica. Ignoro el porqué de elegir este lugar, si bien entiendo que en el molino existía gran ruido y el ambiente estaba impregnado de polvo como consecuencia de la actividad a la cual se dedicaba; pienso igualmente que esta pequeña dependencia era como el lugar, que el chacho Joaquín escogía para su ocio y descanso, así como también como si dijésemos su oficina o taller, pues en la misma existían toda clase de artilugios y correas de cuero colgadas en sus paredes, todas ellas relacionadas con el molino. Hoy me pregunto el porqué de estas visitas al molino y a las casas-cueva que frente al citado y una distancia entre 500 y 1.500 metros tenían otros familiares de mi querida abuela; una prima y además dos sobrinas Joaquina y Tatina; junto a “la Cerquita” y junto a la balsa de don Juan Mañas, casi lindando con los cerros de Medina o “meina” en donde también residía otro hermano; mi chacho Antonio. Y pienso que independientemente del objetivo de estas periódicas visitas, existía el vínculo y el cariño familiar entre estos hermanos. Como digo, entre el sauce llorón y la oficina-taller del chacho Joaquín, partía una marcada senda que justo detrás de esta construcción, tenía un pequeño puente que cruzaba la acequia de la cual se nutría el sistema del molino. Esta acequia era el principal objetivo de mis paseos e inspecciones y cada vez que mi abuela hacía su visita al molino, yo le pedía permiso y los dejaba a ellos charla que te charla y con la única advertencia recibida de no acercarme bajo ningún pretexto o motivo a la entrada del agua y al sistema rotatorio que hacía funcionar las palas de madera del “motor“ natural y sencillo del que consta un molino, lo cual no tenía más remedio que cumplir, pues para

yo acercarme a dicho lugar tenía necesariamente que pasar por delante de donde estaban sentados, La segunda condición era la de no alejarme demasiado y también fácil de cumplir, pues dado que la acequia terminaba quedando soterrada a unos cincuenta o cien metros, además la finca estaba limitada como por un terraplén plagado de vegetación tupida y boscosa hasta la carretera, muy próxima al citado puente de la bomba por lo que no se podía continuar. Esta acequia o “río” para mis años infantiles tenía todo cuanto un río verdadero podía contener; tenía una pequeña jungla de bambúes o cañas indias, algunas de dimensiones respetables -cinco/siete - metros de altura y con algunos diámetros de hasta ocho centímetros y dado que esta planta prospera eficazmente en terrenos húmedos, pues había colonizado la acequia en sus dos orillas y junto a la esclusa de entrada al molino, formando un pequeño bosque junto a la casa -molino que daba un toque de color y encanto especial al lugar; tenía diferentes árboles frutales en sus dos márgenes (perales, manzanos y ciruelos); y un sinfín de pequeñas plantas que en aquel tiempo no eran de mi interés por lo que no es posible relatar sus nombres y orígenes.

Otro poderoso aliciente para mi sed de aventuras, lo constituía la fauna de mi pequeño río; poblado de multitud de pececillos; seguramente cachuelos o bogas que transitaban curiosamente justo en el lugar que permanecía soterrada la acequia y posiblemente por eludir el peligro; dado el fácil acceso al refugio seguro, que presentaba el estar entubada a partir de ese lugar. Recuerdo que mi primer aparejo de pesca consistió en un alfiler (sustraído a mi querida madre) un poco de hilo de coser y eso sí y como no podía ser de otra manera, mi cañita de bambú del terreno; aparejo muy ligero, el cual junto con las suculentas lombrices, moscas o simplemente migajas de pan ofrecidas, daban el resultado apetecido, de cuando en cuando. En aquel tiempo yo ni entendía de pesca ni sabía de especies; solo advertía con desagrado que cuando conseguía algunas capturas de esta variedad de ciprinidos y las llevaba a casa, mi madre me decía que no eran comestibles aquellos

pececillos que parecían caracoles, dado el exceso de espuma o grasa que producían al intentar el simple lavado. Con respecto a los insectos; decir que los había de muchas clases; y con respecto a mi persona los distinguía entre malignos (moscas y mosquitos) y benignos (mariposas, libélulas y caballitos del diablo). El grupo de los considerados peligrosos, trataba de evitarlos como podía pero aún así me ponían la cara, brazos y piernas cubiertos de picaduras molestas y dolorosas. Respecto del grupo agradable y dentro de las libélulas; llamó poderosamente mi atención, desde el primer día; el caballito del diablo. Este diminuto pero poderoso insecto de la familia de los zigópteros, disparaba mi fantasía hasta límites insospechados, los había de varios colores; los que más atraían mi atención eran (cosa natural), los del color negro. Yo en principio no distinguía a estos de su familia cercana “las libélulas”, ya desde el primer momento y posiblemente llamaran mi atención por eso; observé eran muy peleones y territoriales y bien en vuelo o posados; no consentían la cercanía de los de su misma especie, claro que tampoco consentían mi cercanía, por lo que era materialmente imposible el sorprenderlos y darles caza. Era un verdadero placer, el verlos surcar el espacio (siempre muy cerca del agua), ejecutando su danza; unas veces en tono de caza, otras en defensa de su territorio, también y en ocasiones copulando con sus compañeras de turno.

Frente al molino y a unos quince metros ; existía un “tejea” y utilizo este nombre aún a sabiendas de que es posible no exista en nuestro diccionario, puesto que era el nombre con el que mis mayores y sobre todo mi abuela, utilizaban para referirse a la pequeña construcción semi-soterrada en donde se tomaba el agua potable de aquel lugar. Es posible, mis queridos lectores, que los recuerdos tan bonitos y entrañables que me produce la “visión” de dicha “tejea” hagan recordar su agua, como la mejor que he probado en mi vida; fresca y muy limpia. Y no la llamo nacimiento; porque no nacía en aquel lugar sino un poco más arriba (como a unos doscientos metros) pasando la carretera; obedeciendo dicho soterramiento (como otros ya

referidos) a evitar ser cegadas y cubiertas con sedimentos producidos por las periódicas inundaciones que casi con regularidad y cada año, se producían como consecuencia de las tormentas del final del verano.---

A continuación, nuestro sujeto nos relata sus experiencias escolares en los años 50 del siglo XX.

-el rigor de la disciplina-

Este nuevo relato quiero dedicarlo a los recuerdos que tengo de mis experiencias escolares, desde que tengo uso de razón (que algunas veces lo dudo) y durante el periodo desde los siete años hasta los diez que finalizo con mi examen de ingreso en el bachiller elemental. Y espero además de disfrutar con estos recuerdos, descubrir el motivo por el que posteriormente marché a trasquilones en mis posteriores estudios, con muchos altibajos, vamos. De esta época sí que recuerdo enseñanzas, castigos y bastantes sucesos que pienso marcaron para siempre mi respuesta ante el estudio. En este periodo de enseñanza sí que conocí y recuerdo los castigos, pues no se puede olvidar que pertenezco a la generación en donde existía el dicho compartido y asumido por la sociedad que decía “ la letra con sangre entra”, y vaya si entraba pues si bien aprendíamos dichos conocimientos, no nos enseñaron a amar el conocimiento (por lo menos así lo entendí yo durante mucho tiempo) pues me viene a la memoria una fila de niños contestando a una determinada pregunta del profesor y si no la sabías, tenías que extender el brazo con la mano abierta y palmetazo o varazo al canto, recuerdo los momentos de angustia por los que se pasaba hasta que te tocaba y más aun cuando quitabas la mano (doble ración). Recuerdo un día un chaval que le llamábamos de apodo “el papaitas” o papas fritas, que en esa espera del castigo, se le fue algo más que un punto por el trasero (materialmente se cagó), pues sería en recuerdo de otro día que ese mismo profesor

lo tomó por una oreja y materialmente lo levantó en el aire y no sé si aprendería o no en ese momento, pero sí sé que le tuvieron que dar varios puntos de sutura, curiosamente en la barbilla y en la herida que se produjo al caer sobre la esquina de la mesa del maestro cuando este le soltó la oreja. La verdad no sé qué pensar si en maldad o en un mal entender del método de enseñanza ya que era compartida por todos, bueno casi todos, con algunas singulares y acertadas excepciones. También se estilaba el permanecer de rodillas y de cara a la pared y con los brazos en cruz y algunas veces sosteniendo un libro en cada mano. Igualmente existía el castigo de encerrarte en el sótano y en una especie de alacena a la que todos llamábamos “la checa”, posiblemente aludiendo a una prisión rusa, así como castigarte a quedarte dentro del colegio sin ir a comer a tu casa, esto de no dejarte comer, de veras que no he podido entender nunca su objetivo. En fin que todas estas lindezas de castigos, hacían que uno se aplicase, ante el temor de ser agredido, y había que tener mucho cuidado de no referir nada en casa, pues nuestros padres asentían y reforzaban la actitud del maestro. Cosas de hace sesenta años. También recuerdo buenos momentos en esta academia, todo no fue malo, por lo que seguidamente relataré de como un profesor don Juan Antonio Pineda, me enseñó Literatura y el amor por la prosa y la poesía. Resulta que un día nos mandó efectuar un relato sobre algo en lo que fuese de nuestro interés una vez nos leyó un libro titulado “La pájara pinta”. Yo me negué en redondo alegando que me resultaba muy difícil. Él me argumentó que hasta que no realizase no sabría si era difícil o no, por lo que una vez convencido inicié mi pequeño relato sobre una noche de verano, con el resultado de que le gustó y lo más importante, me lo hizo creer; pues aunque no recuerdo todo mi escrito, sí recuerdo que hacía alusión a “las estrellas y cómo me miraban y jugaban conmigo guiñándome continuamente“. Fue un gran acierto por su parte ya que desde aquel día no he parado de escribir; poesías, canciones y algunos relatos con lo que siento una gran satisfacción personal, y lo más importante me interesó por la lectura. Fue un gran profesor. Mis padres realizaban un gran

esfuerzo económico para pagar mis estudios, hoy es cuando me doy cuenta y donde estén, sabrán que los quiero y que hoy sé el gran esfuerzo que les costó. He de hacer la salvedad, de que en aquel tiempo solo existía la escuela pública para el graduado escolar y que si alguien quería que sus hijos estudiaran bachiller, tenían que costear dichas academias o colegios especiales. Recuerdo el problema grande que surgía en mi casa a la hora de comprar los libros de texto oficiales, escritos casi siempre por los mismos catedráticos que luego te examinaban en Granada, pues en mi libro de escolaridad (que conservo con cariño) aparecen las firmas de diferentes autores de los libros de texto, director, secretario y otros. En esta academia permanecí durante varios años y como hecho también positivo hacia la misma, he de reconocer que consiguieron pasarse el examen de ingreso para bachiller elemental en otra academia existente en mi ciudad, Las Augustas, dado que en la del Apóstol no tenían facultad oficial para efectuar dicha prueba, por lo que con fecha 8 de septiembre de 1955 conseguía pasar dicho examen en primera convocatoria con la calificación de apto y curiosamente el mismo día que cumplía años (diez). Parece ser que todos los acontecimientos importantes de mi vida sucedían en septiembre y cercanos a mi cumpleaños. Para mí fue una experiencia inolvidable, ya que además de una parte escrita, la prueba consistía en otra parte oral y el hecho de contestar en pie a las preguntas de un tribunal sentado en frente, me hizo sentir una gran fortaleza y responsabilidad. También disfrute aquel día con los parabienes y enhorabuenas que recibí de dos amigos recientes y nuevos que había conseguido; Mi amigo Álvaro y mi también querido amigo Juan, muy importantes para mí desde aquel día y determinantes para mis posteriores años de juventud.---

Dada la afición al agua y sus entornos que tenía nuestro hombre, no podemos dejar de relatar otra pequeña historia relacionada igualmente con el líquido elemento, por lo que a continuación dejamos de nuevo al gran Antonino, nos comente dicho relato.

-el río de la vida-

Continuando con mis recuerdos sobre los lugares de nuestro querido Guadix y su comarca, en los que el agua forma parte muy importante de su entorno; hoy quiero rescatar de mi memoria, los gratos y entrañables episodios en los que junto a mi familia y otras familias cercanas, disfrutábamos de uno de estos extraordinarios lugares. La primera vez que oí mencionar este bonito nombre “el barranco de Jeres”, fue a mis padres y unos días antes de un 18 de julio de hace más de 55 años. Fue con motivo de una excursión o “merienda” realizada en este maravilloso y paradisíaco lugar; dado que en ese día tenía lugar ese acontecimiento lúdico y reticente todos los años; mis padres preparaban todo lo necesario para llevar a cabo dicha merienda. Es curioso, como el recuerdo de acciones realizadas familiarmente y cuando las haces presentes en tu mente, recibes sensaciones perceptibles incluso a nivel físico. El citado barranco está formado por la confluencia de otros dos (entre los más importantes) llamados respectivamente “Alcázar y Alhorí”. Gratos recuerdos me trae particularmente este último “el Alhorí” nombre recibido de los árabes, significa “granero” (muy apropiado bajo mi punto de vista). En múltiples ocasiones y cuando viví en mi tierra, he disfrutado de su cauce, practicando uno de mis deportes favoritos; la pesca de la trucha y a más de 1.500 metros de altitud, y he de agregar que en las pocas ocasiones en las que he conseguido capturas (uno o dos ejemplares); han sido las que me han proporcionado mas satisfacción, tanto por su dificultad como por la andadura del cauce del río, amén de que la trucha en estos lugares es de proporciones modestas y llega con dificultad a alcanzar las dimensiones necesarias para una correcta y legal acción (19 centímetros); había que llegar hasta un lugar llamado “La fábrica de la luz”(creo recordar).

Durante varios años (cinco o seis), realizamos excursiones grupales y familiares en sus entornos, y recuerdo estas jornadas con mucha alegría por su lúdico disfrute y el

gran colorido costumbrista que tanta gente trasmitía a las riveras del rio-barranco de Jeres. Y como si de una gran familia se tratase; compartíamos el lugar con gentes de Guadix y también con personas (casi siempre) propietarias y conocidas del sitio o parcela en la que nos establecíamos. Casi siempre se hacía una comida especial, preparada al fuego de leña, bien un arroz con conejo o un buen choto al ajillo, muy “granadino” y muy al estilo tradicional de nuestra zona. Como cada año, se preparaba el lugar a conciencia, procurando buscar una fuente de agua potable (en aquel tiempo toda el agua lo era), a los niños y niñas se les enviaba a buscar leña seca, mientras que los mayores (mujeres y hombres) limpiaban el suelo de ramas y malezas dándole al lugar un toque de placentero hogar; se hacían pozas grandes construyendo pequeñas presas con piedras del mismo rio y no solo para refrescar el vino y la cerveza y sin olvidar la muy famosa casera, sino además para luego darse un buen “chapuzón” en las frías y transparentes aguas.

Respecto al transporte utilizado para el desplazamiento desde Guadix, diré que todo el mundo (salvo pequeñísimas excepciones) utilizaba el medio más efectivo y accesible (económicamente hablando) del que se disponía y era el camión de un buen amigo, que se ponía a disposición del grupo y se adecuaba para la situación, ya que por aquel entonces no existía una fuerte vigilancia o celo en el cumplimiento de las leyes de tráfico; tal es así que en una ocasión vino con nosotros el hijo de un teniente de la Guardia Civil, acompañado de su novia, lo cual me hace suponer que había cierta pasividad o realmente en aquellas fechas no existía ninguna prohibición sobre esta clase de desplazamientos. El viaje en camión, tenía sus encantos (o a mi me lo parecía) pues aparte de las hermosas vistas de todo el trayecto, se amenizaba el recorrido con canciones de todos conocidas y tan populares como “Asturias patria querida”. En aquella mañana de ese mes de julio, toda mi casa y mi familia estábamos en “pie de guerra”; alegres y bulliciosos desde el más pequeño hasta el más grande. Los niños de mi edad 10 a 12 años no teníamos tiempo para fijarnos en los mayores, yo

particularmente estaba despierto desde muy temprano todo ilusionado, pensando solamente en el gran día que me esperaba y soñando con subir al camión. Mi calle y gran parte de mis vecinos estaban en idéntica situación que nosotros pues yo observaba desde mi balcón todo el ajetreo, por lo que vi desde mi destacada atalaya, acercarse a un vecino, no recuerdo su nombre pero si su rostro y que le decíamos “el Rubio” y no sé si por su apellido o porque realmente era su color de pelo. Recuerdo que este señor vivía dos puertas más abajo de mi casa y al igual que mi padre, trabajaba en el banco si bien él en Banesto y mi padre en Hispano y recuerdo como llamó a nuestra puerta y comentó con mi padre cuando le abrió, sobre el camión que estaba ya aparcado en la Bovedilla, por lo que ya podíamos empezar a trasladar cestas y todo el material para el gran día. Mi calle tenía conexión con la citada Bovedilla y la Solana de Santiago, que así se llamaba y se llama mi barrio y prácticamente con los vecinos y algunos de las cercanías, completábamos la ocupación del camión; recuerdo ver algunas sillas, posiblemente para personas de más edad.

Ese día amaneció un poco nublado, pero no lo suficiente como para temer lluvia y que se aguase la fiesta. Nos acomodamos en la batea de nuestro camión-transporte y enfilamos la calle de La Gloria y nunca mejor dicho, camino de la gloria del susodicho barranco, continuamos por la carretera de Almería y al poco rato ya estábamos en los llanos y podíamos contemplar nuestra hermosa sierra Nevada y sus manchas-neveros característicos y con su blanco material; dado que antiguamente estas manchas se mantenían todo el año, recibiendo nombres según las formas que tenían (La Vaca, las Américas). Cruzamos por el pueblo de Jerez del Marquesado, sin entretenernos mucho, pues lo primero era conseguir un buen sitio cerca del río, que reuniese las características necesarias, para disponer de confort y seguridad, así que bajamos hacia el barranco y una vez pasado el puente que cruza el río, nos detuvimos en una parcela de ensueño. En pendiente suave, con la debida distancia al agua por seguridad, castaños gigantes y centenarios, una fuente a muy poca distancia, y con una porción grande de tierra limpia

de maleza y suficiente como para disfrutar las 30 ó 40 personas que componían nuestro grupo. Siguió una actividad total y frenética, adecuando el lugar, tirando nuestras mantas al suelo, preparando el sitio en dónde se encendería el fuego, bien aislado con piedras y arena del resto del suelo (para evitar el fuego incontrolado). Siguió a continuación el disfrute de cada persona, según su edad y condición; juegos infantiles, columpios, charlas entre amigos y los algo menos pequeños (como yo) a explorar el río principalmente. Lo primero que hice fue subir al castaño más grande que vi y por su interior, pues he de contar que los castaños de cierta edad y con un tronco de dimensiones realmente grandes (entre dos y tres metros de diámetro, con la edad sufren una transformación en su tronco e interior que consiste en que se quedan materialmente huecos y se transforman en unos grandes tubos, por los que se puede trepar por ellos (no sin cierto peligro), y me hace recordar una ocasión, en el cortijo de la Finquita en Guadix, como al intentar subir por el interior de otro de estos colosos, perdí pié y me resbalé hacia el suelo, clavándome en la garganta una astilla leñosa del mencionado castaño; la astilla en cuestión se me quedó alojada en la garganta y desde entonces mis cuerdas vocales las tengo dañadas. Y si bien puedo hablar, cuando intento cantar no me responden adecuadamente. Continuando con mi exploración, y por las márgenes del río, lo siguiente que vi y que no he vuelto a ver nunca más, fue un lagarto ocelado y aquí viene lo increíble del avistamiento; tenía dos colas; muy extrañado por el fenómeno, posteriormente hice indagaciones y visité la biblioteca municipal y pude confirmar que, si bien no es una forma muy usual de esta variedad de lacertilios, sucede de cuando en cuando y se debe a la condición especial que poseen todos los lagartos y lagartijas, y es la de soltar la cola en caso de peligro y así poder salvar la vida; en este caso y posiblemente el animal pasaría por una situación de peligro si bien la cola no la desprendería totalmente y creció una nueva junto con la vieja cicatrizada.

Y por fin quiero dar paso a relatar el suceso especial que me ocurrió ese 18 de julio en el barranco de Jeres. Sucedió que

en esa inspección de los lugares cercanos a donde teníamos instalado el campamento, me acerque al río buscando castañas, pues algunas había en buen estado como consecuencia de haber tenido la suerte de caer entre la hojarasca y esta las había aislado de la humedad; en un momento determinado perdí de vista a mi gente y me adentré mas y mas en el barranco y lo intrincado del bosque, y siempre pegado al cauce del rio-barranco, sucedió que presencié una serpiente de agua que tras un gesto inusual (pues aún no me había visto ella a mí) se precipitó dentro de una gran piedra que tenía una hendidura en su superficie; a mí me llamó la atención el hecho de que sintiese miedo de algo, por lo que o bien “mi ángel de la guarda” me avisó o algo presentí yo también al igual que el reptil, la cuestión es que me entró cierto miedo y salí disparado hacia el lugar en donde estaba mi familia, la cual al verme sintieron gran alegría, dado que estaban intranquilos por las noticias que habían recibido hacia unos minutos, de que una gran tormenta había descargado en la misma cúspide de la sierra, por lo que pronto recibiríamos el testimonio de sus efectos sobre el nivel normal del agua y dicha respuesta no se hizo esperar, pues en unos diez o quince minutos sentimos el atronador ruido del agua que precipitándose barranco abajo , hizo subir el nivel del cauce sobre dos metros, arroyando todo cuanto encontraba a su paso y entonces comprendí el por qué mi familia buscaban instalarse en la altura y en cerca del agua y en terreno con pendiente. Aquel día tuve suerte y creo que nací de nuevo, pues es muy posible que si no tengo la reacción de la serpiente, el agua me habría sorprendido sin remedio

Solo me resta decir que este lugar de ensueño debe de seguir dando satisfacción a los habitantes de Jeres y a todas las personas que lo visiten, pues es fiel reflejo del Edén que perdieron nuestros primeros padres y que no pierdo la idea de algún día repetir la excursión junto con mi familia, y recordar a mis queridos progenitores, rememorando las múltiples jornadas de disfrute y alegría de las que me hicieron participar.

Capítulo III: Primeras podas y más conocimientos

Es a partir de cumplir los diez años, cuando bajo mi punto de vista, Antonino, comienza a tomar la forma del árbol que será toda su vida. A partir de esa edad, toma contacto con un nuevo elemento que sintetizaba los cuatro citados con anterioridad (agua, tierra, aire y fuego); este nuevo elemento se llamaba SIERRA. La sierra reunía todas las condiciones que un joven puede buscar en estos años de crecimiento; fantasía, peligro, nobleza, grandeza, misterio, fortaleza, amistad compartida, un reto permanente y un sinfín de sorpresas que fue descubriendo a lo largo de los años que siguieron. Su gran suerte (y bajo mi humilde opinión), fue encontrar dos amigos que compartían plenamente estos sentimientos serranos, y con el añadido de que eran dos personas muy interesantes e inteligentes, por lo que de nuevo cedo la palabra a nuestro querido personaje, para que nos presente a estos nuevos compañeros de viaje.

-el placer de la amistad-

A Juan Pinsapo lo conocí con motivo de venir a vivir con su familia un poco más abajo de mi casa justo al final de la calle, y dado que tenía mi edad, enseguida congeniamos. Él tenía dos hermanos mayores Ramón y Herminita por lo que yo le caía como anillo al dedo. Recuerdo la dulzura exquisita de su madre doña Herminia y la atención que nos dedicaba cuando jugábamos los dos en su patio a un juego que entonces le decíamos “de los platicos o cazoletas” y que consistía en

utilizar los tapones de latón de los refrescos y gaseosas de entonces, debidamente preparados con papelillos previamente dibujados y pegados con marcas y nombres, que según el juego unas veces consistían en jugadores de fútbol y otras en guerreros de la mitología o la historia antigua, romanos contra cartagineses o el Real Madrid contra el Atlético de Bilbao, ejecutando sobre dichas cazoletas pequeños golpes producidos con el dedo índice sostenido a modo de percutor por el dedo pulgar, con lo que conseguíamos su desplazamiento por el suelo del patio. Mi amigo Juan era de complexión atlética, tanto que durante su juventud participó en torneos de natación y en ocasiones los ganó. Tenía una capacidad especial para la gimnasia y si en ocasiones jugábamos a pelear (tirarnos al suelo) nos revolcaba a Álvaro y a mí con gran facilidad aunque luchásemos los dos contra él. Igualmente tenía una capacidad para el estudio extraordinaria, pues de hecho lo poco o lo mucho que aprendí a estudiar, me lo enseñó él en horas de estudio conjunto en su casa y curiosamente de mayor se dedicó a la enseñanza y llegó a ser Director de Instituto en una ciudad de Jaén. Era el equilibrio entre Álvaro y yo. Su razón se mantenía ante el desbordamiento de fantasía que teníamos; siendo de la misma edad, parecía nuestro hermano mayor, incluso realizaba esta función si teníamos algún encuentro o tropiezo callejero con otro grupo de niños o jóvenes.

A Álvaro Abeto lo conocí con motivo de ser amigo de Juan, pues iban los dos a la mismas clases en la academia de Las Augustas y aunque él vivía muy cerca de la plaza de Santiago, detrás del Gran Café a unos 200 metros de dicha plaza y ya en el camino hacia Santa Ana, pues no asistía a mi academia, congeniamos también enseguida pues era de un espíritu aventurero parecido al mío, muy inteligente (como Juan) tanto es así que nos sorprendía a cada momento con juguetes que él mismo construía. Llego incluso a realizar (a partir de los 14 años) modelos de aviones planeadores y algunos impulsados con su propio motor (de gomas), en los que realizaba a escala matemática todos los componentes del avión, fuselaje, alas, costillaje interno de madera muy fina y su envoltura con papel

de celulosa incluidas las hélices y tren de aterrizaje y en múltiples ocasiones los probamos y casi siempre con éxito. No en vano de mayor fue Ingeniero Naval.

Recuerdo que cuando con 16 años se marchó a estudiar a la ciudad de Cádiz lo que en aquel entonces se les llamaba “navales” teníamos en preparación un proyecto de construcción de una cometa a escala mayor como para poder planear con uno de nosotros colgado de la misma, vamos lo que hoy se conoce como un ala delta y que entonces ni en película se veía jera todo un fenómeno!. Tenía tres hermanos y él era el mayor de ellos; a continuación Lourdes (guapisima como todos los hermanos) seguida de Paco y Raúl, el más pequeño. Recuerdo también a su madre una mujer encantadora y muy guapa (todos los hijos le habían salido a ella) y no es que el padre fuese mal parecido. Recuerdo lo mal que lo pasó la familia pues el padre falleció con 50 años y recuerdo cuando acompañé a mi amigo al funeral en la iglesia del barrio de San Francisco, lo apenado que estaba él y toda su familia. Desde aquel día noté en Álvaro un cambio de mayor responsabilidad.

También recuerdo a su abuela y lo poco que le gustaban mis visitas a su casa, pues yo buscaba solo jugar y la abuela decía y con razón, que Álvaro tenía que estudiar y si podía pues me decía que había salido y no me abría la puerta de su portal. Siempre me he preguntado por qué recibía la sensación de ser querido por las madres de mis amigos; posiblemente sería porque advertían mi dedicación y cariño también por sus hijos. La fuerza de atracción que sentía hacia ellos, era en primer lugar su capacidad intelectual, lo que hoy se conoce como “capacidades especiales” puesto que diariamente me hacían aprender cosas nuevas, eran por así decirlo como mis libros vivientes y en segundo lugar; sus formas morales y éticas. Respecto a la atracción que yo ejercía sobre ellos supongo que sería mi creatividad, amén de una principal que era nuestra pasión compartida por el campo y la aventura. También pienso que mis conocimientos del entorno de la ciudad ,los cerros y la sierra, por las múltiples veces que había acompañado a mi

abuela al campo, era muy valorado por ellos. Igualmente mi madre sentía un gran aprecio por mis amigos y les atendía con igual cariño y dedicación cuando llegaban a casa, como dos hermanos más. Yo tenía a mis dos hermanas mayores Antonina y Miriamcita y una menor que yo Flor y dado que mi quinto hermano Arcángel era muy pequeño, pues yo sentía una inclinación natural a estar junto a mis compañeros de juego, por lo que con los años siguientes nos convertimos en inseparables.---

A menudo me pregunto el motivo de que las cosas sucedan, ¿será el destino...? Yo personalmente no creo en el destino, solo creo en un Creador y en el orden perfecto creado, por lo que pienso que en el caso de Antonino, al igual que en el de todos los humanos (respeto profundamente cualquier pensamiento diferente), los sucesos encuentran a personas atentas en ese preciso instante y de forma casi intuitiva deciden aceptarlos o no. El ser humano es tan complejo, que no seré yo el que presente una teoría sobre esto, pero no puedo evitar el hacerme estas reflexiones. En la vida, si no estamos dispuestos y abiertos al mundo exterior, perderemos información; de igual manera si no miramos también hacia nuestro interior, no estaremos preparados para recibir dicha información exterior. Hurgando a hurtadillas en mi subconsciente, recupero de cuando en cuando algunas imágenes y situaciones de mi vida, en las que se ha puesto de manifiesto, la existencia de un sexto sentido o energía desconocida, que a mi juicio, me hace sospechar de la existencia del mismo, cabe la posibilidad de que solo sea descubierto y desarrollado por determinado número de personas (caso de existir); por lo que no puedo evitar el tratar de buscar respuestas; primero a la de si realmente existirá este campo inmaterial o será por el contrario, fruto de mi desbordada fantasía; y en segundo lugar y caso de encontrar una mínima certeza de su existencia, tratar de aplicarla. Estas reflexiones, giran en torno a las historias contadas por nuestro sujeto y la búsqueda mantenida y continuada tratando de encontrar “su respuesta”.

Antes de pasar a otro capítulo, no puedo dejar atrás lo que Antonino cuenta de su abuela, que al parecer fue una figura clave en su vida, por lo que entiendo debemos escuchar lo que pensaba Antonino.

-amor de abuela-

En diferentes ocasiones, he ensalzado la figura de mi querida abuela Miriam mis vivencias junto a ella y ese lugar, ya mítico para mí; su cueva. Mi abuela Miriam, tenía una cueva debajo de la Alcazaba de Guadix; y yo desde que tengo uso de razón, por unos u otro motivos, estaba más en casa de mi abuela -su cueva- que en mi casa. La cueva era de proporciones regulares, tenía dos habitaciones de estar una a la entrada de la puerta y otra que daba a una ventana y seguidamente y siguiendo la norma de todas las cuevas; un pasillo vertical a la puerta y un pasillo vertical a la ventana y cada uno de esos pasillos daba a dos y tres dormitorios, respectivamente, al objeto de que entrase la luz natural hasta el último rincón y también la ventilación, para lo cual contaba con una chimenea en la cocina (junto a la ventana) y otra chimenea a la izquierda de la puerta, que únicamente se usaba como ventilación. Luego además de un gran corralón (de unos 80 metros cuadrados), disponía de un tinao o "tinaa" y dos cuadras con sus pesebres y pajar. La entrada al corralón tenía una gran puerta de madera con dos hojas y en una de ellas una puerta peatonal, pues la grande daba cabida para que entrase un carro. El cerro de la cueva estaba limitado y cerrado por la gran mole del torreón de la Alcazaba y una pared anexa al mismo de unos 6 metros de altura por otros 20 de largo, perteneciente al campo de juegos del Seminario. Este corral estaba diseñado en forma de rectángulo; en su lado izquierdo muchas estacas clavadas en la pared, para atar las cabalgaduras de los usuarios y enfrente, en el lado derecho; un pozo con una gran pila para lavar, una cochinera, y a continuación la ventana citada y la puerta de entrada a la cueva. Seguidamente "la cocinilla" que así llamaba

mi abuela a una pequeña habitación en la que tenía gallinas y toda clase de pequeños animales, al lado de esta un gran "poyete" con dos escalones, para subir las personas a las bestias; continuando con una cuadra (la del tinao) pues en tiempos anteriores en ese gran pozo-horno vertical, se preparó cal viva, y seguidamente las dos cuadras. A la "portá", terraza o cerro, se accedía por unas escaleras pegadas a un edificio de tres plantas que cerraba el corralón por ese lado.

Mi abuela se había quedado viuda muy pronto y dado que su marido Antonino Peralejo murió joven y como se suele decir "se llevó la llave de la despensa, ella le sacó partido a su corral y a la poca tierra que le había quedado; por lo que preparó una posada para la mucha gente que venía de los pueblos al famoso "sábado" (mercado) de Guadix, dado que tenía muchos amigos y familias conocidas del marquesado; pues entre otros motes o apodos a mi abuela la conocían por "Carmen la cogollera", posiblemente mi abuelo era de Cogollos, y mientras la gente hacía su "sábado" dejaban sus cabalgaduras en el corral; muy parecido a lo que hoy es un "parking". La ventaja principal de una cueva es su economía en cuanto al consumo de energía, tanto para producir fresco en verano como para el calor que transmite en invierno; ya que durante todo el año, mantiene una temperatura entre 18/20 grados; tal es así que si en verano te tomas una siesta y te olvidas de taparte con tu paño o manta pues puedes coger perfectamente un resfriado. Recuerdo un nevazo tremendo que cayó en Guadix por el año 1952, pues me pilló en casa de mi abuela y en dos días no salí de la cueva y ni me enteré del frío (¡cómo recuerdo las rosetas o palomitas que me hizo mi abuela durante dichos días!). Otro aliciente bueno que tiene, es el total aislamiento contra los ruidos exteriores, y si continuamos con sus maravillosas propiedades; no digamos el seguro total contra los terremotos, ¡ya te digo! Un recuerdo precioso que guardo de la estancia en la cueva de mi abuela, se refiere al "barquillero" que pasaba casi dos veces por semana por delante de la puerta, al caer la tarde. Soñaba con su pregón, "el barquilleroooooo", acompañado de un preliminar toque de

corneta, como el usado en las cacerías inglesas contra los zorros; y no podía resistir el pedir a mi abuela un real³, por el que recibías dos barquillos, pues tenía dos clases de barquillos deliciosos; uno el clásico redondo tipo oblea y el otro de cucurucho, y con la curiosidad de que te permitía girar una pequeña ruleta que mantenía como tapadera del cubo que portaba a su espalda, sostenido mediante una gruesa correa; ¡que emocionante!, pues en ocasiones te tocaba otro barquillo.

Junto a la cueva y lindando con el gran corral o “el corralón” como mucha gente lo llamaba, había un edificio de tres plantas y varias casas, que formaban un pequeño barrio y en el que habitaban varios niños y niñas, con los que yo de cuando en cuando jugaba y en ocasiones incluso, hacíamos “teatritos”, principalmente imitaciones de cantantes, otras veces nos divertíamos jugando en los pajares de la cueva al escondite. Recuerdo un día en el que mi amigo Manuel perdió un imperdible valioso en el transcurso de estos juegos y no hubo manera de encontrarlo, a pesar del interés que pusimos y se cumplió el dicho o refrán “mas difícil que encontrar una aguja en un pajar”, por lo que mi buen amigo, seguro que aquel día le dieron una porción de la medicina de entonces llamada “alpargata”.

Mi abuela criaba, gallinas, patos y pavos, pues por aquel tiempo era su despensa; y recuerdo con verdadero placer, cuando salían los pollitos y los pequeños patitos, como nos dejaba tocarlos y acariciarlos, mientras ella les ponía su comida. He recordado un asuntillo que por lo gracioso no quiero dejar en el olvido; mi abuela como decía anteriormente, tenía toda clase de animales y en especial unos conejillos de indias o cobayas (que llaman hoy). Resulta que estos pequeños animales inofensivos en principio, empezaron a ser un problema serio, ya que como se reproducen a velocidad meteórica y en progresión geométrica; la parejita que en un principio se veía graciosa, a los siete u ocho meses se había multiplicado por 10, pero es que no había llegado al año y no se podían contar; se veían conejitos de indias por todas partes, por el patio, por el

³ moneda antigua con un agujero en el centro y equivalente a un cuarto de peseta

cerro, por las cuadras y... lo más alarmante fue que como tienen la capacidad de construir sus propias cuevas o refugios; pues decidieron un buen día que la cueva de mi abuela también podía ser la suya y... ¡madre del amor hermoso! comenzaron con su colonización; minas por aquí y minas más allá, y un día sentías que los ladrillos o baldosas del suelo cedían y descubrí una galería, otro día perseguías a escobazos a dos o tres conejitos por la cocina o los cuartos, en fin ya os podéis imaginar el final, mi abuela que era de armas tomar; dejó a "termineitor" a la altura de una babucha y dejó al posible lector, con las ganas de saber cómo lo hizo, puesto que yo ni lo sé ni lo recuerdo, pero a las pocas semanas, misteriosamente desaparecieron. En aquella cueva de mi abuela, además de recibir calor físico, recibí igualmente el "calor espiritual", que transmitía a su nieto la personalidad de esta extraordinaria mujer, pues con su amor, manifestado de una forma distinta a como lo transmite una madre, y puesto que las abuelas no tienen la responsabilidad de educar, desbordan toda su ternura sobre el nieto o nieta que tienen bajo su custodia, dedicándole tal atención y mimos, que hacen que uno se sienta especial, aunque con esos años no seamos conscientes de esto. Mi abuela además, también me enseñó a rezar; cómo recuerdo las primorosas letanías que quedaron impresas en mi mente para siempre, y aún a riesgo de parecer "ñoño" y en su honor, las quiero reflejar aquí. Cómo olvidar la de "cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro ángeles la acompañan" o "San Expedito bendito, confesor de Jesucristo" o "San Antonio, divino Antonio" y pido disculpas por no recordar el resto, si bien recuerdo que todas ellas, terminaban con la siguiente leyenda "tanto de noche como de día, rezando un Padre Nuestro y un Ave María; y he de manifestar que ya antes de asistir a la escuela, yo sabía las dos oraciones vitales y básicas para un cristiano, y eso lo debo a mi querida abuela, pues diariamente y en el momento que precede a acostarse, nos las enseñaba y hacía repetir con devoción y respeto. He de confesar que aún hoy y después de 70 años, mantengo esa enseñanza y si bien no mantengo el horario, sí que durante el día y en un momento determinado doy gracias a Dios y rezo un

Padre Nuestro.

No quiero finalizar mi relato, sin antes decir que me hizo un gran regalo y pienso es extensible y aplicable a todas las abuelas; que fue sencillamente el hacernos disfrutar a mis hermanos, hermanas y también a mí, de toda la ternura y el cariño de que es capaz una mujer; que cuando le toca ejercer de abuela, se desprende de cualquier atadura o coraza y hace que su nieta o nieto se empapen con su amor; que consigue el hacernos sentir únicos y especiales, y que somos muy importantes y esto es a mi juicio el mejor regalo de nuestra vida; pues nos enseñan a ser seres amorosos.

Capítulo IV: Formación en copa y nuevos aconteceres

A menudo suceden cosas a nuestro alrededor, que en muchas ocasiones no percibimos en toda su intensidad hasta pasado algún tiempo; y en el caso de Antonino, y bajo mi humilde opinión, al tratarse de un árbol longevo y por lo tanto sometido a un lento crecimiento, es posible que dicha circunstancia ralentizase sus respuestas ante la vida. El siguiente período de tiempo que a continuación contaremos, se refiere a los años comprendidos entre los diez y los diecisiete. Unos años muy importantes en la vida de nuestro aprendiz de hombre, en los que se inició la forma entre copa y todo-viento, de esta variedad de quercus. Para no perder el hilo de los múltiples sucesos relatados por nuestro personaje, he pensado en seguir los años de estudio reflejados en su libro de escolaridad de aquel tiempo. A la vista del mismo, se puede observar que si bien nuestro estudiante tenía una capacidad intelectual de nivel medio, pero poca afición a los estudios, aunque desde siempre manifestó un vivo interés y curiosidad por saber, por lo que su padre el señor Roble, le compró la enciclopedia diccionario Espasa Calpe en su edición reducida y esto durante mucho tiempo, fue su libro de consulta; no se parecía a sus dos amigos. En cuanto a resultados, evidenciaba altibajos, por lo cual y como posteriormente veremos dejó los estudios y buscó trabajo, pero esto será objeto de otro capítulo. Mientras tanto continuamos escuchando a nuestro personaje y de cómo dio cumplimiento a

una gran ilusión. Las ilusiones en el ser humano son tan ligeras y efímeras, como un bulanico en las manos de un niño. Dependiendo de nuestra voluntad, estas se podrán materializar o no y marcarán en nuestra vida un rumbo y un objetivo, del que posiblemente dependerá nuestra felicidad; puesto que son tan necesarias y vitales para el ser humano como el aire para nuestros pulmones o el agua y el alimento para nuestro cuerpo. Y sin más, Antonino pasará a comentarnos en qué consistió su ilusión.

-el viento en los cerros-

La contemplación de un bulanico me recordó los meses de marzo y abril en los que el viento se manifiesta con más fuerza y continuidad en nuestra querida tierra de Guadix; en nuestros preciosos cerros arcillosos y mi imaginación me trasladó rápidamente a aquellos “hermosos días” en los que en el cerro cercano a mi casa de la Solana de Santiago, di cumplimiento a mi gran ilusión de aquel tiempo: volar una cometa. Por aquel entonces contaba yo con doce o catorce años de edad. En mi tierra existía una afición muy arraigada a confeccionar cometas y volarlas; sobre todo en los cerros, precisamente en mi calle pues durante la temporada ventosa era muy común y recurrente el contemplar el cielo , repleto con multitud de estos objetos voladores. Así que comencé (como es natural) por lo más fácil y básico el gavielucho, que además era lo más económico; y una vez preparado salí disparado hacia el cerro en primer lugar, pero dado que no tenía hilo suficiente continué calle abajo, mirando y tirando de mi gavielucho. Al poco rato ya bajaba por la carretera de San Miguel acompañado de una bandada de chiquillos, unos menores y otros zagalones. Recuerdo el “pavoneo” que me daba al sentirme importante; pavoneo que duró poco, pues uno de los zagalones bien por envidia o bien por sustraer el objeto de nuestra atención, en un momento determinado se adueñó del gavielucho cortando el pequeño hilo y poniendo pies en

polvorosa; por lo que aquel día, además de técnicas de vuelo aprendí una lección; “esperar lo inesperado”. Decidí hacer una luna de tamaño medio y recuerdo le puse tres colores verde, amarillo y azul y me quedó fantástica; recuerdo que aquel mismo día la volé y con gran satisfacción pues mi padre me ayudó. Ha pasado el tiempo y sigo recordando con alegría el día en que pude realizar mi ilusión. Después he comprendido que lo verdaderamente importante de aquellos años no fue el hecho en sí de volar una cometa sino el de recibir cariño e ilusión de mis progenitores tal como hace patente la extraordinaria película de Mary Poppins (Yulie Andrews) y Dik Van Dike y en la que su director Robert Stevenson nos presenta unos fotogramas llenos de colorido y emotividad en los que la familia al completo y otras muchas personas dan libertad a sus ilusiones montadas en el vuelo de sus cometas, viéndolas dibujar en el cielo. Y seguimos escuchando a nuestro protagonista.---

-arcilla y arcilla-

Por esa época realizábamos excursiones constantemente y casi siempre por el valle del Zalabi, dado que esa zona es fantástica y conecta con diferentes lugares de los pueblos cercanos y con la sierra. Recuerdo con especial interés las subidas hasta la cueva del monje situada en los cerros de la estación y junto a la vía del ferrocarril en la dirección hacia Almería. Se trataba de la morada-iglesia de un eremita o ermitaño que al parecer construyó y habitó la misma en tiempos posiblemente de los moriscos y constaba de varias dependencias, entre las cuales existía una pequeña capilla y un gran ventanal situado en mitad del cerro y desde el que se contemplaba Guadix y al fondo Sierra Nevada. Cuando nosotros lo visitábamos, se mantuvo durante mucho tiempo en muy buen estado de conservación, sufriendo posteriormente el deterioro por la barbarie y el tiempo. Subíamos en cualquier época del año y a cualquier hora, dado que el lugar estaba cargado de misterio y se encontraba relativamente cerca, algo más de un kilómetro. Durante los meses de primavera sobre todo al

principio, se producía un fenómeno especial el cual consistía en que durante los primeros momentos de la mañana y casi coincidente con la salida del sol en el valle de Guadix, se producía una niebla muy espesa, por lo que descubrimos que estando muy temprano en la cima del cerro de la cueva que no estaría a más de 900 metros de altitud (Guadix está cercano a los 700) quedábamos por encima de dicha niebla. La palabra es impresionante para describir el paisaje que contemplábamos, lo que en las Canarias llaman “mar de nubes” y con un añadido aún más espectacular; que nuestra sombra al reflejarse por la salida del sol en dicho mar de nubes, aparecía rodeada de una aureola dorada y muy luminosa, como algo sobrenatural por lo que lo repetíamos casi a diario incluso teníamos controlado el tiempo de subida y bajada para poder estar a las nueve en clase, pues madrugando no teníamos problema.

Recuerdo con gran placer nuestras subidas por la rambla de Fiñana hasta la balsa del “chiribaile” en donde nos bañábamos en verano pues aprendimos a nadar desde muy jóvenes. Yo concretamente lo hice en la finca de otro amigo Alfonso Azufaijo. Tenía una casa a la salida de Guadix en el camino de Benalúa y un día que fui a visitarlo y a jugar con él estaba bañándose y me preguntó “Alcornoque, ¿sabes nadar?” y al contestarle que no, ni corto ni perezoso me empujó al agua y cuando salí como pude, me dijo ¡pues ya sabes! Yo tenía 9 años .Como digo además de un placer las subidas a la chiri eran para nosotros un orgullo y un reto, pues desde siempre esta gran balsa de agua natural entre cerros había constituido el lugar de baño para adultos de Guadix por excelencia junto con los sifones en la rambla de Fiñana, por lo que era casi un ritual el bañarse en dicha balsa (un cubo de 20 por 20 por 3 metros de capacidad) nutrida por una gran acequia procedente del valle del Zalabí y al regreso un chapuzón en los sifones igualmente nutridos por otra gran acequia procedente en este caso de la fuente de la reja. Y hablando del valle del Zalabi, decir que esta zona era también el principal objetivo de nuestras correrías. Estaba formado el valle por el barranco del río Guadix al comienzo de los pueblos de Alcudia de Guadix y su anejo

Exfiliana distantes de la ciudad unos 5 kilómetros y continuando hacia la cercana sierra hasta encontrarse con otros tantos barrancos pertenecientes a los pueblos de Dolar, Lanteira, Ferreira, Aldeire, La Calahorra, Jeres del Marquesado, Albuñan y Cogollos de Guadix, todos los cuales forman un semicírculo con epicentro en Guadix, con un radio de 12 kilómetros y que se conoce con el nombre de Marquesado del Zenete. Nosotros partíamos de Guadix y a través de la rambla del Patrón, llegábamos a los cerros y a uno en especial que llamábamos “la meseta” y en el que teníamos instalado nuestro campamento particular, que estaba dentro de la zona conocida como los cotos. Esta meseta era un cono truncado, formado por la erosión sobre lo que antiguamente había pertenecido al altiplano de Guadix, lo que se suele denominar un cerro testigo, poseía una explanada de unos 600 metros cuadrados con muchos pinos ya crecidos y dada su altura y lugar estratégico era para nosotros una atalaya insustituible tanto como balcón para contemplar paisajes, como lugar donde practicábamos toda clase de deportes incluso atletismo, saltos, jabalina, arco, disco, pesas y otros muchos. Era como nuestra residencia, pues en pequeñas cuevas que tenía, las utilizábamos para guardar nuestros utensilios y así un día nos dedicábamos a buscar pistas de animales, y otros a explorar multitud de cuevas que existían en dirección hacia la sierra y en sus múltiples barrancos, pues el paisaje era como un pequeño cañón del río Colorado (guardando las distancias). Todas las acciones que realizábamos estaban debidamente documentadas con visitas a la biblioteca de Guadix que existía en aquel entonces en el edificio del Ayuntamiento, por lo que si había que seguir pistas, nos documentábamos primero con los diferentes animales que existían en el lugar; estudiando sus costumbres y la forma de sus pisadas, descubrimos zorros, tejones, ginetas, incluso un día un gato montés, también y en el tajo que formaba el cerro de la meseta todos los años criaban los halcones peregrinos. ¡Cómo recuerdo su agudo chillido -kiss, kiss, kriss!, dado por el macho como aviso de que el territorio tenía dueño y advirtiendo a la hembra que estaba empollando de la presencia de algún peligro.

No había forma de sorprenderlos. Igualmente llegamos a estudiar libros antiguos sobre la forma de construir arcos y flechas y de cómo utilizar los diferentes árboles más adecuados para esto, así como tiempo en que había que cortarlos, la mejor madera que llegamos a utilizar fue la de fresno, dado que el tejo no existía en nuestra zona. Estos lugares nos hacían soñar pues además por aquel tiempo con 14/ 15 años leíamos bastantes novelas de aventuras y había un autor americano ZANE GREY que nos gustó e impactó bastante, dado el romanticismo que transmitía y que las escenas se sucedían en el Gran Cañón y el estado de Utah, pues nosotros lo trasladábamos a nuestro paisaje en pequeña escala pero muy parecido. Con el paso del tiempo advertí que el cine americano y sobre todo John Ford utilizó profusamente a este autor para sus películas del oeste, La diligencia, Centauros del desierto etc.

Yo tenía una carabina de aire comprimido de la marca Norica, regalo de mi padre cuando cumplí los 14, pues mi tío Pepe era un gran aficionado a cazar pajarillos (en aquel tiempo, más que un deporte era una necesidad) Y esta afición la compartía con él, por lo que llegué a tener una gran puntería, tanto que era capaz de partir cualquier hoja de un árbol por su peciolo, si me lo proponía. Durante esas excursiones yo me llevaba la carabina y por el camino cazaba algunos pájaros o palomas silvestres que consumíamos haciendo una hoguera y mediante la técnica de soterramiento de las piezas debajo de las brasas junto con castañas o membrillos (al más puro estilo indio), consiguiendo muy buenos resultados. Las piezas se depositan con plumas y sin tripa y por efecto del calor la pluma se quema formando una película alrededor de la carne que posteriormente se desprende con facilidad. En el espacio comprendido entre los diez y los 15 años conocí bastantes amigos además de Álvaro y Juan. Teníamos una gran pandilla formada por compañeros de nuestra edad y principalmente de estudio y entre los mismos rotaba buscando otras actividades que no fuesen el salir al campo, dicha pandilla era muy extensa dado que se había formado como consecuencia de haber pasado por varios centros de enseñanza, si bien todos de enseñanza

libre, por lo que teníamos que ir a la capital, cuando llegaban los exámenes. Recuerdo con admiración a otro amigo Gabriel del Árbol, que estudió también con nosotros en Las Augustas y vivía en la plaza de Santa Ana junto a la iglesia y su padre era maestro nacional. Era un genio nato y también realizaba modelos aéreos de aviones y barcos a una perfección mejor que Álvaro. Recuerdo que a los barcos que hacía, les ponía incluso cañones, pero ¡jojo!, cañones de verdad, que disparaban pólvora que él mismo hacía; de hecho, fue él quien me enseñó a hacer pólvora e incluso fabricar pistolas que disparaban. En cierta ocasión y en la mansión de Pablo Manzano, junto a la iglesia de Santiago, que disponía de un gran casa (casi un palacio) con un gran jardín y en una alberca dentro del mismo, preparamos una batalla naval, con modelos fabricados por nosotros bajo la dirección de Gabriel del Árbol y a cañonazo limpio, y no fue Trafalgar, porque el padre de Pablo al escuchar los primeros estampidos bajó desde su despacho y nos puso a todos a parir. Le perdí la pista cuanto también se marchó a estudiar fuera, pero seguro que hoy será un inventor profesional, ¡tal era su capacidad!---

-icaros del agua-

En mi deseo de comentar algunos sucesos más, realizados con mis dos amigos Álvaro y Juan, seguidamente relataré de cómo decidimos construir una barca india o "kayak". Tendríamos en aquel tiempo entre 13/14 años y dado que ya aparecía en Álvaro su espíritu de "naviero" él fue el director de la construcción y como operarios Juan y yo, estableciendo como astillero la casa de mi abuela, pues además de ser el punto estratégico idóneo, por cercanía de los tres, contenía y disponía de los elementos necesarios para la construcción de nuestra canoa, como era muchos listones de madera y caña que mi abuela había ido depositando en la terraza o "cerro" (como ella le llamaba) de la casa-cueva que poseía debajo del torreón nazari. Álvaro diseñó los planos, con su correspondiente armazón central y costillares, y aunque

pienso que dichos planos se ajustaron a medidas concretas, creo que los realizó más como si de un avión se tratase. La cuestión es que nos entregamos al trabajo con tanta ilusión que hacia las cinco de la tarde del día siguiente (domingo) ya la teníamos terminada, por lo que el siguiente paso era “probarla”. Fue bastante divertido el desplazamiento desde la casa de mi abuela, hasta tomar el camino de la sierra, pues decidimos que la botadura se efectuaría en una alberca alejada y discreta del puente de la tromba, y digo que fue divertido, por el interés que despertó en la chiquillada de todo el trayecto, tanto por las dimensiones y formato de la canoa, como por la forma de portearla, pues al ser de casi tres metros de larga por unos 70 centímetros de ancha en su parte más gruesa, la única forma correcta de hacerlo era al estilo indio, metidos debajo y sosteniéndola con manos y hombros, con el único problema de que dos permanecían debajo y uno necesariamente tendría que ir fuera y dirigiéndonos, por lo que se echó a suertes y nos tocó a Álvaro y a mí debajo y Juan fue el que tuvo que soportar los comentarios y risas de todo el vecindario. He de comentar que nuestra escasez de medios, escasez de dinero y escasez de conocimientos, agudizó nuestro ingenio hasta límites insospechados, si bien lo pasamos genial durante todo el trayecto, imitando a los actores de la película “El temible burlón” en la que su protagonista Burt Lancaster en compañía de sus amigos metidos dentro de una barca invertida, es perseguido por soldados a través de las calles. El final resulto épico, pues tras llegar al sitio de prueba y depositar la canoa en la alberca nos dio una inmensa alegría el ver que flotaba perfectamente e incluso no hacía agua, pero nuestra alegría duró lo que tardamos en meternos dentro, pues recuerdo que fue Juan, en atención a su mal trago con el público el que tuvo el honor de ser el primero en meterse, el primero y el último, ya que recuerdo su cara imperturbable mirando estoicamente al infinito mientras se hundía poco a poco y hasta el fondo. Nos sentimos tan decepcionados, que dejamos la canoa abandonada en aquel mismo lugar, en el fondo de la alberca y al igual que sucediese con el Titanic.

“El quinto elemento”: A partir de los catorce o quince años se producen unos cambios en los hábitos y comportamientos de nuestro protagonista, en parte obligado por la marcha de sus inseparables amigos a la capital, para cursar estudios de grado superior en colegios internos, con lo cual y ante la carencia de amigos que compartan su pasión por la sierra, comienza a realizar sus excursiones en solitario. También y por esas fechas se despierta en nuestro individuo la atracción por lo femenino, lo que en aquel tiempo se designaba como “arrastrar el ala”, por lo que añade a su amor-pasión por la sierra otra clase de amor-romántico por el sexo opuesto, comenzando a fijarse en las chicas que llamaban su atención para así poder designar a la de su gusto. También se despierta un deseo desbordante por la lectura, sobre todo novelas de aventuras, de ciencia-ficción, historia, mitología, astrología, etc. tanto clásicos como contemporáneos, así lee con avidez a Homero, Cervantes, Pedro Antonio de Alarcón Julio Verne, Zane Grey y todo libro que hable sobre temas que despierten su curiosidad. Deja los estudios de bachiller y comienza a preparar una oposición para trabajar en la banca, como auxiliar administrativo, por lo que durante un año se entrena con nuevas materias, cálculo, derecho mercantil, contabilidad, todo en función del puesto al que pretendía opositar. Curiosamente también aprende a escribir con pluma y a máquina, pues en aquel tiempo se exigía el tener dominio de la escritura “gótica” y por supuesto de la máquina de escribir. Es en estos años y a raíz de una subida en solitario a las alturas de la sierra, cuando nuestro sujeto descubre su amor por esta y con el tiempo irá aumentando progresivamente su adicción, hasta llegar a sentir una verdadera pasión, tan fuerte o más que sus amores románticos, pues si tenía que elegir sobre que le gustaba más, su amor romántico o la sierra...ni lo dudaba. Igualmente comienza a componer poesías y pequeños poemas sobre la naturaleza y a modo de ejemplo dejo algunos pensamientos y un poema sobre la sierra.

“Con la Sierra sucede, como a los humanos con la vida:

primero la contemplan boquiabiertos, sin saber qué es ni por qué; poco más tarde la van aprendiendo y cuando creen comprender, ven que no saben nada de ella, y después casi al final la admiran y la sienten tranquilos y es entonces cuando la disfrutan en toda su plenitud. La sierra es algo misterioso y oculto que nos da voces silenciosas y lejanas, algo que nos dice que en aquel mismo lugar, sucedieron cosas extraordinarias hace miles, tal vez millones de años, que cada piedra y cada árbol, fueron testigos de esa vida que pasó por ella... y esas voces apagadas, solo audibles para el que desea escucharlas, son las que nos sobrecogen o alegran el espíritu haciendo que nuestra alma sienta una inquietud de aventura, de algo que no se sabe, pero que se toca y presente.”---

Poema a Sierra Nevada.

“Allí es donde quiero estar, pero no hoy ni mañana, sino siempre y hasta la eternidad.

Para llegar a la cita, antes he de caminar, que el infinito nos marca muchos pasos por andar.

Unos dan poquitos pasos, otros dan algunos más, pero a todos se nos marca un destino por igual.

¿Un destino ya fijado? ¿un destino sin fijar?, que se marque o no se marque pienso yo ¡y qué más da!

Yo quiero estar en tu tierra o en tus matas, en el aire o más allá.

Pues que el lugar que se ocupa nada importa ¡y qué más da!.

Yo quiero estar en tus rocas o en tus nieves, en tus aguas o en tus nubes, allí es donde quiero estar.

Esta montaña me llama con lenguaje no verbal, enviando su mensaje para quien sabe escuchar, el mensaje cala hondo, donde tiene que calar.

Espérame Sierra mía que muy pronto me tendrás,
por y siempre y para siempre, compartiendo ETERNIDAD.”

Seguidamente y por voz de Antonino, se muestra el relato sobre la subida a la sierra en solitario.

-la gesta temeraria-

El 8 de marzo del año 1960 ocurrió un accidente aéreo en “Sierra Nevada”; la Sulayr árabe y también llamada por los romanos Solorius (montaña del sol); que marcaría un hito en la historia cercana de esta hermosa tierra accitana y su entrañable comarca. Resultó que un avión de medianas proporciones de nacionalidad americana y con el nombre de Ciudad de Madrid, tuvo la mala suerte de accidentarse en mitad de sus riscas; exactamente a una altura aproximada de 2.300 metros y en el lugar denominado Paratas de Chorreras Negras. Y hasta aquí la noticia que en su día, fue profusamente comentada y documentada por los medios de aquel tiempo. Antes de entrar en materia; quiero dejar constancia de mi gran admiración y respeto por las personas habitantes de las localidades cercanas, Jeres del Marquesado y Lanteira (según mis noticias); que acudieron de inmediato al rescate y que dejaron constancia para los años posteriores; para las generaciones siguientes y para su sociedad; de la nobleza, pundonor, valentía y coraje que puede alcanzar la condición humana en respuesta a situaciones de peligro para los demás y la abnegación que presentaron para defender la vida de las personas accidentadas; con peligro de la suya propia. Debemos de tener en cuenta, los medios de los que se disponía en aquella gélida noche de nieve del mes de marzo, marchando por trochas y veredas a oscuras, en plena montaña y a más de 12 kilómetros de distancia sierra arriba; para los que estén acostumbrados a la montaña, decir que esta distancia en condiciones normales de temperatura, visibilidad y con buen tiempo puede suponer una marcha entre tres/cuatro horas; y en las condiciones extremas en que estos hombres lo realizaron, convierte el acto en una bella gesta “épica” y ejemplar para recordar durante toda la vida.

Tenía yo los 14 años cumplidos y en el verano de ese mismo año en que el avión cayó en la sierra, cuando en el colegio de La Presentación en el barrio de San Diego; las mojas decidieron hacer una excursión a Jeres al lugar en donde había quedado el avión accidentado; pues se había hecho popular el

subir a ver los restos de dicho aparato. Por aquel entonces mi hermana Miriancita estudiaba en dicho colegio, ella junto con mi hermana Antonina formaban parte de la excursión y pensando en las compañeras de clase me mostré interesado en acompañarlas. Con tan mala fortuna que a pesar de conseguir el permiso de mi padre (terminaba muy tarde), mis hermanas no contaban con mi y a la mañana siguiente me quedé dormido por lo que mis hermanas partieron de casa muy temprano antes de poder yo confirmarles que mi padre me había dado permiso. Fue tal el disgusto que manifesté, pues que además de estar interesado por la vista del citado avión; estaba también muy interesado por las compañeras de estudio de mis hermanas (ya comenzaba a “arrastrar el ala”⁴, por lo que mi padre a la vista de mi situación decidió acercarme a San Diego y hablar con el conductor del autobús. Mi madre me dijo “espera y te preparo un bocadillo y algo de fruta, pero yo pensando en no perder mi oportunidad, no esperé y salí pitando. Llegamos a la plaza del colegio con tan mala suerte de que el autobús había partido y entonces mi padre me dijo que no me preocupara que un amigo suyo apodado “el patrón” (creo se llamaba Manuel y que vivía enfrente del colegio), me llevaría en su moto antes de irse a su trabajo. El “patrón” no puso ningún impedimento y a los pocos minutos estábamos en camino nuevo y seguidamente en la carretera de Jeres del Marquesado, por lo que no tardamos mucho en pasar los llanos y llegar a Jeres. Subí hasta el Seminario, ya que encontramos el autobús aparcado en la plaza del pueblo y su conductor me dijo que la salida era a partir del edificio del seminario y que hacía poco se habían marchado por lo que si me daba prisa podría darles alcance, pues según él, la vereda hacia la sierra no tenía pérdida y solo había que seguir la misma; la cual estaba marcada por una acequia que paralela al barranco de Jeres, partía hacia la sierra. Parece ser que el destino trataba de advertirme de la odisea que me esperaba y que no había hecho más que comenzar; si bien yo ni tenía años, ni cabeza, ni otro deseo más en mi pensamiento que el de incorporarme al grupo excursionista; así que le di las gracias al

⁴ Arrastrar el ala: cortejo a una chica.

amigo de mi padre que cortésmente me ofreció su bocadillo, por si tardaba en encontrar al grupo y el cual no acepté alegando que cómo lo iba a dejar sin su comida para el trabajo y que sería cuestión de poco tiempo el que pasaría hasta alcanzar a mis hermanas y su grupo. Me despedí de este buen hombre y con la energía que da el tener 14 años; emprendí alegre y veloz la subida hacia el famoso lugar que entonces conocía yo por el nombre de “la vaca”, pues era exactamente una vaca invertida la figura que formaba la nieve al derretirse en primavera en las cercanías del avión siniestrado; justo debajo del Picón de Jeres y que desde mi pueblo Guadix y subiendo a los llanos, durante muchos meses del año y en ocasiones permanentemente se mantenía a la vista y junto igualmente a otras dos manchas situadas un poco más arriba y que respondían al nombre de “las Américas” ya que tenían un gran parecido con dicho continente.

Amigos y posibles lectores de este relato; aquel día cometí múltiples errores. Errores que en el medio en el que me encontraba son imperdonables y pueden dar lugar a consecuencias en ocasiones graves; pues entre otros citaré el subir a la sierra sin conocer sus senderos, el subir sin compañía, el no proveerme de comida, el no llevar una cantimplora con agua, el correr sin control y cuesta arriba, el no preparar un buen bastón; en fin y no continúo más, por no censurarme en demasía, pero lo pagué bien caro y como seguidamente se verá. He de alegar en mi defensa el que ya mantenía una experiencia de salir al campo (si bien limitada en el tiempo y el espacio) , pues en los cerros de Guadix y dando vista a los pueblos del valle del Zalabí salía con frecuencia en compañía de mis mejores amigos Álvaro y Juan, a los lugares que familiarmente conocíamos como “los cotos” por lo que posiblemente esto hizo el que me confiase y bajara la guardia con respeto a la gran prueba de fuego que me aguardaba. Pronto deje atrás el edificio del seminario y contagiado del espíritu del viento de la montaña, dirigía mi atención y mis pasos siempre hacia la dirección en que suponía se encontraba mi objetivo; pronto también quedaban atrás los pocos árboles que mantenían y marcaban la frontera entre la verdadera montaña y el resto del terreno; como

mudos testigos de las duras batallas sostenidas con el medio tan salvaje por el que yo me adentraba cada vez más y más. También y cada vez más el precioso y característico ruido (mágico diría yo) del agua al abrirse paso a través del barranco, dejó de escucharse igualmente, pronto comencé a ver la característica flora de montaña; enebros, sabinas, espinos y el mítico pincho de horno; el fantástico piorno, que con su inconfundible forma almohadillada trataba de decirme “ojo amigo te encuentras ya en un sitio agreste y salvaje”. El paisaje me sedujo irremediablemente, por lo que llegué a olvidar el objetivo de mi jornada y comencé a extasiarme con la vista de algunos enebros centenarios; que mezclaban sus retorcidas ramas y troncos lisos y despellejados con lastras de pizarra casi de su mismo color ennegrecido y liso; qué maravilla de esculturas y cómo la naturaleza una vez más nos muestra, a los limitados humanos, su grandeza y poder y nos presenta obras de arte que los más afamados escultores tratarían de imitar y copiar sin conseguir el toque perfecto y la exquisita armonía de sus diferentes y fantásticas formas. Sin darme cuenta (como en nuestra vida real) comencé a desviarme de la senda que había seguido durante algo más de una hora y tal desvío se dirigía hacia mi derecha, enfrentado a la montaña o sea hacia el nor/oeste y si bien continuaba ascendiendo, no advertía este sutil y dramático cambio; ya que solo no estaba dejando la buena senda sino que de pronto me encontré con que ya no existía camino. Por otro lado el cansancio estaba comenzando a presentarme factura y esto unido a que no había ni tan siquiera desayunado pues me prestaba una debilidad adicional; pero esto no fue lo más grave, pues lo verdaderamente peligroso y determinante fue lo que sucedió a continuación. Hacía algún rato que el sol ya calentaba fuerte pues estaba en su cenit y consecuentemente sudaba copiosamente, por lo que de cuando en cuando bebía agua de los múltiples arroyos que bajaban por doquier de esta maravilla natural...y queridos amigos este sí que fue el gran y grave error de la jornada; pues dado el poco contenido de sales minerales que tiene el agua de nieve y la gran pérdida de las mismas que mi esfuerzo producía; se produjo un

decaimiento general e inmediato en mi organismo (posiblemente una lipotimia) una somnolencia que me hizo parar; buscar una piedra grande bajo la que cobijarme y descansar un poco. No recuerdo exactamente cuánto tiempo estuve “descansando”. Lo que sí recuerdo fue el hambre con la que desperté; pues por suerte para mí el perro de un pastor que pasó cerca de mi lugar de “letargo” me despertó con sus ladridos; yo vi el cielo abierto y lo primero que le pregunté fue si tenía comida, me dijo que la merienda ya se la había terminado, pero que en unas peñas cercanas había tres montañeros jóvenes que podrían tener algo de comer; por lo que salí como una flecha en su busca y me encontré con un hermano mayor de mi amigo Tato Encinas - Ángel creo se llamaba – que estaba junto con dos amigos más de Guadix de regreso del lugar del siniestro; y posteriormente supe que había estado inconsciente durante cinco o seis horas, pues me dijeron que eran las 5 de la tarde y echando las cuentas y considerando que saldría sobre las 9 de la mañana del seminario, que anduve durante unas dos horas en condiciones normales y añadiendo una media hora en condiciones ya menos normales. Ni que decir tiene que los restos de comida que me ofrecieron me supieron a gloria; que se maravillaron de la historia que les conté y aún más de verme “devorar” su merienda que tan gentilmente me ofrecieron; igualmente me acompañaron un trayecto para indicarme la verdadera senda que debía de tomar para llegar al avión. Una vez puesto en el camino adecuado y tomado nota de sus recomendaciones y avistado el lugar; no me llevó más de media hora el contemplar por fin el ansiado avión. Una vez en el lugar lo primero que hice fue preguntar a los que veía por el grupo de las monjas y me dijeron que el grueso del mismo ya había partido de vuelta, si bien quedaba un pequeño grupo que estaba reorganizando a los despistados y despistadas que aún permanecían en esta especie de parata natural en la que en su día encontró su buena suerte el siniestrado avión; pues unos metros más y se hubiera despeñado sin remedio. Puesto que mis hermanas y sus amigas no estaban ya en el lugar, decidí dar un vistazo al avión e incluso estuve metido y sentado en varios lugares del mismo,

asomándome por las ventanillas y tratando de imaginar la odisea que debieron de pasar los afortunados de sus ocupantes (pues salvaron sus vidas). Tomé contacto con don Salvio, un profesor de filosofía que impartía clases en La Presentación y en La Escolanía, colegio en donde yo estudiaba y puesto que él era el organizador y director del evento, me pegué materialmente a su costado para no repetir los sucesos de la mañana. Al poco rato partimos hacia Jeres de regreso y llegamos con el tiempo justo de subir al autobús (palabra mágica para mí). De regreso, si bien no pude dar cumplimiento a mi deseo de participar durante el día en la excursión con el grupo de féminas; sí que disfruté del viaje de vuelta, con sus angelicales cantos de júbilo y entre otras canciones recuerdo una de gran calado romántico” Collen collen collen collendo flores.. De pensamen de pensamen de pensamiento,.. Pala pala palabras amorosas que lleva el ven que lleva el ven que lleva el viento--- “....¡Y me deje arrastrar por mis 14 años!---

Con la siguiente historia contada por Antonino, queremos dejar constancia de la personalidad que tenía su padre el señor Roble...

-temple de acero-

“¿Cómo murió?; preguntaba el emperador Meiji, al guerrero superviviente en la película -El ultimo Samurái-, y este le contestaba al tiempo que le entregaba un sable .- Señor , permitid que os diga mejor, ¿cómo vivió?, refiriéndose al Shógun Katsumoto. Samurái significa literalmente, “el que sirve”. Pretendo establecer un paralelismo entre estos míticos guerreros que cumplían fielmente su -código de honor- y los trabajadores actuales y los que nos han precedido, con respecto a la ejecución de sus trabajos, individuales o colectivos. En todos creo se busca el mismo objetivo, la ejecución optima y la perfección, muy similar a los seguidores del Bu-shi-do (arte del guerrero), expresado en las “siete virtudes” , justicia, coraje, benevolencia, respeto, cortesía, honestidad, sinceridad absoluta

y honor. Añadir mi admiración por la filosofía japonesa, muy influenciado por mis múltiples lecturas sobre libros de artes marciales y filosofía ZEN. Por ellos he podido apreciar que este pueblo pone un énfasis profundo en “la práctica” de cualquier arte al que se dediquen y en el caso que nos ocupa, hacen del trabajo un arte. El protagonista de estas vivencias sobre el trabajo, no era un samurái, pero con el tiempo he comprendido con gran admiración por mi parte, que sí gozaba de los mismos atributos de estos nobles guerreros “servidores” y que igualmente compartía las siete virtudes. Con el tiempo (verdadero artífice moldeador de los humanos), he descubierto al gran maestro por mí ignorado, aquel que sin libros y tan solo con su hacer diario, templó mi espíritu, al igual que si de un sable se tratase, dándole el justo grado de dureza y flexibilidad, para no romperse en los momentos duros. Mi maestro se llamaba Antonino (como yo) y era mi padre.

Mi maestro vivió toda su vida trabajando. Ya con diez o doce años en su pueblo natal Moreda, recibiendo el encargo de su padre, salía cada mañana hacia la estación del ferrocarril con su cesta repleta de dulces, para colocarla entre los viajeros que temporalmente esperaban sus diferentes destinos, y siempre volvía con su dinerillo en el bolsillo y su cesta vacía. Como lo suyo eran las ventas, cuando se hace adulto y con motivo del traslado de su familia a Guadix, entra a trabajar en un comercio de tejidos en dicha ciudad, establecido en una calle principal y muy comercial, la calle Ancha, lugar en donde se situaban una gran parte de los comercios y negocios de esta hermosa ciudad granadina, zona comercial por excelencia, donde se forjaron trabajadores de mucha talla y valía. Posteriormente y como fruto de su aprendizaje, consiguió un nuevo trabajo también como dependiente, en la misma calle y en el mismo ramo. Además por la noche, otro más como acomodador, en ventanilla o portero en el cine Arti, lo cual le permitió abordar económicamente la compra de la que sería para siempre nuestra casa y hogar. Tengo que decir con gran orgullo, todo mi cariño y reconocimiento hacia mi progenitor, que después de su doble jornada de tienda y dos sesiones de cine, añadía otra faceta más

a su actividad laboral la de rotulista, pues confeccionaba las carteleras de las películas a presentar en días posteriores y cercanos. Como no podía ir a casa a cenar, yo le acercaba todas las noches, el sustento que mi querida madre preparaba con todo su cariño. Ahora caigo en la cuenta de el por qué vi tantas películas en mi niñez y mi juventud; también descubro con agrado, el origen de mi vena artística, pues noche tras noche presenciaba sus trabajos de composición con los afiches y carteleras. En honor a la verdad, puedo asegurar que era un verdadero artista en la confección de dichas carteleras, pues en ocasiones las realizaba como obras de arte, no solo por las mezclas que componía con los afiches, sino también por la confección de verdaderos murales, tal como el que realizó en el pórtico de la fachada principal del cine, con ocasión de presentar la película -Lo que el viento se llevó-, realizando un mural con dos metros de alto por cinco de largo y la imagen de los dos principales protagonistas; la de Ivien Leigh- señorita Escarlata- y el galán de Clark Gable, añadiendo alusiones a momentos cumbres de la película. Bajo mi punto de vista, todo un artista pictórico y publicitario (para aquel tiempo y considerando que nunca asistió a escuela de pintura o periodismo), él tuvo siempre la frustración de que su madre no le dejó viajar a la capital para ser lo que siempre soñó... artista de cine. Él tenía la facultad o el don innato, de transmitir ilusión y una contagiosa alegría, que unida a su simpatía personal, le hacían destacar y triunfar en los trabajos que ejercía, por ese motivo en su trabajo de dependiente del comercio, se lo disputaba la clientela para que les atendiese el señor Roble, por el buen gusto que tenía para conjuntar ropas y complementos.

Recuerdo que a los pocos años, dejó las telas y sus confecciones, pasando a ocuparse de otra clase de "tela" dentro de la repetida calle Ancha, pero ya en otro negocio, el bancario, entrando a formar parte de la plantilla del Hispano Americano, pues una persona extraordinaria y que por aquel entonces ocupaba un puesto relevante en la entidad, por una fortuita circunstancia, lo conoció en la sala del cine y le gustó tanto el carisma de este trabajador incansable, que esa fue su entrevista

de trabajo y el detonante para su posterior contratación. De todos mis recuerdos sobre los trabajos y la vida de este hombre especial, lo que me produce un agudo dolor y una gran emoción, es comprender el sacrificio permanente y extenuante que realizó, para mantener y sacar su familia adelante ...Que lección tan callada y discreta para sus siete hijos. Fue un samurái del trabajo. "OS". ---

En esta historia, contada por Antonino, se deja constancia de la personalidad y empuje que dicho progenitor tenía. En otra ocasión el señor Roble consiguió que su hijo trabajase en la misma entidad que él. Resulta que nuestro estudiante, tenía altibajos en sus estudios y si bien destacaba en algunas materias, en otras los resultados eran pésimos, por lo que, su padre decidió que lo mejor era buscar trabajo para su hijo, ya que así podría aportar más entradas a la casa, pues había dos bocas más que alimentar, dos nuevos hermanos Emiliano y Blanquita, que componían junto con los cinco anteriores lo que en aquellas fechas se denominaba "familia numerosa". Así pues don Marco Antonino Roble, un hombre con múltiples recursos y una decisión inquebrantable por colocar a su hijo, ideó un plan para que su Antonino, pudiese tener un puesto de trabajo. Pidió unos días de permiso y pensó que el único que podría atenderlo en su objetivo debería de ser a su juicio, ni más ni menos que el jefe del banco, pero no el jefe de su sucursal, con el cual consultó, sino el jefe supremo de la entidad. El director de su oficina le respondió al preguntarle el Sr. Roble, de cómo debería ser el trato con dicho señor principal y este le dijo sencillamente "amigo Roble hable usted como siempre lo hace, sencillo, transparente y directo y utilice el mismo respeto que usa con todos los que le conocemos". Nuestro hombre tomó su tren hacia la capital de España y una vez finalizado el viaje, se trasladó a la plaza de Canalejas, lugar en donde el citado banco tenía su oficina central, la cual y en aquellas fechas bien podía disponer de varios cientos de criaturas, pues en dicho edificio era en donde residía la Dirección General de entonces. La verdad es que hoy y después de 55 años, es difícil de imaginar la cara que

pondrían las diferentes personas que filtraron la visita de este trabajador de provincias que simplemente preguntaba “por favor quiero hablar con el JEFE”; supongo que por lo impactante de la pregunta o por la sencillez y franqueza con la que se formulaba, la cuestión es que la solicitud llegó a oídos del Director General de aquel entonces Don Antonio. Y se produjo el milagro, pues este gran señor dispuso que quería conocer a un sencillo trabajador de provincias y saber el motivo de su extraña e insólita visita. Nuestro hombre cruzó interminables pasillos enmoquetados, y también varias plantas y por fin le situaron ante el gran Jefe que él buscaba. Desconozco las palabras que se cruzaron y el tiempo que emplearon, sí sé por Antonino que terminó la visita muy cordial, que tras plantear el señor Roble su solicitud para el puesto de botones que así se llamaban entonces los aprendices de banca, el gran jefe le preguntó si su hijo tenía estudios y al contestar afirmativamente, le dijo textualmente *”Pues no será de botones, será de auxiliar administrativo, ya que me acaban de informar de la existencia de una plaza vacante cerca de su ciudad, exactamente en Iznalloz de Granada y la cual ha salido a concurso, por lo que en los nueve meses que faltan su hijo deberá preparar los temas que exige este puesto; y no se preocupe amigo Roble marche tranquilo a su casa, que daré instrucciones para que le notifiquen en su sucursal de cuáles son dichos temas y la solicitud que deberá cursar por mediación de su director en Guadix. Ha sido un verdadero placer conocerle y saber de qué clase de personas dispone nuestro banco”*.

Todo lo anterior pudiera parecer un cuento de hadas, pero tengo la certeza de que lo que ocurriese realmente, no se distanciaría mucho de lo contado por Antonino; sencillamente ¡entrañable!

Capítulo V: La gran prueba, “el trasplante”

Aquel día, un 2 de febrero de 1963, un domingo de “febrerillo el loco” nuestro personaje acompañado de su padre descendía del tren que le había trasladado desde Guadix a su nueva residencia, aspiraba los nuevos aires de un pueblo que en adelante conocería y que durante bastante tiempo compartiría con sus habitantes, los acatucitanos. Antonino estaba contento, pues como resultado de haber aprobado la oposición para auxiliar administrativo, había sido citado para incorporarse en su nuevo destino el lunes siguiente. Tras las gestiones oportunas, realizadas por su progenitor en cuanto a residencia y presentación, llegó la hora de la despedida y en ese preciso momento en el que quedó solo viendo alejarse el tren, según me contó Antonino, sintió una congoja tremenda en su corazón y es entonces cuando comprendió que en adelante estaría solo. Es entonces, cuando se cercioró de la realidad y tal fue el golpe que recibió en su mente, que de los dos caminos existentes para subir desde la estación al pueblo, escogió mecánicamente el camino más largo y solitario, como si no quisiera encarar la cruda verdad de su soledad. Es posible que las múltiples ocasiones en las que había salido al campo en solitario, le hubieran preparado para no salir corriendo tras del tren, pues al que le haya tocado vivir esta situación, entenderá la amargura que invade a la persona y teniendo en cuenta que sus experiencias de adulto habían sido hasta ese momento, casi inexistentes. Aquel día quedaría imborrable en la mente de nuestro joven alcornoque; aquel día llovía sobre la estación, sobre la tierra y sobre el corazón de nuestro “quercus”, pues el pequeño bosque-vivero de su hogar, desaparecía para siempre, y con sus 17 años

recientemente cumplidos, entraba de golpe en la vida de los adultos. Nuestro amigo, no pudo o no quiso decirme los pensamientos que cruzaron por su mente, durante la larga hora empleada en recorrer una distancia de poco más de quinientos metros, sí me transmitió la amargura y soledad del momento, pero lo que él ignoraba entonces y que en ningún momento imaginó, es que este “trasplante” en esta nueva tierra tendría éxito, echaría nuevas raíces, conocería nuevos y grandes amigos, despertando a la vida, cambiando el amor romántico por amor de adulto y consecuentemente dando hermosos frutos. Nuestro hombre además de experimentar la soledad, pasó por el “trauma” (en aquel tiempo y edad), de sentir en su ánimo la mordedura de la realidad, en el campo sentimental, pues hacía pocos días su amor romántico y platónico había estallado en mil pedazos, como consecuencia de su torpeza y poca edad, una mezcla de inconsciencia y poco conocimiento de la vida, la cuestión es que la destinataria de las magnolias, que de cuando en cuando y procedentes del “jardín edén” que nuestro Antonino tomaba del hermoso árbol existente en el huerto de su amigo Torcuato, y que regalaba a “Susana de ojos negros”, de golpe y porrazo (como todo lo que nace del fruto de la inconsciencia) dejó de recibirlas. El tiempo se encargaría más adelante, de enseñar a nuestro “Romeo” la diferencia entre romanticismo o “amor rosa” y verdadero amor, si bien y mientras llegó, nuestro alcornoque se dedicó plenamente a su pasión... la sierra.

Antes de continuar, debemos organizar un poco la nueva etapa emprendida. Durante los años 1963 y 1973, Antonino consolidó su trabajo, formó una familia y fortaleció su personalidad, haciéndose lo que por aquel entonces se denominaba “un hombre de provecho”. De esos 10 años y según manifestaciones de nuestro sujeto, “perdió dos en la mili”, además de ser un período muy largo (24 meses como infante de marina) durante el mismo no avanzó en su trabajo, no pudo preparar sus oposiciones para ascender dentro del banco y adquirió determinados hábitos perniciosos para su salud (se hizo fumador y bebedor); si bien y analizando el lado positivo, tuvo

oportunidad de conocer nuevas tierras de Andalucía y una ciudad “Cádiz”, mil años más antigua que su tierra-Guadix- (posiblemente la mítica Tartesios), igualmente conoció gente de otros lugares de España y sus diferentes Comunidades (otras regiones que decíamos antiguamente), aunque en esta nueva etapa seguía sin encontrar su ansiada respuesta, ya que continuaba sin descubrir lo que quería ser de mayor....

Durante la semana, nuestro currante se dedicaba intensamente a aprender el oficio, y pronto comprendió que una cosa era la teoría aprendida en los libros y otra muy distinta su aplicación práctica, pues en aquellos tiempos de banca “de pupitre”(los libros oficiales y obligatorios se mantenían en altos pupitres de madera), Antonino me refería los olores característicos de una oficina bancaria de aquellos tiempos.- “papel y madera viejos y con cierta humedad”. Este gremio tenía sus normas no escritas y el escalafón era sagrado, existiendo una distancia considerable no ya entre directivos y empleados, sino que también entre los apoderados y jefes de los diferentes departamentos con los empleados, aunque en esta sucursal de reducida plantilla (seis personas) desde el primer día fue tratado como en familia; por lo que nuestro aprendiz, “el menor de esa familia bancaria” tuvo que comenzar desde lo más bajo del escalafón: auxiliar y chico de los recados. Antonino me hablaba de lo mal que lo pasó durante meses para aprender las técnicas del negociado de cartera (al que fue asignado) y de cómo tomaba apuntes de sus consultas y hacía sus “chuletas” para no ser repetitivo en sus preguntas. Nuestro alcornoque, soñaba con el fin de semana (entonces era el sábado solo a media jornada) para tomar el tren y viajar hasta Guadix, en donde descansaba del estrés de su aprendizaje y dado que no tenía nada que le ligase de momento al pueblo, pues repetía semana tras semana el proceso y así durante algo más de un año. En este año sucedía el fatídico asesinato del presidente de EE UU, un 22 de noviembre de 1963. Pero bueno, dejemos la monotonía del trabajo y pasemos a recuerdos más lúdicos, donde Antonino nos comenta sus experiencias mientras se adaptaba a su nueva situación. Este

relato sucedió, sobre el año 1964.

-como un halcón-

Desde hacía algunos meses, venía barruntando la idea, de realizar una excursión a través de la sierra, desde Iznallos hasta Guadix, y en varias ocasiones había subido andando desde el pueblo hasta el Molinillo, pues dada mi afición a la pesca de truchas, había tomado conocimiento de los caminos y veredas a seguir; controlando el tiempo invertido en dicho itinerario (algo más de tres horas), así como también había tomado mis referencias tanto en tiempo como en lugares, desde la cuerda-vertiente (fuente de las Pozas) y que daba vista a sierra Nevada y aunque desde la solana, que da vista a “Prado Negro”, no se distinguía claramente el lugar de mi pueblo, Guadix, sí que podía ver con precisión los llanos del Marquesado. Por lo que pensé que no perdiendo altura y siempre manteniéndome paralelo al cauce del río Fardes, sería posible en otras dos/tres horas hacer el camino hasta Diezma, y posteriormente y haciendo el llano desde Diezma hasta las “angosturas” (lo que hoy es la subida o bajada según se mire desde Diezma hasta el Fardes) que serían entre una y dos horas, y finalmente remataría la jornada y ya por carretera desde el río Fardes hasta Purullena y mi objetivo Guadix.

Y llegó el momento. Así que un día del mes de junio, de buena mañana, tomé mi hachuela y mi macuto, y le dije a mi querida María Figueras, esposa de Frascuelo Carreras: madre⁵, voy a dar una vuelta por la sierra. Ella ya no se extrañaba, dado que yo regularmente no hacía otra cosa que salir al campo, siempre que podía y no tenía trabajo, pues añoraba mis paseos y excursiones por mi querido Guadix; inmediatamente me preparó un bocata y una fruta. He de apuntar, que a partir de los 17 años y durante siete más, permanecí en su casa, como en lo que en aquel entonces se llamaba “estables”. Durante toda mi vida, bendeciré a María, que me trató como a un hijo. Tomé el

⁵ cariñosamente la llamaba así motivado por como la llamaba su nieta, que había quedado huérfana, en el parto de la madre.

camino del cortijo del Cura, enfilé el barranco de la Simona arriba y en algo menos de tres horas, ya estaba en lo que es la falda del peñón de la Cruz, en la solana de sierra Harana o Umbría, y dando vista a la cara nordeste de Sierra Nevada. Tras reposar un rato, estudié detenidamente el recorrido que seguiría, pues a partir de ese momento, el terreno que pisara sería totalmente nuevo para mí, por lo que tenía que guardar cuidado, para no cometer fallos. Amigo lector, el que ha andado regularmente por la sierra y por grandes extensiones, sabe que cualquier pequeño fallo cometido, puede conducir al fracaso de un objetivo. Es cierto y probado, que en la sierra, se debe de cumplir una máxima general, y es mantenerse en las alturas, el mayor tiempo posible, y descender al valle solo cuando la dirección a seguir lo pida, ya que de esta manera, aparte de ahorrar esfuerzos, siempre domina uno la topografía del terreno y tiene claro el objetivo, para en cualquier momento rectificar su rumbo. Una vez analizado el terreno y teniendo algo más claro, el camino a seguir, comencé mi andadura, metiéndome de lleno en lo que se conoce como “Parque Natural de la Sierra de Huétor”, llaneando por aquel terreno curiosamente blando, de tierra suelta, como si de campiña se tratase, por lo que creo se llama la solana de Prado Negro, procurando en cada momento no perder altura (sobre 1.500/ 1.600 metros), sin perder de vista el cauce del río Fardes, que se perfilaba al fondo y a mi derecha, y tratando en la medida de lo posible el mantener también la dirección nordeste inicial. Tomé una buena velocidad en mi caminar; posiblemente facilitada por la estructura del terreno y también, cómo no, por la fantástica visión de la cara nordeste de sierra Nevada y concretamente por la vista del Picón de Jeres, que domina todo el Marquesado y al cual había subido en varias ocasiones desde Guadix; mantuve mi marcha aproximadamente durante una hora y seguidamente me paré para descansar y reponer fuerzas, así que busqué un buen sitio con pasto y agua y después de bañarme, me acomodé y tomé mi delicioso bocata, que no sé por qué pero en esos lugares y en la sierra, cualquier cosa que tomes te sabe a gloria. Después de una media hora de descanso, reanudé mi marcha, no sin antes replantearme

brevemente mi siguiente recorrido. Aquí fue donde cometí mi gran error del día, puesto que decidí dar un rodeo a un picacho, creo que lo llaman el cerro Picón, y por no subir hasta su cima, tomé el rodeo por su derecha, en lugar de por la izquierda, es decir elegí la solana en lugar de la umbría. Consecuentemente en lugar de salir cerca del cortijo de Sillar Alto, que me habría llevado por las lomas hasta Diezma, exactamente entre Diezma y Darro, salí a la fuente de la Higuera, muy cerca de Diezma, pero ya en la carretera nacional de entonces, hoy autovía y demasiado cercano al río. No había advertido que mi orientación se había modificado también, desplazándome hacia el sur en lugar de continuar con la del principio, nordeste. Así que asumí mi error y traté de hacer el trayecto que quedaba hasta Diezma, procurando salir cerca del pueblo, para ya continuar por la carretera. Continuando mi camino desde Diezma hasta cerca de las angosturas, lo que hoy llaman la venta El Mirador, que es la confluencia de la carretera hacia Darro, en el que invertí como dos horas o algo más..... andando por carretera, que es lo que menos me gusta, por su monotonía y su dureza en el piso, decidí que dado que serían sobre las seis de la tarde, puesto que aún me quedaban como entre dos o tres horas de camino hasta Guadix, y puesto que tendría que llegar a mi casa de Guadix, con tiempo suficiente para ducharme y cambiarme, para luego tomar el tren hacia Iznalloz, no continuaría mi excursión andando y esperaría un autobús, que felizmente llegó sobre las siete de la tarde. Así que tomé el autobús, procedente de Granada y con destino Guadix, me acomodé en el asiento y realicé el corto trayecto que faltaba para mi pueblo, (unos siete kilómetros). Este recorrido lo conocía, muy bien, dado que en múltiples ocasiones lo había realizado con motivo de mi afición a la pesca de la trucha, pues tanto el río Fardes, como su afluente el río de la Peza, siempre han tenido truchas. Hoy a partir del cortijo Lopera, creo que han construido una presa. Llegué a Guadix, fui a casa, abracé a mis padres, les comenté mi excursión, me cambié de ropa y mi madre me puso un pequeño refrigerio, al tiempo que me comentaba su parecer sobre lo de venir andando desde Iznalloz

(ya os podréis figurar lo que me dijo) ¡una madre siempre es una madre! y sin más, salí pitando para la estación de ferrocarril, pues el tren procedente de Almería y con destino Madrid, partiría a las 9 en punto, y yo si quería estar en mi trabajo al día siguiente, no tenía más remedio que tomarlo, pues el expreso al llegar a Moreda, enlazaba con el procedente de Granada con igual destino(Madrid), formando uno solo, mientras que para los pocos viajeros que iban para Granada, se destinaba un solo vagón, recibiendo el convoy el sugerente nombre de el platillo volante, posiblemente por lo rápido que iba y que solo paraba un minuto en Iznalloz, previo aviso al interventor o revisor.

Bueno, solo me resta decir que aquel día lo pasé genial, que fue una experiencia extraordinaria, y que dado mi cansancio, me quedé dormido en mi asiento y como además de acompañarme poca gente en el vagón, no avisé al interventor...Pues continué dormido hasta Granada, en donde me despertaron y esperé hasta la siete de la mañana para retornar a Iznalloz.---

Como podemos observar por esta nueva historia de Antonino, si bien progresaba en su trabajo pasando el período de pruebas (antes era de seis meses), no terminaba de integrarse en Iznalloz, posiblemente por la cercanía a su pueblo natal (50 km.), por lo que continuaba viajando cada fin de semana al mismo para realizar la actividad que más le gustaba, la de salir al campo. Seguidamente le damos de nuevo la palabra y recibimos otro de sus relatos.

-calandrias y jilgueros-

El cortijo Bonilla.- La primera referencia que tengo sobre dicha finca fue a través de mi amigo Pepe Torcal, que nos conocimos con motivo de tener una pasión compartida, como no podía ser otra que el gusto por el campo y la naturaleza, si bien él utilizaba sus salidas al campo con fines cinegéticos y yo le acompañaba para conocer nuevos sitios. Él era un experto en la

caza con red, sobre todo de aves cantoras (fringilidos y otros) y principalmente de sitios casi desérticos. Pepe era un par de años mayor que yo y constituía para mí un personaje misterioso. Vivía en la plaza de los Carros, la cual recibía este nombre por los varios talleres, que recuerde existían hasta cuatro en este barrio de San Miguel y se dedicaban antaño a la construcción de carros principalmente tirados por mulos, caballos o bueyes y dedicados a las labores del campo y como transporte de mercancías. ¡Qué recuerdos tan bonitos e instructivos me traen estos talleres en los que los artesanos mezclaban con verdadera maestría el hierro y la madera creando herramientas y a la par obras de arte, y ¡cómo cuando pasa el tiempo y recordamos estas ocasiones, sentimos la nostalgia y la pena de no haber puesto más interés en la observación de ciertos trabajos de nuestros mayores.

La casa de Pepe tenía puerta principal a la citada plaza de los carros y por su parte trasera daba al campo, dado que entonces las lindes de lo urbano en Guadix y por el barrio de San Miguel terminaban en estas casas y junto con la torre morisca y el horno del paseo de La Catedral y el Palacio del Obispado, se replegaban hacia el interior de lo que era el casco urbano por esta parte de la ciudad, ya que debajo mismo de La Catedral y de su barbacana era campo de labranza y se criaban las mejores lechugas de las que tengo recuerdo. También recuerdo que casi al lado de esa torre testigo de las antiguas murallas nazaríes llamada “torre del ferro” y al final de la calle de San Miguel, aparecía el fin de un túnel que canalizaba el barranco del “almorejo” y que procedente de las cuevas y la ermita nueva bajaba desde la carrera de Las Cruces en busca del río de Guadix, debajo mismo de la calle. Me evoca una letrilla del fandanguillo de Guadix que decía

*“Si tu madre no me quiere,
porque no tengo carrera,
tomaré la de las cruces,
que lleva a la ermita nueva”.*

Continuando con mi relato y sobre cómo llegué a conocer el entorno de este cortijo de Bonilla, diré que hasta ese momento solo había subido por la rambla de Fiñana hacia la derecha hasta un cortijo que llamaban creo recordar el cortijo “Juancho” y hacia la izquierda era la subida oficial hacia la balsa del “chiribaile” bueno una de las subidas, ya que la otra era siguiendo el camino que pasando por la balsa del “Barta” subía hasta la misma “chiri”. Pues bien como digo la subida por la rambla de Fiñana tenía un desvío hacia la izquierda que pasando por debajo de la vía del ferrocarril hacia Almería, dejaba el citado cortijo de Bonilla a un lado del barranco y continuaba subiendo hacia los llanos de Fuenteálamo y Charches cercanos ya a las últimas estribaciones de la sierra de Baza, lugares en donde mi amigo Pepe Tobar ejercía su deporte, unas veces en la parte baja del cortijo de Bonilla, pues en aquel tiempo los acuíferos en general poseían mucho más caudal que en la actualidad y otras en los llanos y cerca de cualquier punto de agua. Por lo que Pepe instalaba sus artilugios o redes en el centro de un pequeño hilo de agua o en el mismo arroyo procedente del cortijo, los cuales mimetizaba con el terreno y las plantas del entorno para así proceder al engaño de las diferentes bandadas o familias de pajarillos que accedían para saciar su sed o proceder a sus múltiples baños de limpieza y aseo diario.

Con Pepe aprendí los diferentes grupos de fringílicos y passeriformes que dependiendo del día o escenario utilizado quedaban atrapados en sus bien construidas y dispuestas redes, pues además de dichos artilugios disponía de varias clases de pajarillos que cuidaba durante todo el año y los utilizaba a modo de reclamo, bien mediante el canto o bien mediante el pequeño vuelo que producían al estar unidos a una braga mediante un cordel a su vez unido a un balancín y que mi amigo movía a voluntad cada vez que una bandada aparecía surcando el espacio aéreo. Aprendí a conocer los diferentes cantos de las calandrias, alondras, zurriagas, cogujadas, piquituertos, jilgueros, verderones, camachuelos y otros tantos que hoy no recuerdo, pero que me hacen pensar en la gran variedad de aves

que existían en las cercanías de este enigmático cortijo de Bonilla. Y digo enigmático porque nunca llegué a visitarlo, pues siguiendo mi costumbre de caminante o andarín, (senderista como le llaman hoy), trataba de no acercarme a los cortijos para no molestar y salvo que conociese a las personas propietarias o habitantes de los mismos, nunca delataba mi presencia. El distintivo especial de la citada finca era un pino tremendo y gigante, que existía cerca del cortijo y desde la misma caja del barranco ascendía con su copa a casi la altura de una especie de cárcava cercana al mismo, no puedo recordar la clase de pino pues lo mismo podría ser un pino negral o un pino carrasco, lo que sí puedo asegurar es que era de dimensiones muy espectaculares, posiblemente de más de veinte metros. En la citada cárcava, mi amigo Pepe y yo en más de una ocasión cazamos conjuntamente, palomas torcaces o también zuritas y una variedad comestible de grajillas de pico amarillo y patas del mismo color. Ya que aunque yo con 17 años me marché a Iznalloz para trabajar en el banco Hispano, todas las semanas y durante unos años visitaba Guadix regularmente y me ponía en contacto con mi amigo, para cazar juntos y en ocasiones con armas de fuego, pues en Iznalloz había una gran afición a la caza con escopeta y yo me estaba aficionando también.

Cierto día nos ocurrió un lance con una comadreja a la cual respetamos por su valentía, que consistió en hacer frente a dos perros que Pepe tenía de la variedad podencos-mezclados, los cuales no fueron capaces de dar caza a dicho mustélido, pues aunque es de dimensiones reducidas (casi diez veces más pequeña que un perro de mediana estatura) esta los mantuvo a raya en varias ocasiones y les hizo frente puesta en pie y en actitud desafiante y con tal fiereza y valor que los canes no fueron capaces de entrarle por temor a su formidable mordedura, así es que consideramos que teníamos que retirar los lebreles y dejamos que la señora comadreja victoriosa y muy despacio se alejase hacia su madriguera. Estos parajes los visité a menudo ya en solitario, pues me agradaba efectuar en sus cortados lo que se denomina en el argot de los cazadores “el

acecho “y el “chanteo” consistente en acercarse muy despacito a la pieza al estilo indio y sorprenderla, sobre todo en días de lluvia que el terreno está poco crujiente y se hace el mínimo ruido. También los visitaba por el mero placer de contemplarlos y disfrutarlos ya que el paisaje de Guadix tiene algo misterioso y tan lleno de contrastes que te cautiva.

Y hasta aquí mis recuerdos sobre este lugar de mi querido Guadix y agregar que pasados bastantes años (diez o quince) volví un día para recordar, pues ya no como cazador (lo había dejado) sino como interesado en contemplarlo y la verdad fue un poco decepcionante pues el pino había desaparecido posiblemente por efecto de un rayo y el barranco estaba casi seco. Recientemente he sabido que mi abuela materna nació muy cerca de este cortijo, en plena rambla del agua, por lo cual paso a comentar la historia y recuerdos sobre el mismo contados por mi hermana mayor Antonina y complementados con las aportaciones de mi también hermana mayor Miriam, a su vez oída contar a mi abuela; y a partir de haberlas escuchado; este cortijo toma un nuevo sentido para mí, muy diferente del relatado en la parte primera; digamos que ahora lo siento como más familiar, pues al tener noticia de que mi querida abuela nació en mitad del campo, junto a la rambla y muy cerca del citado cortijo; pues añade un toque de cercanía y simpatía hacia el mismo.

Mi abuela Miriam nació en “mitad de la rambla” un 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen, en el año de 1880. Fue de la hermanas menores de una familia numerosa, cuatro varones y dos mujeres; sus padres José y María, vivían precisamente en el citado cortijo Bonilla, propiedad de la familia Castor, los cuales poseían una almazara cercana a la ermita nueva y en la que José María (mi bisabuelo) era el maestro aceitero, y de lo cual mi querida abuela “se sentía muy orgullosa”. Y ahora comprendo el porqué de sentir una extraña atracción por aquellos parajes (ignorando totalmente y hasta hoy esta historia que os relato); pienso que aún nos quedan por descubrir otros sentidos y misterios que el cuerpo humano o mejor su mente, mantienen en el armario oculto de nuestra

genética. Según comentario de mis hermanas, la abuela les contaba que su madre María Ramona, era de mediana estatura, de pelo algo rizado y al igual que todas las mujeres accitanas, de armoniosas proporciones, y más bien guapa. Les contó que el día del feliz alumbramiento, su madre había ido a Guadix a amasar; a un horno que existía al final de la calle de San Marcos y cercano a la Rambla Pina, para realizar el pan para toda la semana; el famoso pan de orza y además algo de bollos, galletas y pan de aceite y al parecer por esos días se había comentado, que una prima había tenido mellizos y que se habían adelantado. Fuese por este comentario y el pensar en ello, fuese porque ya estaba en avanzado estado de gestación, bien por hacer el camino hasta Guadix (algo más de tres kilómetros); la cuestión es que estando en el referido horno, se sintió indispuesta y sin pensarlo dos veces, se apresuró a volver, dado que por aquel entonces todos los partos se efectuaban en casa. Tomó su “pollinica” y sin atender a razones de nadie se apresuró a volver por el camino viejo de San Diego. Parece ser que había ido sola, por lo que la vuelta también la efectuó sin compañía. Al parecer era su costumbre de ir sola a Guadix, pues según mi abuela a su madre le gustaba acudir cada semana a la plaza de abastos de Guadix y además de comprar pescado era muy aficionada a los pregones que efectuaban los pescaderos por aquel entonces y pregoneros que se instalaban en la puerta del mercado y hacían relatos cortos sobre historias, usando el “romance” y según mi abuela aprendía canciones y luego las entonaba haciendo sus labores en el cortijo con letras que ella misma componía mezclando las ya aprendidas, pero que le gustaba cantar y al parecer tenía buena voz. Posiblemente y como consecuencia de realizar un doble esfuerzo y estando ya en la rambla del cortijo; la naturaleza no esperó más y mi querida abuela Miriam hizo presencia en el lugar. Parece ser que un pastor de las cercanías, había advertido la situación y rápidamente corrió para prestarle auxilio; llegando al lugar del parto (debajo de un olivo según mi abuela) cuando ella plantaba cara a este mundo de la forma que lo hacen los recién nacidos (a grito pelado), por lo que lo único que pudo ayudar, fue el

tomar su navaja y cortar el cordón umbilical, que aún permanecía unido a la madre. En ocasiones y según mi abuela contó a mi hermana Antonina; el pastor en tono de humor y cuando se encontraba con ella (ya de niña), le decía; “puñetera, la navaja me la dejaste inservible”. Poco después; María Ramona tomaba a su hija entre los brazos y partía hacia el cercano cortijo. Por mis hermanas, supe que mi abuela fue bautizada en la parroquia de Santiago, que los padrinos de bautismo fueron los señores de Castor, esta familia vivía en la calle de San Antoñico y para el bautizo, trasladaron a mi bisabuela y su niña usando un coche de caballos de los de entonces, propiedad de la referida familia.

Mi abuela les contó de cómo hacía los calcetines para todos los hombres de la casa; cosa que tuve la oportunidad de confirmar, dado que yo me sorprendía de la facilidad en el manejo de las agujas de acero, muy cortas (de unos 15 centímetros) y que en número de cuatro, utilizaba para tal menester y usando algodón o lana, incluso sin mirar el trabajo y mientras mantenía una conversación. Recuerdo una gran bufanda de lana a dos colores que me confeccionó, muy larga (casi de mi estatura); recuerdo que la disfrutaba mucho por lo abrigado que me sentía y también recuerdo cómo un día y tras un arrebato de cariño hacia mi hermana Miriam; se la regalé, cosa que aún hoy me llena de alegría el recordarlo. Al parecer, mi abuela usaba su facultad en la confección de los calcetines y bufandas, para congraciarse con los hombres de la casa (todos mayores que ella) y conseguir el que le permitiesen acompañarlos en las bajadas hacia Guadix con motivo de las fiestas y procesiones de Semana Santa. Fue precisamente en una Semana Santa en la que mi abuela contó a mi hermana cómo ella tenía pasión por unos bollos de aceite llamados “bollos macarros” y de cómo un día en que acompañó a sus hermanos a ver procesiones a Guadix; tomó a escondidas uno de estos grandes bollos y durante toda la procesión y de cuando en cuando, sin ser vista pellizcaba el codiciado manjar, hasta dar fin del mismo.

Guardo con mucho cariño, una cinta de casete en la que

mi abuela cuenta a mi hermana Flor (menor que yo), y ya guardando reposo en su cama por la lesión de la cadera; episodios de su juventud y lo transcribo seguidamente a este relato, pues si bien no es muy relevante, sí que refleja a una persona sensible y divertida, y lo más bonito para mí y lamento no poder reflejarlo aquí; es el metal y musicalidad de su voz y el acento “guadiseño” tan peculiar con que lo trasmite a la cinta, una joya para mí. Mi abuela pasó casi dos años en cama, como consecuencia de romperse la cadera a la edad de 90 años; desde aquí mi reconocimiento y cariño para su hija, mi muy querida madre, que la cuidó con exquisito cuidado durante todo ese tiempo. Contaba mi abuela a mi hermana Flor y seguramente acompañada de más hermanos, lo siguiente: “Con motivo de una fiesta, estrenó un vestido muy bonito y bajó a Guadix con sus hermanos para lucirlo , cuando al pasar por un jardín vio un gran rosal, repleto de preciosas flores y ... sintió el gran deseo de coger una de ellas; por lo que añadió la acción al pensamiento y se plantó junto al rosal y cortó el tallo de la que le pareció más bonita; con la prisa, no advirtió que parte de su vestido se había enganchado en la espinas del arbusto y la expresión de mi abuela al preguntarle ¿Qué pasó? pues contestó: “Yo me quedé con la flor, pero parte de mi vestido se quedó en el rosal”.---

Nuevamente nuestro Antonino nos relata de cómo realizó una nueva excursión, en esta ocasión, desde Granada hasta Guadix...

-parajes románticos-

Habían transcurrido varios meses desde mi última excursión larga, la efectuada desde Iznalloz hasta Guadix, y el gusanillo de mi fantasía o el mono que dirían ahora, me empujaba a repetir de nuevo mi andadura por la sierra, así pues decidí que no pasarían muchos días más hasta repetir tan magnífica experiencia, por lo que diseñé un pequeño plan en el

que incluía mi escaso equipo (pues ni mi economía ni los tiempos daban para más) el cual consistía en una manta, mi pequeño macuto, mi inseparable hachuela para preparar fogatas y como herramienta, unos prismáticos (regalo de mi padre) y poco más, pantalón de pana recio y como calzado un par de chirucas que así se les llamaban a las botas en mi tiempo (habíamos cambiado la marca por el nombre) y quiero hacer notar que nunca he poseído un bastón para caminar, pues siempre lo he confeccionado al comienzo de mis excursiones bien por economía o bien por capricho o posiblemente por fantasía (me impactaría la figura de Moisés en la película los diez mandamientos, vaya usted a saber). Así que fijé el día que indefectiblemente sería el siguiente sábado, día que no tenía trabajo por la tarde. Tras la experiencia sacada de mi excursión anterior, entendí que debía desplazarme en tren hasta Granada para luego tomar el tranvía hasta Güéjar Sierra y desde ese pueblo sería verdaderamente desde donde iniciaría mi excursión. Siempre repetiré que no me gusta andar ni por carretera ni por camino, es muy monótono, a mí me encanta el sendero o lo que es mucho mejor hacer mi propio camino, como decía el gran Antonio Machado “caminante no hay camino, se hace camino al andar”.

Partía en tren desde Iznalloz hasta Granada sobre las cuatro de la tarde del sábado, llegando a la capital cercana a las cinco. Rápidamente me desplazé a una parada del tranvía que en aquel tiempo aún existía y lo tomé con destino a Güéjar. Es una verdadera pena que aquel tranvía desapareciese, pues el último viaje se realizó, creo, en el 1974. El recorrido te trasladaba al paisaje de los Alpes, túneles y más túneles, románticos meandros del río Genil que caprichosamente él había creado durante siglos serpenteando por su cauce. Sí una pena, pero los tiempos mandan y después se transformó a la altura de un pequeño poblado (el de Canales), en lo que hoy conocemos como la presa de Canales. Bueno viendo lo positivo, he de decir que durante mucho tiempo disfruté de este tramo del río Genil, practicando otra de mis aficiones favoritas, pescar truchas. Pero volvamos a mi excursión y motivo de este relato.

Como digo el paisaje era casi idílico, pues tras cada túnel o curva del trayecto, aparecía una nueva vista aún más bonita que la anterior, vamos que fue una gozada, por lo que no podía haber imaginado un mejor comienzo para mi excursión. El itinerario del tranvía finalizaba en el Charcón, pero me aconsejaron que me apeara en la estación de Maitena muy cerca de Güejar, así que dejé la estación y pregunté por el camino que debería seguir para llegar al Camarate de Lugros. Me indicaron que debía de continuar por el barranco hasta llegar al río Maitena (afluente del Genil), y que tendría que subir hasta las cercanías del Cerro del Alguacil, para posteriormente tomar la cuerda del mismo nombre que da vista y va paralela al río Maitena, pues la citada cuerda era el camino natural hacia el Camarate. Antiguamente se carecían de los medios tan variados y potentes que actualmente poseemos (GPS, móvil última tecnología que parece la lámpara de Aladino, pues solo tienes que pedirle cuál es tu deseo y te lo muestra al instante), solo teníamos a nuestro alcance algunos mapas más o menos concisos y la única manera y forma de conseguir información era la de preguntar a los propios del terreno. Una vez informado del camino a seguir, me dejé llevar por mis conocimientos sobre la sierra y me lancé a la ventura y aventura tratando de acercarme lo más posible al collado del citado Cerro del Alguacil, según la información recibida de un paisano cercano al río. ¡Qué paisaje tan paradisíaco esta zona del río Genil!, pequeños huertos con su correspondientes casas, repletos de árboles frutales y primorosamente labrados, donde imperaban los cerezos y los guindos, pero dada la prisa que tenía por encontrar un sitio en donde pasar la noche que ya se acercaba, no pude saborear este entorno y decidí que en otro momento lo visitaría (fue el inicio de futuras jornadas para la pesca de la trucha).

Y aquí me tenéis subiendo por un barranco infernal a través de una maleza más infernal aún, pues que no debí entender bien la información recibida, puesto que no di con la vereda acertada. La cuestión es que la noche ya estaba encima y no tuve más remedio que parar, pues ni podía ni veía, así que

busqué un sitio lo más adecuado posible y lo encontré junto a un frondoso durillo y después de tomar un pequeño refrigerio, me relié en mi manta y debajo de su tronco me sumergí (al estilo de los jabalíes) en un gran montón de maleza, que seguramente estaba allí desde el día de la creación. Respondiendo a vuestro pensamiento, os diré que frío no pasé pero “miedo” alguno sí que pasé, por lo cual no puedo decir aquella frase muy repetida por Homero en su poema de la Odisea “y llegó la aurora de rosáceos dedos” , pues para mí no llegó esa aurora hasta más tarde, ya que a eso de las tres o las cuatro de la mañana me desperté (si es que estaba dormido) por el ruido que producía una vaca descomunal, que ramoneaba muy cerca de mi “dormidero”, la cuestión es que hice de tripas corazón y me levanté, organicé el pequeño campamento cercano al arbusto bajo el que me encontraba, limpié una pequeña porción de maleza y monté ese pequeño campamento más que por estar a gusto y espacioso, por el hecho de manifestar a la vaca y su posible familia que yo estaba allí, cosa que entendieron rápidamente pues salieron corriendo en tropel a través del monte y a continuación el silencio ... ¡cómo la compañía del profundo silencio de la noche y la contemplación del infinito firmamento tensan y acentúan nuestro pensamiento y nos hacen meditar sobre cuestiones que de ordinario no analizamos!. Como dice una canción de mi tiempo (creo era de los Módulos), “todo tiene su fin” y mi “nohecita” también concluyó. Con las claras del día el espíritu se alegra y la mañana te transmite su energía, así que preparé un poquito de café en un pequeño cacillo de aluminio y en una minúscula fogata, en aquel tiempo no existía el parque nacional de Sierra Nevada ni prohibición sobre fuego, ya que existía sentido común y un gran respeto por la naturaleza y no digo que hoy no exista pero se ha intensificado el número de personas, por lo cual toda prevención y cuidado son pocos. Tomé mi café y unas galletas y después de apagar concienzudamente la pequeña fogata, retomé mi ascenso y traté de buscar la tan ansiada cuerda del Alguacil, la cual no tardé en avistar pues ya había subido lo suficiente (calculo que estaría sobre los 1.500 metros ya que Güejar está a 1.000m) y el terreno

estaba casi despejado por lo que ya distinguía perfectamente la imagen de mi querido Picón de Jeres (muy diferente de la vista que tiene desde Guadix, se veía su cara oeste) así como las potentes moles de sus hermanos mayores, Tajos Negros, Cerro Pelao, Horcajo, La Alcazaba, Mulhacén y Veleta. Pensé que estaría a unas tres horas del Camarate puesto que la subida más fuerte y difícil ya la había realizado. Quiero dejar constancia de que si bien no llegué a coronar el cerro de referencia, pues dado que la cuerda del Aguacil iba en la misma dirección y paralela al río, sí tenía claro que la dirección que consideraba correcta era la que me marcaba el cauce del río Maitena, el cual se dirigía hacia el este por lo que cambié mi dirección. Por mis experiencias anteriores por la cara norte del Picón de Jeres, sabía que las veredas aún siendo importantes, no siempre son determinantes para la ejecución de un objetivo y que el éxito depende mucho de saber situar cada punto de referencia adecuadamente. Por lo que una vez estudiado el terreno y mis puntos de referencia, entendí que el Camarate debía de estar en la misma dirección que marcaba el río Maitena y la cuerda correspondiente la de su margen izquierda, mirando al Picón. También tenía claro que una vez llegase a la altura del nacimiento del citado río debería procurar en la medida de lo posible no desplazarme mucho hacia el norte (mi izquierda), pues tenía que conseguir dejar el Camarate a mi izquierda (cuando llegase) y así dominaría la cuerda-vertiente hacia Guadix. Queridos amigos ¡que bonita palabra! “cuerda” y que bien suena en mis oídos. Digo esto porque si bien me encanta el bosque y las zonas muy cerradas, por su misterio y su dificultad, te retrasan mucho la marcha y yo había calculado una jornada de aproximadamente 10 horas, incluidos descansos y comidas, por lo que debía de elegir las alturas y zonas diáfanas para así economizar tiempo y energía. Estamos hablando de una distancia a cubrir de aproximadamente 35 Km. y -por la sierra- . El tramo siguiente a cubrir era completamente diáfano con poca vegetación y sin grandes dificultades y estimé que lo podría realizar en aproximadamente tres /cuatro horas. Las vistas desde esta cuerda, son impresionantes pues permanentemente estás

viendo toda la zona del Veleta, Mulhacén y sus hermanos, así que como estaba fresco y con ganas, me entregué al camino y continué mi marcha, ganando altura progresivamente. En las subidas hay que poner el piloto automático y no alterar la velocidad procurando hacer la misma de una forma monótona y continuada. Así que aproximadamente hacia el mediodía y cercano a la una consideré completada esta jornada pues estaba ya muy cerca de la vertiente hacia el Camarate, por lo que me paré a descansar y reponer fuerzas junto a una fuente “milagrosa”, pues no sé qué tienen estas fuentes solitarias que te dan la vida; disfruté de mi comida y del descanso bien ganados y de nuevo y sin buscarlo, tu mente se serena y juegas con tus pensamientos y la soledad de la montaña. Repuestas mis fuerzas (físicas y espirituales), me dispuse a continuar con el siguiente tramo. Por la referencia del Picón y de su hermano pequeño el Mirador Alto (ya visible) entendí que faltaba muy poco para dar vista a la dehesa del cortijo el Camarate, por lo que debía de tener dos cosas en cuenta, una el no despistarme mucho y analizar el terreno para decidir por dónde bajaría hasta la zona de Guadix y otra y no menos importante, controlar y ver los posibles toros bravos antes de que ellos me viesan a mí, ya que por excursiones anteriores, algunas veces me habían sorprendido y por suerte no existió peligro pero mejor no tentarla, yo habría sido torero si no tuviera pánico a los toros . Quiero comentar que el regalo de mi padre (con 14 años) fue el de los prismáticos, pues en cierta ocasión vi unas cabras en lo alto de unas riscas y me acerqué lo suficiente como para comprobar, que las cabras no eran sino una punta de ganado, toros bravos, podéis imaginar el miedo que se metió por todo mi cuerpo, así que cuando se lo comenté, mi padre me hizo el regalo de los prismático y me dijo “toma para que no te pase más”. Así que con la debida cautela pero con fuerza y decisión emprendí nuevamente la marcha y al poco rato, ya había cambiado la subida por la bajada. Así pues busqué el llanear un poco por lo que entendí era la dehesa del Camarate y procuré enlazar con la cuerda de Haza Larga y poco a poco ir descendiendo en dirección hacia Guadix. Al tiempo que

descendía vigilaba cualquier posibilidad de encontrarme con las reses bravas, si bien entendía que hacia mi derecha y por los pastos que existían hacia el Mirador Alto, la posibilidad de encontrármelos era baja, pues estarían en estos pastos altos. Continué descendiendo (siempre procurando sortear los barrancos que encontraba) hasta enlazar con la loma de la Peña Blanca y después de aproximadamente dos horas ya estaba en las cercanías del cerro Sillao. Andando en el camino de la Rambla de Paulenca, cuando a mi espalda sentí el ruido de una moto y con gran alegría para mis cansados miembros, descubrí que el conductor era el hermano mayor de mi buen amigo Ángel Fronteras, que regresaba a Guadix desde un cortijo que tenían cerca de Graena , el cortijo Cobos y ni que decir tiene que me subí con él y así y por ese medio, realicé los últimos cinco kilómetros que me faltaban para llegar a mi casa , muy cerca de la de mi amigo Ángel. Y así felizmente finalizó mi excursión.

CAPÍTULO VI: Nuevas tierras, nuevos frutos

A menudo y últimamente con más frecuencia, pienso que la naturaleza es una de las aulas más atractivas e importantes para que los humanos aprendamos, pues tanto las plantas como los animales que la pueblan son pequeños maestros que nos enseñan si somos capaces de pararnos a mirar. Es por ello que de cuando en cuando (quizás con demasiada frecuencia) hago alusiones y comparaciones con ellos que juntos con los seres “pensantes” pueblan este planeta o casa común, como lo llama un gran hombre de nuestro tiempo ,el Papa Francisco. Por lo tanto ruego se me permita hacer una más y en esta ocasión la efectuaré con la “vitis vinifera” o planta de la vid. Pues para que una cepa dé buen vino, necesita de muchos cuidados y sobre todo de tiempo, ya que aún no se ha conseguido hacer vino (posiblemente esté a la vuelta de la esquina) de otra manera que no sea la de estrujar el fruto de la vid. Con nuestro “árbol-personaje” sucedía igual; por lo que necesitó de tiempo para adaptarse y prosperar en esta su nueva tierra a la que llegaría a amar casi lo mismo que a la suya natal...

A continuación dejamos a nuestro hombre, nos relate sus experiencias en el cante hondo, pues entendemos que el conocimiento de este arte flamenco y ancestral de la cultura andaluza, marcó igualmente el carácter de nuestro Antonino, al vincularlo aun más a su tierra..

-arte ancestral-:
Apuntes sobre el cante “jondo”⁶

¡Que llames, a la voz de tu conciencia, solo te pido; que llames!
Consulta tu corazón, y no te muestres cobarde;
¡dale al mundo tu opinión!

Los recuerdos que tengo sobre mis primeros contactos con el arte flamenco, se remontan a las lecturas que hacía de la obra de mi paisano Pedro Antonio de Alarcón, por el cual me interesé a partir de los años 60 y fue con motivo de la lectura de una de sus novelas la cual ,creo que se titulaba “la Alpujarra” y en uno de sus capítulos, muestra un anochecer en la Alhambra y de cómo el autor sentado en sus jardines escuchó un fandango interpretado por un cantaor del cercano Albaicín y de cómo se embriagó con el romanticismo que transmitía la interpretación musical y su letra. Fue tal mi interés por ese arte, el cual era capaz de calar en el espíritu de un escritor tan notorio, que desde aquel mismo día sentí la imperiosa necesidad de indagar y buscar las raíces del cante flamenco o arte del cante jondo. Con el paso del tiempo he podido comprobar la verdad y su realidad de que este arte localizado principalmente en Andalucía y de forma puntual en otras comunidades cercanas, responde a la misma esencia de un pueblo que, teniendo o no un conocimiento erudito de su arte, se manifiesta desde lo más profundo de su ser y lanza su “quejío” o su pena, también y en algunas ocasiones (las menos) sus alegrías al mismo espacio o lugar de donde las recibe. He podido constatar igualmente que no ha sido siempre admirado como algo trascendente y espiritual, como algo artístico y noble, sino que en ocasiones se le ha relacionado con malas costumbres y corruptelas o con formas y vivencias de poco calado humano. No se ha podido o querido ver en este arte, lo sublime de su belleza, su pureza, la sinceridad de su mensaje. No se ha sabido ver que si bien en ocasiones (las más)

⁶ Preciosa letra de fandango, de la que ignoro su autor, interpretada creo por El Sevillano; y a mi juicio marca los senderos de este arte ancestral.

se ha utilizado por el cantaor como medio de subsistencia, en todas e incluso en estas también y siempre, el arte respondía a una necesidad vital, como el respirar o el comer para el ser humano. El arte jondo, no busca la justicia humana (sus leyes), tampoco busca fines políticos , ni tan siquiera enseñar nada, solo lanza fuera del pecho sus sentimientos más profundos y la genuina manifestación de su día a día conectada a lo que se podría denominar y permítaseme la expresión “una inteligencia genética”.

Mi andadura en el camino del cante hondo continuó durante todos los años 60, buscando cualquier noticia relacionada con este arte y eso sí tratando por todos los medios de conectar con los usuarios directos de esta manifestación del sentimiento popular, estando muy atento a todo evento relacionado con lo flamenco ya fuese público o privado y tratando de recoger la mayor información posible de esta misteriosa manifestación musical. Como es natural y al comienzo de mis contactos, di más importancia a los festivos y a lo que entonces se conocía como “cantes menores” y no sé el porqué de esta denominación y me refiero a fandangos de Huelva, Sevillanas, Alegrías de Cádiz, fandanguillos y tanguillos de diferentes localidades o provincias, que por otro lado es lo natural y lógico al comienzo del conocimiento de cualquier disciplina. Por aquel entonces no tenía muy claro si la canción popular o lo que comúnmente se conoce como “cuplé”, pertenecía igualmente a la gran familia del cante hondo. En aquel tiempo yo tenía algo más de 15 años y muy pocas posibilidades de asistir a eventos dedicados a este arte; de cuando en cuando alguna que otra compañía cercana al flamenco, lo que se conocía entonces como canción popular, desfilaba por el cine Arti que también estaba preparado como teatro. Recuerdo en una ocasión el ver a Juanito Valderrama y Dolores Abril, que desfilaron durante varias sesiones por este gran cine-teatro de Guadix. Yo en calidad de hijo de empleado, me “escabullía” sigilosamente y me metía en la trastienda; en aquel tiempo se mantenía a rajatabla la censura para menores;

pero entre bambalinas, y en lugar discreto no era advertida mi presencia, incluso ni por mi padre; pues bastante tenía él con atender al público y al desarrollo normal del espectáculo.

Otra fuente que saboreé (sin saberlo entonces) fue los barrios de las cuevas en Guadix, dado que mi casa estaba situada en un lugar estratégico y de paso para la Ermita Nueva, el barranco del Armero y las Cuatro Veredas; lugares todos ellos en donde se cocinaba este arte ancestral. Llegando la navidad, disfrutaba escuchando los villancicos de los múltiples gitanos que junto con payos habitaban estos hermosos barrios y que hasta dos veces al día cruzaban por delante de mi puerta. Luego unos años más tarde mis amigos y yo subíamos para acompañar a alguna familia gitana conocida y comernos “el noche bueno” con ellos y después cantar villancicos al más puro estilo gitano. He de reconocer, que el presenciar estas manifestaciones folclóricas de los gitanos, dejaron en mi memoria musical una huella imborrable, pues tal es así que cuando llega Navidad, si no canto varios villancicos al estilo caló, pues noto como que me falta algo.

Otra faceta importante sobre el flamenco la aprendí igualmente con el tiempo y me refiero a que durante gran parte del mismo, no reconocía al verdadero dueño de ese poder artístico, no sabía descubrir que “el arte”, cualquier arte, si se ejecuta con maestría y dedicación se instala mediante “la memoria genética” en las gentes que lo practican y digo se instala porque tengo la convicción de que el arte y en el caso que nos ocupa -el cante jondo- no tiene propietario, no posee dueño; por el contrario, es él quien se adueña de la persona o grupo que lo practica, la cual o los cuales con su aportación diaria enriquecen más y más ese conocimiento. Quiero concluir y reforzar mi convicción, diciendo que durante bastante tiempo pensé que eran los “payos” y no los gitanos, los poseedores de este tesoro y posiblemente llegué a esta conclusión por la erudición de las noticias que recibía siempre de informadores e incluso artista payos, hasta que un buen día estando ya en Iznalloz en el año 1963 y por motivos laborales, conocí a un buen amigo (con el tiempo muy querido) llamado Manolo

Vilchez que tenía la gran suerte de vivir en un lugar de este hermoso pueblo en donde se practicaba de forma cotidiana y natural el arte flamenco. El vivía en un barrio en donde gitanos y payos mezclaban en armonía sus culturas y su saber y en una palabra; con este amigo recibí mi bautismo de “iniciado en el flamenco” de fiesta flamenca. Y a partir de ese día descubrí que era el gitano y no el payo su depositario por aquel entonces y creo que aún continúa (con notables excepciones) como extraordinario conductor-conducido del arte jondo. Al principio de mi andadura no tenía muy claro en cuanto a diferenciar el límite y frontera del auténtico flamenco o cante jondo, con diversos cantes que van surgiendo a lo largo del tiempo y que como consecuencia lógica de su práctica y difusión “contagian” a practicantes y público, y si bien esto es muy bueno en cuanto a la trasmisión y conocimiento del arte, puede llegar a ser un peligro para el futuro crecimiento y su consiguiente enriquecimiento y me explico. Me refiero exactamente a lo que en la actualidad se ha dado en llamar “fusión” y aclaro desde el principio que respeto profundamente todo este movimiento y así como también aplaudo todos sus practicantes y seguidores de estas nuevas tendencias, si bien he de matizar que no las considero como una parte del flamenco, sino como nuevas disciplinas que tendrán que ganarse su lugar y respeto en el amplio campo de la manifestación musical, al igual que en tiempos pasados sucediera con la copla española o el cuplé que si bien son frescas aguas que también sacian la sed, no son líquidos del mismo manantial, en una palabra pienso que no son familia nuclear del cante hondo si bien pueden ser primos. Una vez aclarado este punto, entiendo que la vida es más prosa que poesía y hay que pensar en el día a día y vivir del arte no es muy fructífero y así lo han entendido muchos artistas, que en el pasado y en el presente han hecho de su arte una profesión. Finalmente termino diciendo que es difícil separar la paja del grano y que debemos estar atentos y dispuestos a “mojarnos” en la defensa del cante jondo de raza, y siempre será mejor rectificar una opinión que no pronunciarse por temor al “qué dirán” y añadido un pensamiento que no es mío, se lo oí decir a

un señor de Iznalloz que en aquel entonces regentaba el casino Juan o Manuel “Pelusa”, lo tomo-comparto y decía textualmente: “El cante jondo es el saber popular, que encierra todo el saber, que es saber querer, amar, morirse y aborrecer” y opinaba que para cantar bien no es necesario cantar muy alto, solo bajito y con sentimiento, al estilo de Frasquito Hierbabuena del Albaicín.

A menudo y conforme me he ido adentrando en el conocimiento del flamenco, me he planteado la cuestión sobre si lo mas importante para la conservación del mismo, sería el tener unos grandes conocimientos teóricos sobre él, o por el contrario ejercitarse en sus técnicas y dominar los diferentes palos de este arte, los cuales a través de los tiempos se han ido generando y puliendo con los diferentes artistas flamencos, y he llegado a la conclusión de que los dos campos son necesarios y están íntimamente relacionados, como lo demuestra la figura extraordinaria del cantaor Antonio Mairena en el cual se fundían con gran acierto un conocimiento técnico y erudito del cante jondo y una perfecta ejecución; ¡con cuanta ilusión y cariño guardo entre mis múltiples discos sobre este arte una antología de don Antonio en la que se ilustra con todo detalle los palos que interpreta este gran maestro!, pues en todo arte que se precie y en toda disciplina debe de darse el profundo y concienzudo estudio de la misma y así dar un toque de rigor científico a esta ancestral cultura de expresión musical. Con todo lo dicho sobre don Antonio, he de agregar una opinión muy personal sobre el cante jondo y más exactamente sobre lo que es el “genio” que transmite o se “instala” en el cantaor, y he de decir que ese genio, ese chispazo, solo lo he sentido con unos pocos elegidos por el duende del flamenco y don Antonio Mairena, con todo mi respeto no me ha trasladado a ese “paraíso” y si por citar algunos ejemplos, otro don Antonio en este caso el señor Fernández Díaz (Fosforito) sí que me ha tocado el punto de éxtasis, así como también otro monstruo flamenco y cierro las citas pues en otro momento retomaré este detalle sobre más cantaores, y me refiero por último a don José Monje Cruz (Camarón). Lo único que pretendo matizar con todo

lo anteriormente escrito es que el flamenco necesita de una "Cátedra" y posiblemente ya exista pues he de agregar que llevo muchos años "inactivo" o dormido en esta materia, si bien he de alegar en mi defensa que aunque no practique el cante y su información activa, el espíritu del cante jondo y su filosofía ya no los puedo separar de mi persona y me acompañaran el tiempo que mi carcasa lo permita, siendo mi único objetivo al escribir estas notas el contagiar el sentimiento de este apasionante arte.

*"Por el libro del querer, a un sabio le he preguntao,
por el libro del querer. Y el sabio me ha contestao,
por yo quererlo saber, hasta ciego me he quedao" (anónimo)*

Sería sobre el año 1964 cuando junto con mi amigo Manolo Vilchez, y con motivo de la fiesta del Corpus en Granada, nos desplazamos desde Iznalloz en el autobús del pueblo, para asistir a la celebración de un concurso flamenco para aficionados celebrado en esta ocasión al final de la carrera del Darro frente a la sala de fiestas Rey Chico y justo debajo de la Alhambra, pues no recuerdo el motivo de no haberse podido celebrar en la plaza de San Nicolás como otros años se había realizado. Recuerdo estar debajo del escenario para no perdernos detalle, y si bien no recuerdo otros concursantes, curiosamente me quedé marcado para siempre con un participante por su elegante ejecución, su brío y su chispa flamenca, ya que no solo recuerdo lo que cantó que fue aire de Malagueñas (creo las llaman abandolas) sino que también recuerdo desde aquel día y de hecho las he cantado alguna vez cuando estando entre familia y "a gusto" me he "lanzado" de espontáneo, la letra completa y que dice así "Lejos muy lejos de España yo me llevé a un ruiseñor; lejos muy lejos de España, y en su canto me decía, quiero vivir en Granada, Granada la tierra mía" y ni que decir tiene que quedó el primero. Yo desde aquel día supe que sería una figura del cante jondo y hoy después de unos pocos años (50 nada más) y gracias a las nuevas tecnologías, he podido comprobar que no me equivoqué

en mis juicios, pues no solo ha triunfado como profesional del cante, sino que además este granaino afincado desde muchos años en Málaga (yo creía era malagueño) fue el primer Licenciado en Filosofía Pura por la Universidad de Madrid al presentar su tesis sobre el flamenco, en el año 1979 en la que defendió la misma, de forma teórica y práctica y además con la calificación de sobresaliente. Todo un lujo, sí señor. Y agregar solamente un dicho recibido de Manuel Pelusa (citado anteriormente) que nos decía cuando nos lanzábamos de espontáneos en el casino de Iznalloz : “En el flamenco es corriente cantar bien o cantar mal, pero en llegado donde hay gente, cantar bien o no cantar “.

Durante muchos años continué aprendiendo, no a cantar, que esto más tarde o más temprano se consigue ; sino a apreciar y distinguir su belleza, aumentando el abanico de palos y las diferentes formas de expresarlos según el terreno o zona de Andalucía en los que se cantan; pues sucede que por ejemplo una bulería, no se interpreta igual en Jerez que en Córdoba, por ejemplo; o un fandango no tiene la misma fuerza o intención en Utrera que en Málaga, o unas alegrías no son iguales en Cádiz que en Sevilla y así una larga lista de palos y cantares que forman y conforman nuestra tierra. "Cantaor" y "tocaor", necesitan de mucha práctica y con el tiempo van modulando sus cuerdas vocales y su oído (en el caso del cantaor) o sus manos en armonía con su instrumento en el caso del tocaor, para conseguir que un buen día (tras mucho tiempo) se sintonicen en perfecta armonía, voz, corazón, sentimientos, música y una serie de motivos y facetas más que surgen en el momento de transmitir este arte, y hacen que de forma sencilla y fluida surja la chispa que conecte ese mundo inmaterial, mezcla de fantasía e intuición; consiguiendo que traspase “la frontera” y cale en todo el que lo escucha, incluido el mismo cantaor y tocaor.

Finalmente dejo una poesía dedicada a la Alhambra, con ella comencé mis notas sobre el cante jondo y con ella quiero cerrar, pues tal es el embrujo que irradia.-

Alhambra de fuentes claras,
que en sus aguas te reflejas.
Cuéntame de tus historias,
cuéntame de tus vivencias.
De si sueñas con el moro
que por su débil torpeza,
por y siempre, y para siempre,
se quedó sin tu belleza.
Dime, querida sultana!
si has olvidado sus cuitas
y si recuerdas sus pasos.
O si en las noches de luna,
continúas dando fortuna,
a quien se duerma en tus brazos.

Cerramos este capítulo con otra pequeña historia referida a los contactos que empezaba a consolidar nuestro amigo Antonino en estos nuevos escenarios, y que presentamos directamente contada por su autor:

-esencias de sierra-⁷

Pasar más sed que un alhucemero. Dicho popular de Iznalloz. Sucedió en Iznalloz sobre el año 68. Tomando unos vinos en el bar de los Gorriones junto con otros amigos, surgió la conversación de si los que trabajábamos en oficina (Manolo en el sindicato y yo en el banco) no teníamos ni idea de lo que era el trabajo en el campo y más concretamente el de recolectar alhucema, ya que aparte del trabajo manual, los aromas que desprende dicha planta “de esta variedad de la Lavanda”, te deja la garganta reseca y una sensación de sed insatisfecha. La

⁷ Historia-anécdota dedicada a la memoria de mi buen amigo Manolo Vilchez q.e.d.

discusión llegó a tal punto de “calor” que los que sostenían lo anteriormente manifestado, decían que “nosotros como no sabíamos de qué hablábamos, no seríamos capaces de recolectar ni el equivalente a una arroba”. Fuese porque nos picamos o posiblemente por los vinillos de más, la cuestión es que bravamente nos comprometimos a recolectar no una arroba, sino diez. La apuesta quedó establecida en que la parte perdedora aportaría una paletilla y sus complementos correspondientes (habas verdes, ¡qué buen castigo!). Se estableció que podríamos recolectar la planta de cualquier sitio de la cercana sierra Umbría siempre y cuando la porteásemos cargada a nuestras espaldas y durante la jornada de un día; y que para la pesa con romana estaríamos localizados en un quemador/destilería que tenía al parecer el tío o el padre de Manolo “el Elviro”, sito en la bajada del camino de la ermita a la izquierda, pues en este sitio se encontraba necesariamente un arroyo o manantial de agua cerca. Un domingo nos preparamos muy bien, tomamos dos buenas hoces, nuestros ramales y cordeles correspondientes y por supuesto, dos hermosos sombreros y decidimos que el mejor sitio para la recolección sería el cortijo el Pocico, dado que en mis múltiples excursiones (y así coincidía con Manolo) en las labores viejas del Pocico había observado que existía gran variedad de estas plantas. Madrugamos y andandico andandico, nos metimos en el Pocico. Pronto comprendí el dicho de Iznalloz “pasar más sed que un alhucemero”, el caso es que sobre las once o doce de la mañana, ya teníamos dos buenas cargas y acto seguido las pusimos sobre nuestras espaldas y poquito a poco nos plantamos en Iznalloz tras múltiples paradas para descansar y reponer agua. Sí, ya llego, os estaréis preguntando ¿si conseguimos la carga? la respuesta es NO, ya que una vez pesada solo habíamos conseguido algo más de seis arrobas. Así que ni cortos ni perezosos nos agarramos al tajo, volvimos sobre nuestros pasos y esta vez, dado el poco tiempo del que disponíamos, nos dirigimos a Barcinas y rematamos la faena consiguiendo nuestra segunda carga de a lo que nuestro juicio completaría las diez arrobas. Debo aclarar que la distancia que

anduvimos aquel día en kilómetros, pudo sobrepasar los 15, pues el Pocico queda de Iznalloz a 5 km y Barcinas a solo tres. Tras portear este segundo viaje y proceder a su pesaje, nos faltó algo menos de una arroba para completar la apuesta, por lo cual aceptamos nuestra derrota en cuanto a la cantidad, no así en cuanto a demostrar que cualquier trabajo si se pone interés y voluntad es posible realizarlo por parte de cualquier persona, tanto si se trata de trabajo físico, intelectual o una mezcla de los dos. Por supuesto, pagamos la apuesta “a medias” claro, puesto que nosotros también disfrutamos de la paletilla y las habas verdes; y he de agregar el vinillo correspondiente que nuestros oponentes pagaron gustosos.---

Al objeto de conocer algo más esta nueva tierra en la que la mano del destino había trasplantado a nuestro “quercus”, seguidamente trasladamos sus manifestaciones sobre la misma, a raíz de una merienda celebrada en su sierra y en la que se muestra el especial sentimiento de cariño por sus gentes y así tener unas pinceladas sobre Iznalloz.

-Pinceladas sobre Iznalloz-

La jornada tocaba a su fin; ya las últimas familias habían abandonado el lugar donde se han desprendido por unas horas de su pesado traje de trabajo, para cambiarlo por el de la libertad, la alegría y el descanso. Ha sido uno de esos días tan esperado por grandes y chicos, un día lleno de luz y plétórico de sencillas emociones, en el que absolutamente todo un pueblo se pone de acuerdo, para que de tal día quede un recuerdo grato y perdurable. Han estado de romería, según el dicho popular de esta comarca, la cual no puede negar su cepa andaluza, acompañando a su Santo patrón ISIDRO en ese maravilloso lugar de Sierra UMBRIA que llaman el Sotillo. Todos vuelven poco a poco a la villa y lo hacen con el corazón contento y satisfecho, dispuestos a continuar su lucha cotidiana. Pronto la quietud y el silencio se extienden por todas partes y en donde hasta hacía poco resonaba el griterío de la alegre

chiquillería, mezclada con la risa de amigos y familiares, ahora solo se escucha el débil ruido producido por la hierba que lentamente vuelve a su anterior posición, después de haberse doblgado bajo las múltiples pisadas de todo el día, sabia lección que nos da la hierba y que debemos tener muy en cuenta. Alguien ha quedado rezagado, como si no deseara terminar esta jornada y así poder gozar algo más de ella y del marco incomparable que se ofrece a sus ojos. Sin darse cuenta, se ha quedado solo y de forma natural y espontánea ha comenzado a aspirar profundamente los diferentes aromas de este edén terrenal del que se endulza la brisa de la tarde. La alhucema y el tomillo, la mejorana y la menta, la manzanilla y el rosal silvestre, el pino y el enebro, conjugan sus mil aromas formando un conjunto tan refrescante y acogedor, que nuestro sujeto cree estar en el mismo cielo y por eso hacia él mira y lo que ve igualmente le maravilla, pues las estrellas están ya fuera y han iniciado su juego del escondite, ora se enciende una, ora se apaga la otra, invitándole a tomar parte y la luna cooperando igualmente en el juego, inunda todo cuanto toca con sus tenues brazos de plata y presta al paisaje una sensación de duende y misterio, que hace ver las cosas de forma muy especial y con una serena tranquilidad, que invita a filosofar.

Nuestro soñador piensa particularmente en estas familias que han desfilado ese día por este hermoso lugar y la verdad que esta gente le agrada, son sencillos, abiertos, orgullosos de sus costumbres y de su tierra, con una viveza especial para el trabajo y para cualquier otro menester, amén de otras muchas cualidades que merece admiración, pues con poco que se les conozca se tiene la oportunidad de comprobarlo por sí mismo. Piensa que muchos de ellos tendrán que separarse próximamente de sus familias y la alegría de este día perdurará en ellos como el recuerdo de algo hermoso, que tardarán en volver y que posiblemente para algunos será pronto, si bien para muchos es posible que tarde más, principalmente por motivos de trabajo. Nuestro hombre a solas con sus pensamientos y con sus ideas continúa sumergido en el silencio de la noche, un silencio

roto de vez en cuando por el serrucheo de los grillos que orquestan su interminable concierto, por el agudo chillido del mochuelo que en la puerta de su nido, aguarda pacientemente a su futura descendencia, o el pico carpintero que deja sentir su rápido tamborileo sobre la vieja madera de un pino. Toda la noche es un silencio viviente y parece como si durante el día nuestros sentidos se embotaran de tal forma que no tenemos tiempo para escuchar nada y es precisamente durante la silenciosa noche, cuando percibimos múltiples ruidos y sonidos en ocasiones totalmente desconocidos para nosotros.

A un día repleto de alegría, le ha seguido una noche también cargada de sensaciones y pensamientos, por lo que nuestro hombre no puede por menos que sentirse algo cansado por la cantidad de emociones contenidas en una sola jornada y aceptar que hay momentos en nuestra existencia, en los que nos dejamos llevar por la cuerda oculta en nuestro corazón y se dispara ese resorte que nos hace fijarnos y sentir con más intensidad las pequeñas emociones de nuestra vida.” Mientras en la lejanía y rompiendo el silencio de la noche, se escucha el canto de unos muchachos rezagados camino de su Iznalloz:

*“Más que el castillo y el túnel,
más que su sierra y su sol,
vale la gracia y el garbo
de una mujer de Iznalloz”.*

Capítulo VII: Los dardos de Cupido

-un misterio no desvelado-

*”Estando en sueños contigo,
te oí decir, sí te quiero,
y el arranque de un suspiro,
fue lo que sentí primero.
Mas pronto siguió al suspiro,
un algo así como un fuego,
que con fuerte resoplido,
inundó todo mi cuerpo.
Sentí yo mis pies ligeros,
noté que mi ser se alzaba,
y por entre los luceros,
cual un águila volaba...
Yo te pido vida mía,
no me dejes despertar,
y pondré empeño sincero,*

en nunca dejarte de amar...”

Con este bello poema de amor, que bien podría ser cantado por colombianas, Antonino se declaraba un hermoso día de primavera del año 1966 a la que sería ya y durante toda su vida, su musa, la madre de sus hijos y su compañera inseparable y fiel, el amor de su vida, y a la que daremos igualmente un nombre en consonancia con su personalidad, María de los Amores, pero no adelantemos acontecimientos e iremos marcando punto por punto y paso por paso el cómo se llegó a esta nueva etapa.

Corrían los hermosos años de una década prodigiosa, la década de los sesenta, la de los escarabajos, en inglés “the beatles”; los hermosos años de la canción “No tengo edad para amarte” de Gigliola Cinquetti; los años en que nuestra cantante hispana Karina nos deleitaba con sus Flechas del amor; los románticos años del movimiento hippie, un movimiento libertario y pacifista que cambiaría la música y la forma de entender la libertad de la juventud de aquel tiempo; la época de los “guateques”. Los jóvenes no necesitaban de escenario para sus manifestaciones lúdicas y reuniones, las realizaban en cualquier lugar en el que existiese un poco de intimidad y espacio (a ser posible cuanto más reducido ese espacio, mejor) y eso sí, no podía faltar el aparato productor de música de aquellos años, el histórico picú (en inglés pick up). La juventud, ellas y ellos, se agrupaban como pequeñas bandadas de ruidosos y alegres “pajarillos” siempre en armonía, centrando toda su incombustible energía, en escuchar y degustar al máximo su música y sobre todo compartir su contagiosa alegría, y no faltaba “la mano misteriosa” que antes de que finalizase el disco y con un hábil golpe, colocaba la aguja nuevamente en el comienzo de la canción, pues dado que se disponía de pocos recursos y los discos costaban caros (unas 100 pesetas de las de entonces, no tenían más remedio que sacarle rentabilidad a su coste).

Sus primeras experiencias con amigos de Iznalloz, fue

con motivo de una celebración efectuada en la casa de la que con el tiempo sería su compañera para toda la vida; resulta que una amiga apodada “la francesa” Marina, a la que recientemente había conocido, le pidió que la acompañara al bautizo de la hermana menor de otra amiga de su pandilla llamada María de los Amores, la que con el tiempo sería la novia y posteriormente la mujer de su vida, su amor. Antiguamente los bautizos y al igual que otros eventos familiares, se festejaban en la casa de sus titulares con independencia de la ceremonia religiosa.

La casa estaba situada en la calle principal de Iznalloz, la llamada calle Real, muy cerca de la iglesia. Dicho edificio era de proporciones suficientes y tirando a grandes, siete habitaciones, servicios, despensas, cuadras para bestias, patio grande y dependencias para otros pequeños animales, dado que sus propietarios (los padres de la mocita) eran labradores de sus propias tierras, de las que recibían el sustento de las mismas. Disponían de lo que entonces se calificaba como economía auto suficiente.

Según comentarios de Antonino, desde el primer día se sintió atraído por la personalidad de María de los Amores, pues le agradaba comprobar que tenía criterio propio y con sus dos años menor que él, se la veía muy linda y espabilada. También le gustaba su familia y el trato que recibía sobre todo de su progenitora doña Felisa. Doña Felisa de Escalona era la matriarca, pues todo giraba en torno a su gestión y buena administración de los recursos, representados por las cosechas producidas por las bien labradas y trabajadas tierras de su marido el señor Pepico Olivo, un bendito señor, trabajador infatigable según manifestaciones de Antonino. También es posible que al ser una familia de siete hermanos (al igual que la de nuestro protagonista) este se sintiese identificado pues igualmente se trataba de gente labradora y recordemos que Antonino se crió durante años con su abuela muy relacionada con el entorno y las labores de campo. Al ser introducido en la pandilla de María de los Amores, nuestro personaje comenzó a relacionarse con estos nuevos amigos y amigas, con este grupo y encontró que sin dejar de frecuentar la sierra y sus excursiones, estas nuevas amistades,

le eran muy agradables y gratificantes; por lo que poco a poco fue dilatando sus viajes de fin de semana a su tierra natal de Guadix, tomando contacto con una forma de ser y de actuar en consonancia con su edad y el entorno de Iznalloz.

El grupo estaba formado por unos dieciséis componentes entre chicas y chicos, los cuales regularmente solían salir juntos en pandilla, procurando buscar toda clase de eventos para poder coincidir, unas veces se asistía a la preparación de la lana para la confección del colchón de boda de alguna hermana mayor (según las costumbres de aquellos tiempos y en este pueblo), otras se inventaba organizar un guateque en la casa o en el trastero e incluso en la cochera de alguno de los componentes de la pandilla; otras eran los días de feria, navidad, semana santa o el santo patrón, daba igual, la cuestión era reunirse y pasarlo bien. Bellos años estos de los jóvenes en los que curiosamente no se establecía una pareja determinada, pues rotaban chicos y chicas y así se conocían poco a poco y curiosamente unos años después llegarían a cuajar hasta cuatro parejas dentro de la misma pandilla e incluso posteriormente al matrimonio. Referente a la feria, este pueblo gozaba de unas características especiales con respecto a las verbenas y consistía en que los organizadores de los bailes públicos, obligaban bajo contrato a los músicos de las orquestas contratadas a cerrar la verbena a las siete de la madrugada, siempre y durante todo el tiempo que duraba la feria, pero con el añadido de que dicho contrato les obligaba también a efectuar un pase de baile a las 12 del medio día y hasta la cinco de la tarde.

Antonino como todos los muchachos de aquel tiempo, pidió oficialmente permiso al señor Olivo, para cortejar a María de los Amores, pues era un trámite obligado si quería “pelar la pava” como se decía entonces. Así que un buen día hizo acopio de valor y esperó al que sería el abuelo de sus hijos y sin más le largó todo el protocolo en la misma puerta de su casa. Una vez realizado este trámite y conseguido el preceptivo permiso, comenzó a cortejar a su parienta, eso sí, en el marco exacto de la

puerta de entrada a la vivienda, pues al principio no tenía la confianza suficiente, como para disfrutar del interior de la casa. Claro que con el tiempo sí recibiría la invitación correspondiente si bien lo prefería por gozar de mayor privacidad. Según me contó nuestro galán, disfrutaba con largos paseos a la ermita de La Virgen de Los Remedios, patrona de Iznalloz y distante del centro del pueblo unos 500 metros; también mantenía la guardia en la puerta de su amada, hasta que esta salía y permanecían largas horas sentados en los bancos de la plaza de la iglesia si era verano y en invierno la pava se pelaba al resguardo del frío, en el quicio de su puerta, pues ya había desaparecido la forma antigua de hacerlo, ella asomada a la ventana y el enamorado en plena calle. Pasaron los meses y un buen día del mes de enero del año 1967, nuestro Antonino recibía la orden de incorporarse a filas en el cuartel de Infantería de marina del Tercio del Sur en San Fernando de Cádiz. Añadir que los dos enamorados mantienen guardadas, hasta hoy, las más de 300 cartas que se cruzaron recíprocamente, durante el tiempo que permanecieron separados; algunas de un contenido amoroso profundo y que por respeto a su privacidad ni se me ocurrió pedir a nuestro protagonista mostrase dicho epistolario.

-recuerdos de un soldado-

“Soy soldado español de Marina, que juré por mi Patria luchar, donde voy va delante mi lema, ser valiente por tierra y por mar”.- Estas estrofas del himno de los infantes de Marina, quedaron marcadas para siempre en mi mente y en mi corazón, pues aunque los recuerdos de la mili no son muy gratos para mí, ya que durante ese tiempo no avancé en mi trabajo, fui separado de mi entorno y de mi querida María de los Amores y además adquirí algunos malos hábitos (fumar o beber en demasía), también practiqué algunos buenos como las relaciones sociales y la camaradería; y no es menos cierto que mi juramento fue sincero y aún lo sigo manteniendo firme en mi espíritu y por suerte para mí con el tiempo conseguí dejar de fumar y aprender a beber con moderación.

Lo recuerdo como si fuese hoy, una fría mañana del mes de enero, tomaba mi tren hacia Málaga pues me habían ordenado presentarme en primer lugar en la comandancia del puerto de dicha ciudad, en donde me entregaron documentación y billete para San Fernando de Cádiz y no entiendo el motivo, pero junto con mis documentos personales también me entregaron los de un pequeño grupo (no recuerdo su número) que al igual que yo nos habíamos enterado algo más tarde que el resto de nuestra quinta destinada al mismo cuartel. Era noche cerrada cuando entrabamos por un gran portón y mi sorpresa primera fue la de que un soldado de centinela en dicha puerta que repetía insistentemente y a voz alzada “¡¡cabo de guardia, cabo de guardia!!”... y a partir de ese momento y cuando dicho portal quedó detrás nuestra, entendí que comenzaba una nueva etapa de mi vida, etapa que duraría 23 meses, de los cuales solo disfruté en tres ocasiones de permiso por unos días, el primero a los seis meses de estancia. No recuerdo bien si fue en esa misma noche o a la mañana siguiente cuando nos cambiaron el “luc”, entendí el calificativo con el que en adelante y por un tiempo nos mencionarían como “los pelones”, lo que sí recuerdo muy bien es la sorpresa que recibí al entrar en las duchas compartidas, pues aunque me las había imaginado comunitarias, una cosa es lo que piensas y otra muy distinta la realidad y no me refiero para nada a la sensación de desnudez en público, sino más bien a la sensación de formar parte de una punta de ganado destinada al matadero.

Mi compañía estaba formada por algo más de cien hombres, “los pelones” nos llamaban los veteranos o “padres” y por causas que ignoro, el campamento inicial de adiestramiento por tres meses hasta la jura de bandera, lo realizamos dentro del mismo cuartel, así es que desde el primer día tomamos contacto con el resto de la tropa en horas fuera de los ejercicios en campo abierto y muy cerca del cuartel de marinería, por lo que tuve ocasión de conocer (de lejos) dos celebridades de aquel tiempo; Manolo Sanlúcar y Pedro Carrasco, que eran el último reemplazo de veteranos que cumplía 24 meses de servicio. Todas las mañanas después del

toque de diana y el “café” realizábamos la instrucción- Con el tiempo descubrí el motivo de ser tan insulso el citado café, pues un buen día que me tocó “pelar patatas” en la cocina, observé cómo el jefe de cocina, tomaba un palo largo, al extremo del cual mantenía un pequeño saco atado y cómo procedía a introducirlo por un tiempo en la marmita destinada al café, ignoro si todos los días reponía su contenido o lo usaba varias veces para dicha función, me quedé para siempre con la duda, pues ya nunca más pelé patatas (esto era un castigo para el que infringía alguna pequeña regla). Salíamos fuera del tercio para realizar los ejercicios de instrucción y adiestramiento, con nuestro fusil máuser, por supuesto sin munición, solo para que nos familiarizásemos con su manejo, al cual llegué a tomar cariño (por mi afición de entonces a la caza). Luego conocería el famoso mosquetón de cerrojo Mauser Coruña 1943, un arma legendaria y mítica desde la guerra de Cuba, y que su precisión entre otras características se debían a que el mecanismo de disparo era accionado manualmente y con cerrojo, y recuerdo el ruido que se producía al accionar dicho cerrojo, pues te daba una sensación de seguridad cuando hacías una guardia y en la soledad de la noche y ante cualquier ruido extraño, en lugar de pronunciar el “alto quien va, santo y seña” para no parecer un miedicas, pues accionabas un movimiento rápido de cerrojo y dabas a entender al hipotético peligro, que habías montado tu arma... cosas de la mili de hace cincuenta años.

Un día (ya avanzada nuestra instrucción), y de regreso, entramos como siempre al paso y en perfecta formación al patio del cuartel en donde se nos ordenaba romper filas mediante órdenes transmitidas por toques de corneta y en medio del patio nos estaba esperando nuestro Capitán y lamento no acordarme de su nombre. Este señor era de edad avanzada (entre 50/60 años) y de una delicada educación; se dirigió a la compañía y pidió que diera un paso al frente el soldado del reemplazo que respondiese al nombre de ... y citó mi nombre! Yo me quedé un poco sorprendido y tras el saludo preceptivo, el capitán me tranquilizó diciendo que no sucedía nada, que solo quería saber si estaba casado, pues se había recibido un telegrama a mi

nombre de la que creía mi esposa y acto seguido me leyó su texto que decía “Felicidades amor mío en el día de nuestro aniversario”, por mi parte aclaré a mi capitán que se trataba de mi novia, que aún no estábamos casados; se sonrió y aún así me felicitó y por su mirada de comprensión entendí le había agradado el romántico incidente, así que me mandó volver a la fila y tras devolverle el saludo me incorporé a la formación, entre confuso y contento.---

Nuestro personaje ya había cumplido 23 meses de su vida en un destino militar. Al igual que entró de noche en aquel cuartel, otra noche de primeros de octubre de 1968 salía por esa misma puerta pero en esta ocasión con destino hacia su libertad y no se sacudía las botas al subir al tren porque iba vestido de militar y acompañado hasta la misma estación de un cabo que vigilaba la partida de los que junto con Antonino habían igualmente completado su mili y los acompañaba, según sus comentarios, porque habían sido apercebidos de que aún no eran civiles, pues deberían de pasar varias fechas y presentaciones en los que seguían siendo militares, por lo que si surgía algún contratiempo, serían considerados o juzgados por la ley militar, así lo reflejaba la cartilla militar entregada a todos los licenciados, bueno a todos los que quedaron, pues muchos de su reemplazo y con motivo de ir a los EE. UU. para asistir a la entrega del porta-helicópteros Dédalo en calidad de guardias o infantes de Marina, comprado a la nación americana, aprovecharon las paradas efectuadas en diferentes lugares del mundo y a su vuelta desertaron, según noticias de Antonino. El eterno problema de moriscos y conversos, sigue sin resolverse y extrapolando estos recuerdos de la mili de entonces a la vida actual, nuestra sociedad y bajo mi punto de vista (muy personal) aún no ha encontrado su camino democrático a pesar de haber dispuesto de más de 40 años, desde que iniciamos nuestra andadura (ya no podemos achacar a nadie nuestro desconcierto), los únicos responsables somos los ciudadanos, los unos (pocos de miles) por aprovecharse de la ocasión, los otros (millones) por dejar que esos pocos se aprovechen y ser como el ganado que

cómodamente come en el establo sin pensar en su sacrificio. Si bien los tiempos cambian y creo para mejor.

Creo que esta etapa que dejaba atrás Antonino le había calado y curtido, mostrando otras formas de vivir y comportamientos diferentes y también abriendo una ventana al lado oscuro de la sociedad. También pienso que nuestro “buscador de respuestas” tendría algunas más que añadir a su mochila de la vida; consecuentemente y a partir de su licenciamiento se propuso dos objetivos, uno laboral, preparando oposiciones para oficial primero, única forma de ascender en su trabajo y el otro familiar, preparando su persona y su economía para en fechas no muy tardías casarse y formar una nueva familia. Además de estos objetivos, nuestro hombre barruntaba la idea de que si quería prosperar en una vida futura, no tendría más remedio que salir del pueblo, al igual que había salido de su Guadix natal, cumpliendo la inexorable ley del ser humano, caminar y expandirse por el mundo, aunque esto como digo, solo lo barruntaba, pues aun no veía con claridad esta realidad y solo la intuía de momento.

Capítulo VIII: Labrando el futuro

Antonino había regresado de la mili y una vez incorporado a su trabajo, continuó con su rutina diaria, sin perder de vista la idea de prosperar en el mismo, por lo que comenzó a preparar sus oposiciones para “oficial primera”, camino previo para acceder al puesto de apoderado, pues tenía el firme propósito de dar cumplimiento a un deseo de su progenitor que soñaba con que su hijo llegase algún día a ser director de oficina. Por otro lado se hizo cazador, afición compartida con los acatucitanos. Iznalloz era eminentemente agrícola y serrano, además el propietario de la casa de huéspedes donde vivía desde su llegada a Iznalloz, mantenía un pequeño bar y armería, por lo que no tardó en adquirir una escopeta de cartuchos de pletinas completas, ya que se podía asegurar sin temor a error que más de la mitad del pueblo eran cazadores.

Frascuelo Carreras era un hombre bonachón, algo serio y

de muy buen corazón y su esposa la señora María Figueras una mujer también algo mayor y encantadora, que desde el primer momento trató (según tengo oído) a nuestro Antonino, como si de un hijo se tratase, pues los dos hijos que tenía el matrimonio eran algo mayores y por una desgracia, la hija mayor, falleció al dar a luz, y “Madre” como habitualmente la llamaba Antonino, sentía cariño por nuestro personaje tratándolo como uno más de la casa.

-el arte del cazador-

Hoy he sentido el deseo de explicar el motivo por el cual me hice cazador, puesto que hasta este momento nunca había sentido tal necesidad. Quiero dejar muy claro y desde el principio lo que para mí significa el arte de la caza, por lo que descarto cualquier otro significado que no contemple, mi profundo respeto por la naturaleza y por los seres vivos que nos acompañan en esta casa común llamada tierra. Sé que puede no gustar (sobre todo al sector comercial) las ideas que en la actualidad mantengo sobre dar caza a otros seres vivos, pero también sé que si quiero no faltar a la verdad (conmigo mismo) debo exponer mis pensamientos sin censuras ni reparos, dejando constancia de que respeto a todos los que les apasiona la caza, si bien en la actualidad no comparto su pasión. Dar caza a un ser vivo, hoy y después de cumplir 71 años y llevar más de 30 sin ejercer este arte, solamente lo concibo y justifico si es como consecuencia de buscar el alimento, pues entiendo que en una sociedad moderna, ya no tiene cabida este deporte de la caza, pues cada vez menos las personas que ejercen el mismo, se alimentan seguidamente de lo cazado. Siempre y como norma he buscado el alimento y en muy contadas ocasiones, sus pieles, por lo que jamás he abatido piezas que no fuesen comestibles y nunca he considerado dañinos al resto de los habitantes del campo y si me los he encontrado seguidamente los he ignorado (igual que ellos a mí); serpientes, cuervos, zorros y un largo etc., ya que desde siempre he tenido y sentido un gran respeto por toda la naturaleza y en especial por las piezas abatidas, y

me viene a la memoria un fotograma de la película -el último mohicano- en la que nos presenta a los tres principales protagonistas pidiendo respetuosamente perdón a un ciervo que acaban de abatir.

Sucedía allá por el año de 1954, tenía yo entonces 9 años. Fui con mi padre a visitar a mi tío Josefo, que vivía en la rambla pina y ocurrió que mi tío estaba probando una carabina de aire comprimido o de plomos que se decía en aquel tiempo. Mi tío sentía pasión por mi persona y después de saludarnos, me dijo: “Antonino toma y dispara sobre el blanco”. Tomé la carabina y siguiendo sus instrucciones disparé varias veces sobre una diana pintada en un cartón, bien porque seguí muy bien las lecciones de mi tío, bien porque era lo mío, la cuestión es que al poco rato ya acertaba casi siempre dentro del blanco (pasados los años y en la mili fui catalogado como tirador de primera) y ocurrió lo inevitable y es que en un determinado momento, mi tío dijo mientras señalaba unos gorriones cercanos: “prueba a dar caza a alguno”... apunté y disparé y desde aquel instante me hice cazador, pues el destino quiso que el plomo disparado abatiese a dos piezas en un único disparo, una carambola nunca más repetida pero que me introdujo en la sangre el veneno de la cacería, y dado que mi tita Amores, nos preparó un suculento platillo con los dos volátiles y algunos más que mi tito abatió, pues añadí a la experiencia, el gusto por la carne frita con ajos, ya que no podemos olvidar aquellos años de penuria y posguerra en los que la caza era casi una necesidad, la contienda había terminado en el año 39 y después de 14, aún no estaba el país en condiciones de normalidad alimentaria.

Por aquel entonces mi tío tenía un pequeño patio cercano a su casa dentro del cual existía un gran árbol de la familia de las acacias que los gorriones utilizaban como atalaya y posadero para decidir el lugar en donde comer. El recuerdo de este árbol me trae a la memoria que de pequeños nos comíamos sus flores que conocíamos con el nombre de “piojos” (claro que en aquel tiempo éramos como la “marabunta” y nos comíamos cualquier cosa). Mi tío tenía una pequeña cabaña que usaba

para la caza y con frecuencia yo le acompañaba, por lo que poco a poco iba descubriendo los secretos del acecho. Con el paso de los años, cumplidos los 14, mi padre me regaló una carabina y a partir de ahí me independicé como cazador y lo que al principio fue ejercido de forma esporádica y cercano a mi casa de la solana de Santiago, con el tiempo se consolidó y extendió al campo libre, contribuyendo a esta afición, las lecturas que caían en mis manos sobre cazadores míticos en el oeste americano, como Daniel Boone o el no menos célebre personaje de las novelas de Zane Grey, en las que “Wescel” creo que así se llamaba, disponía de un rifle de cañón largo y gozaba de una puntería infalible. Por lo que no debe extrañar el que tratase de imitar a dichos personajes, incluso me preparé un gorro de piel al estilo e aquellos tiempos.

Solo agregar que después de muchos años de no buscar ni echar de menos la caza, cuando recuerdo algún lance, me queda un recuerdo sentimental y penoso de haber ejercido el mismo y me alegra el recordar lo fallos en los que las piezas continuaron su ciclo vital; paradojas de la vida.---

El año de 1969, fue crucial e intenso para nuestro protagonista, pues lo dedicó por completo a preparar su próxima boda, para lo cual comenzó a ahorrar parte de sus nóminas, pues hasta ese momento sus entradas por trabajo, se habían destinado completamente para ayudar a la casa de sus padres; así pues pidió permiso a sus progenitores y les comunicó su decisión de formar una familia. Antonino recordando sus años de mili, decidió dar cumplimiento a una promesa efectuada a un amigo y compañero de cuartel, por lo que seguidamente dejamos que nos cuente en que consistió la misma.

-aunque sea jamón-

Este pequeño relato aconteció en la ciudad de GUADIX sobre el año 1968/69 y fue realizado por el autor del mismo, acompañado de sus queridos hermanos Arcángel y Emiliano, por aquel entonces yo tenía unos 23 años y mis hermanos sobre

16 y 15. *Hacia muy poco que había terminado “la mili”, permanecí en un destino dentro del mismo tercio, llamado “la despensa”, y junto con su Teniente habilitado un cabo y tres soldados, entre los cuales nos repartíamos las funciones de contabilidad, gestión y administración de los más de 200 artículos para la alimentación que se contenían en aquella despensa y dedicados no solo al mantenimiento de la tropa, sino también como una especie de economato militar (tienda) para la oficialidad de la misma. Por aquellos años las carencias eran evidentes en cuanto a economía y alimentación referidas a la tropa y si bien se tenían posibilidades de complementar la manutención diaria en cuanto a las tres comidas que se hacían, con visitas a la cantina del cuartel, dada las carencias económicas de los soldados, nos pagaban unas 15 pesetas mensuales (quiero recordar), pues pasábamos más hambre que un perro callejero, por lo que muchos amigos y compañeros de cuartel casi a diario o de cuando en cuando solicitaban nuestra ayuda alimenticia representada por “chuscos” que así se llamaba entonces al bocata, acompañados de alguna que otra sustancia y así hacer más grata su ingestión. Entre los muchos amigos (algunos paisanos) que tenía y a los que de cuando en cuando “socorría” se encontraba un chaval de nombre PASCUAL, que realizaba funciones de monaguillo-ayudante del capellán del tercio que igualmente era paisano. Pascual era de un pueblo cercano a Guadix que se llamaba Lugros y junto a dicho pueblo y en plena sierra vivía con su familia en un cortijo llamado Camarate dedicado junto con su padre al cuidado de los toros bravos que por aquel entonces tenía el alcalde de Granada y que compartía con otro señor “la ganadería de Sola y Pelayo”. El padre de mi amigo Pascual era el mayoral y aclaro que mi amigo no fue torero, pues su hermano menor luego sí torearía con el nombre de “Niño de Camarate”. Pues bien mi amigo Pascual era conocedor de mi afición a andar, por lo que bien por su agradecimiento a mis ayudas, bien porque me tenía aprecio, estaba en el ofrecimiento de cuando nos licenciásemos comernos un choto en su casa de Camarate junto a su familia, por lo que llegado ese feliz día y vuelta mi vida a su*

rutina civil, decidí hacer realidad la oferta de mi amigo y subir a la sierra para saludarlo y conocer a su familia.

Y el día llegó sobre primeros de abril, mis hermanos y yo nos levantamos temprano antes de que amaneciese y cuando el sol comenzó a pintar el cielo ya estábamos en la rambla de Paulenca. Continuando siempre dicha rambla y una vez que llegamos a la altura del cerro Sillao, muy cerca de Cogollos de Guadix nos desviamos hacia la izquierda, dejando el camino que continua hacia Lugros y tomando la dirección que nos marcaba el barranco de la Dehesa del Almirez por su margen izquierda, dado que aquel terreno me era familiar por haberlo andado en otras ocasiones. Buscando lo que particularmente llamo “la raspa” que comienza poco más o menos en lo que se denomina loma de la cañada de la Peña Blanca, continuando y enlazando con la Cuerda de la Haza Larga, para ir cogiendo altura y dado que ignoraba la situación exacta del cortijo de Camarate, si bien tenía una idea aproximada por otras subidas al Mirador Alto (cercano al Picón), entendía que por esta “raspa” o cuerda ininterrumpida, podría situarme a la altura necesaria desde la cual se divisaría el citado cortijo. Así pues tras una parada para reponer fuerzas, continuamos la penosa ascensión y pasadas un par de horas, dimos vista al cortijo y casi llaneando nos metimos en el mismo con la suerte para nosotros de que por esas fechas no encontramos ganadería ninguna, posiblemente estarían en los pastos de invierno. Nos presentamos al padre de mi amigo Pascual, el cual nos recibió con gran alegría cuando yo le comenté mi amistad con su hijo, este al parecer había ponderado a su familia el trato recibido en la mili, y también nos manifestó su pesar al referir que su hijo y su esposa estaban en Barcelona acompañando a otra hija que estaba de parto, por lo cual no podría atender nuestra visita como merecía la buena amistad con su hijo, pero que el mismo nos prepararía alguna cosilla con que reponer fuerzas (ni que decir tiene que los pequeños bocatas que preparamos en casa, se habían consumido en el primer descanso), así que preparó un buena mesa con dos platos de jamón “feos” de grandes, unas setas recién cogidas por el esa misma mañana, pan casero “de orza” y un vino color

sangre del cercano pueblo de Policar, presentado en una especie de lechera-cafetera de aluminio pintada de rojo y que antiguamente existían en todas las cortijadas, y al tiempo que nos invitaba a la mesa nos decía nuevamente cuanto sentía el no poder atendernos mejor puesto que él no sabía de cocina y tendríamos que apañarnos con el “poquito” jamón que había cortado y aquellas setillas a la parrilla preparadas por él mismo. Mis hermanos me miraron con asombro y alegría y por lo bajito me dijeron: “Bueno Antonio, aunque sea jamón” y así quedo acuñado para siempre el referido dicho y cuando nos reunimos en algún evento importante y celebramos una buena comida, siempre nos miramos y pronunciamos las mágicas palabras “AUNQUE SEA JAMON”. Repusimos fuerzas, comentamos algunas incidencias de la mili con el padre de mi amigo al cual le prometí subir en otro momento y agradeciendo su buena y hospitalaria acogida nos despedimos de aquella magnífica persona, que nos indicó el mejor camino de regreso a Guadix, un camino de herradura que salía directo al cerro Sillao.---

Es a partir de mediados del año 1969, cuando nuestro sujeto y María de los Amores inician una actividad frenética para poder cumplir su principal objetivo: casarse y formar una nueva familia. Para ello buscan el acercamiento de sus dos familias y les comunica sus deseos, programando y planificando sus acciones con respecto a invitados, muebles, lugar y fecha, viaje de novios y un largo etcétera que requería el evento, sin perder de vista los recursos (limitados) de que disponían. También buscando un piso en donde instalar su nido. Antonino me comentó que perdió casi cuatro kilos de peso en la realización de tantos preparativos como requería un suceso tan importante. Como todo lo que en la vida se prepara y se desea, ese momento llegó y un feliz día, el 13 de septiembre de 1970, nuestra pareja unía sus destinos ante Dios y ante los hombres en la iglesia parroquial de Iznalloz. Prefiero que los comentarios tan importantes, alegres y personales sobre un día tan trascendental, los recibamos directamente de nuestro personaje,

por la frescura y privacidad de los mismos.

-El mes de los frutos-

Aquel día, permanece claro en mi memoria y lo recordaré mientras la vida aliente mis venas y mi corazón lata con su recuerdo. Unas horas de intensas emociones compartidas con amigos, familiares y padres. Podría enumerar minuto a minuto todo su contenido, pues habíamos dedicado los últimos meses para conseguir que nada quedase en olvido y sin revisar. Recuerdo a mi querida suegra doña Felisa, con lagrimas en los ojos al tiempo que nos despedía, me decía “cuida de mi niña”, recuerdo que le contesté a modo de promesa, “no se preocupe va conmigo”. Así que cuando llegó el momento nos trasladamos a Granada y subimos hasta el hotel Guadalupe situado entre la Alhambra y el Generalife en el cual habíamos reservado plaza, previamente dimos una vuelta por el centro granadino en coche de caballos, dada la ilusión que nos hacía, también picoteamos tapas y marisco en el típico restaurante granadino “Cunini” y no podía faltar una zambra flamenca, muy cerca del hotel. A un día inolvidable, siguió una noche mágica y al igual que la canción ...”nos dieron las diez, las doce y la una”, y también sucedió que el tiempo se detuvo... y en su recuerdo dejo este pequeño poema:

-el beso-

Solo una vez recibí tu beso ,y fue tan suave, transparente y claro, que cortó de raíz mis pensamientos, dejándome sumiso y sin alientos, dejándome postrado a tu mandato, dejándome amor, embelesado sin atreverme siquiera a respirar, porque ya nada rozase más mis labios. Tendría que buscar durante años un algo equivalente a este delirio, que mezclara el cielo angelical con lo terreno y sensual más exquisito.

Capítulo IX: Escuela de padres

A menudo me planteo una reflexión sobre el paso tan importante que damos los humanos, como es el de buscar pareja y formar una familia, y entiendo que en la sociedad existen escuelas para muchas materias, menos para una muy principal, bajo mi punto de vista, como es la de prepararse para iniciar una familia, de forma tal que no existe una disciplina que dedique su atención a enseñarnos la forma de comportarnos en este corpúsculo que iniciamos cuando decidimos crear una nueva, un nuevo y pequeño grupo, una célula social muy importante. La sociedad asume y nosotros con ella, que con el aprendizaje de las demás disciplinas aprendidas, para integrarnos socialmente será suficiente y que bastará con aplicarlas en conjunto para triunfar en la nueva tarea que abordamos al crear una familia. Nada más lejos de la realidad, pues un psicólogo diría que “la mochila” que portamos cada uno, está repleta de experiencias recibidas y compartidas con nuestra familia nuclear y en esto mi experiencia y mis años me confirman su acierto, por lo que pienso que en un

futuro nuestra sociedad entenderá la importancia de preparar a sus futuras familias o pequeños grupos nucleares con el estudio de esta nueva disciplina...confío en ello. Estas reflexiones las producen los comentarios de nuestro Antonino al relatarme sus experiencias a partir de su boda y comenzar una nueva andadura con su compañera de viaje, pues sin él saberlo, habían iniciado una pequeña escuela, de la que posiblemente no eran conscientes pero que sería fundamental para el futuro de sus hijos.

Es muy posible que esta nueva andadura iniciada por nuestro querido Antonino, le ayudara un poco más a descubrir esa ansiada respuesta (tan buscada) para encontrar lo que quería ser de mayor. No tengo ninguna duda de que en los inmediatos años que siguieron, no le faltó tiempo ni ocasión para ejercitarse en su caminar hacia el referido objetivo. Confirma lo anterior el conocer la grata nueva de que pasados algo más de nueve meses, nuestro personaje recibió uno de los regalos más hermosos que un hombre puede soñar; su esposa le premió con el primer hijo... al cual llamaremos Radul, y para dar idea de la alegría recibida por su progenitor, seguidamente os dejamos un pequeño relato de Antonino:

-El río y el bautizo-

La ilusión y el cariño, forman una mezcla potente capaz de transmitir la energía suficiente a los humanos, como para realizar actos de especiales características. Con motivo de celebrar el bautizo de mi querido hijo, el primero, y al objeto de festejar con la familia y los amigos más íntimos este evento, habilitamos en la terraza que había encima de nuestro piso, un lugar en donde reunirnos toda mi gente, dado lo reducido de mi vivienda. Para festejar dicho acontecimiento, mi querida Felisa (su abuela y buenísima cocinera donde las haya) nos preparó un plato muy típico granadino “choto al ajillo”; si bien a mí no me parecía suficiente y quise añadir una exótica tapa al evento; por lo que decidí complementar tan succulento plato, con una especialidad muy característica de aquel tiempo y lugar; unos

cangrejos de río. Antiguamente la existencia de este crustáceo de exquisito paladar, era muy común y abundante en cualquier río o arroyo que mantuviera su caudal durante todo el año y además el agua disfrutase de una proporción adecuada de cal disuelta en la misma, mineral muy necesario e importante para la formación del caparazón de estos decápodos. Iznalloz disponía de un hermoso río, El Cubillas, en el que abundaban los mismos y de este partía un arroyo secundario El Cañada Hermosa con menos caudal de agua pero también con menos publicidad y conocimiento de los vecinos. El referido arroyo y a unos cinco kilómetros del pueblo, regaba las fértiles tierras de un cortijo, el de Rivas, del cual eran propietarios doña Felisa y sus hermanos. Por lo cual decidí subir a dicha finca y tratar de proveerme de tan preciado manjar.

Comuniqué a mi querido cuñado Pepico, todo un especialista en la captura de estos bichitos (verdaderas cigalas de agua dulce), mi decisión y solicité su ayuda; así que dicho y hecho tomamos una bici de la marca Orbea, propiedad de Manolito el hermano mayor, dura y resistente como ninguna otra, invité a mi querido padre el señor Roble, para que nos acompañara en la jornada y los tres juntos partimos de buena mañana hacia nuestro objetivo: Debo aclarar que en aquel tiempo ni mi economía daba para otro vehículo ni existían muchos coches en el pueblo, y aunque la casa de los abuelos contaba con bestias de carga, entendí que no era el caso y que con esta “todo-terreno” sería suficiente.

En una hora y media estábamos junto al río; preparamos nuestras armas, nuestros reteles, y los dispusimos en un gran charco existente junto al cortijo. Y sucedió un hecho mientras pescábamos que por lo gracioso y curioso tengo que relatar; resulta que apareció junto al charco una familia de jóvenes gitanos los cuales practicaban la misma actividad que nosotros si bien de distinta forma, ellos o mejor dicho ella, pues solamente la gitana andaba metida en el río con su falda recogida hacia su cintura, sus torneados y morenos brazos igualmente remangados y muy despacito y sin sobresaltos metía sus manos en las oquedades de la orilla y de cuando en cuando

sacaba algún que otro ejemplar que de inmediato largaba a su pareja (sería su marido), el cual para nada pensaba aventurarse al agua, pues iba pulcramente vestido(casi elegante) con sus característicos pantalones de pana, chaleco gris y camisa blanca, amén del clásico sombrero cordobés del mismo color. Hasta aquí todo normal y sin motivo curioso, si bien por fin llega lo gracioso del caso; y es que dejamos de pescar por dos motivos, el primero porque los cangrejos en cuanto advierten ruido o algún signo de peligro, dejan de acudir a los reteles y el segundo, porque disfrutamos del espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos y trataré de plasmar la foto con palabras.... el gitano, pendiente con sus cinco sentidos de un gran cuchillo que por aquel entonces tenía yo para caza y pesca, que colgaba de mi cintura metido en su funda, y que usaba en el río para cortar zarzas y ramas molestas...yo, pendiente de la cara de sano-placer (como el que observa en un museo un buen cuadro de Julio Romero) con la que mi padre embelesado miraba a la “gitanilla” pescando cangrejos y la gitanita, digna de los más bellos cuadros de Rubens absorta en su tarea, inclinándose y mostrando a través de su blanca blusa escotada, sus bellezas muy cerca del agua... Todo un poema!

Decir que el regreso una vez cumplida nuestra misión (conseguimos unas 100 docenas), y dado que el camino de vuelta era cuesta abajo y yo entonces estaba joven y fuerte, lo realizamos sin problemas y montados los tres en la bici, mi cuñado en el cuadro, yo en el sillín y mi padre en el portaequipajes. Agregar que doña Felisa hizo con la pesquera una salsa especial de almendras para chuparse los dedos y aunque no les pregunté a mi padre y mi cuñado, seguro lo pasaron genial pues fue una jornada inolvidable, si bien con algunas contusiones por los saltos del camino. Nunca referí a mi padre esto que cuento en mi relato, pero cuando lo recuerdo mi rostro se llena de alegría y cariño hacia su persona.---

Corría el año 1972 y nuestro Antonino, fiel a su proyecto y una vez realizada su oposición interna para oficial con buenos resultados, solicitó su inscripción en el curso para apoderados.

Dejemos que nos refiera sus experiencias en la capital de España, lugar en donde realizó los mismos.

-Cuatro caminos-

La escuela para formación de empleados y apoderados del banco Hispano estaba situada en la calle Raimundo Fernández Villaverde , muy cerca de la glorieta de Cuatro Caminos, lugar en donde además de aprender las materias necesaria que un aspirante a apoderado debía de conocer; también aprendí a desenvolverme en una gran capital, como era la de Madrid. Así que junto con un compañero procedente de Jerez, nos instalamos en sendas habitaciones de una pequeña pensión ubicada en la calle Hernani, cercana a la escuela, calle muy triste, oscura y de dudoso vecindario, pero barata. Todos los fines de semana tomaba el metro en la estación de Cuatro Caminos y me desplazaba hasta la de Atocha, lugar en donde y según la ocasión lo permitía, tomaba mi tren para Iznalloz o conectaba con mi cuñado Manolito que tenía un camión dedicado al transporte de mercancías. A mí me agradaba más lo de acompañar a mi cuñado en su camión que tomar el tren, pues esto último era más pesado y se tardaba más, por lo que cuando no tenía combinación trataba de buscar otros camioneros amigos y de Iznalloz para poder realizar dicho viaje, ya que todos tenían un itinerario parecido y casi siempre partían de idénticos lugares.

Hace tiempo que no recordaba el desagradable olor que tenían entonces las estaciones de metro, un olor húmedo y caliente muy característico que a mí en particular no me agradaba nada (olor a humanidad). También mantenían su público fijo y especial además de los usuarios, me refiero a pedigüeños, carteristas, vendedores de todas clase (ambulantes por supuesto) un mundo pintoresco que me llamaba poderosamente la atención, si bien no disponía de tiempo ni deseos de pararme a observarlos, ya que mi único pensamiento era llegar cuanto antes a mi destino y además del deseo de abrazar a mi querida esposa, también sentía el imperioso deseo

de contemplar a una criatura angelical, menuda y de cabellos rubios nacido el día de San Fermín y que contaba ya con unos cinco meses de edad, un delicioso angelito que me tenía quitado el sentido.

Fue un fin de semana, pasado Navidad, en el que como cada sábado salía disparado hacia la cita en la carretera para Andalucía, en la que me esperaba mi buen amigo Cornelio que también lo era de mi cuñado, ya que había quedado el día anterior en que me iría con él hasta nuestro pueblo Iznalloz; así que, tomé mi metro hacia Atocha ya que no quedaba lejos nuestro lugar de encuentro. Aquel día descubrí un vendedor de pollitos pintados de colores, que ofrecía su género a los que esperábamos la llegada de los coches y rápidamente pensé en mi pequeño y la ilusión que le haría el contemplar aquella figura emplumada pintada de amarillo y que piaba incesantemente, por lo que acepté la oferta y aunque el hombre los ofrecía dentro de una bolsa de papel, lo saqué de la misma y lo deposité en el bolsillo de mi abrigo, pues el pobre animal no cesaba de piar, seguramente sería por frío, ya que inmediatamente que metía mi mano y lo calentaba con su contacto, se callaba de inmediato. Las incidencias de aquel viaje, pocas y repetidas como siempre, si bien con la única excepción, de que en esta ocasión nos mantuvieron parados durante casi una hora y en el arcén de la carretera y a la altura de Madrilejos, hasta que por fin recibimos la respuesta a dicha parada y es que Franco regresaba de una de sus cacerías a Ciudad Real y tenía ordenado que durante todo su trayecto nadie (absolutamente nadie) podía cruzarse en su camino (seguramente para evitar posibles atentados), así es que su coche y su séquito de policías nos pasó a pocos metros del camión y esta es la única vez que sin pretenderlo estuve cerca del dictador. Tras de largas horas de camión y charla con mi buen amigo Cornelio, sin dejar de oír de cuando en cuando el repetido “pío pío” del pollito, pues el pobre animal, cada vez que dejaba de arroparlo con mi mano, él sentía frío y largaba su monótona cantinela. Más tarde descubriría que el pobre no piaba por frío, sino por hambre, pues no llegó vivo a su destino. Llegamos al pueblo algo entrada

la madrugada, por lo que mi amigo me dejó en casa de mis suegros, ya que mi mujer y mientras duró el curso, por comodidad y tranquilidad permanecía en casa de sus padres. Añadir el inmenso placer que recibía como compensación al agotador viaje (ida y vuelta) y es el cariño y calor amoroso recibido por parte de mi querida esposa y la tierna caricia que mediante su manita me proporcionaba aquella deliciosa criatura, cuando me acercaba a su cuna para besarle ,la sensación recibida es de lo más parecido a estar cerca del cielo, pues todo era celestial y divino. No se me olvidará.

-último año en Iznalloz- mas recuerdos y despedida

Habíamos dejado a nuestro hombre con sus gratificantes, aunque también estresantes viajes de ida y vuelta a Iznalloz; pues si las idas en camión tenían la magia de la próxima jornada, la vuelta en tren, era de lo más monótona y agotadora, dado que el tren expreso con destino Madrid procedente de Granada, pasaba por Iznalloz a las diez de la noche, y llegaba a su destino sobre las siete de la mañana. Cercano el final del curso, Antonino recibía una visita inesperada en mitad de semana, pues unos vecinos de Iznalloz, la familia Tena, invitaron a María de los Amores a que les acompañase a Madrid, con motivo de un viaje de negocios de los citados señores, con lo cual nuestro amigo disfrutó de dos días con sus noches en compañía de tan buenos amigos y su querida esposa. Antonino me contaba de como disfrutó de estas mini vacaciones y como se decía en aquel tiempo.- “el cambio de aguas” le debió de sentar muy bien a María de los Amores pues pasados nueve meses, el 11 de agosto del 72, nuevamente regalaba a nuestro personaje otro querubín, y en esta ocasión un guapazo morenito, portador de un lunar igualito al de Antonino y muy sensual, dada su localización y ubicación. A este nuevo hijo le llamaron Benjamin.

Es difícil el tratar de resumir once años de nuestras vidas, en unos cuantos folios, pues esos fueron los años durante los que

Antonino permaneció viviendo en su pueblo adoptivo. Años cargados de vivencias y sucesos y en los que hemos tratado de reflejar los más significativos. Quiero también utilizar este relato a modo de resumen y despedida del que hasta ahora había sido su pueblo, pues en breves fechas nuestro personaje cambiaría de nuevo de lugar, aunque posteriormente según tengo noticias, continuaría visitando estas tierras, ya sería de forma esporádica y con motivo de algún evento significativo o por vacaciones. Por lo que en su momento relataríamos caso de ser de interés. Buscando en nuestro "subconsciente armario" encontramos pequeños hilos, de los que tirando con suavidad se consigue que nuestra memoria nos presente situaciones, lugares y personas que han quedado registradas en nuestro "disco duro". A veces pienso que si bien es cierto que los humanos llegamos a este mundo desnudos y de la misma forma nos marchamos; no es menos cierto que al marchar lo hacemos de distinta manera, pues nuestra alma ha quedado impregnada de las vivencias de toda una vida (corta o larga), así que cuando partimos lo hacemos y cito a Antonio Machado "ligeros de equipaje" pero afirmo que en ese pequeño equipaje indefectiblemente incluimos esas prendas y objetos inmateriales de los que nos hemos impregnado durante nuestra estancia en el mundo material.

-Recuerdos de Iznalloz-

Independientemente de su hermosa sierra Umbría, Iznalloz tenía para mí dos lugares especiales en los que me sentía como en mi propia casa; uno era el cortijo de Barcinas y el otro el de Rivas. Estos lugares los recorría con mucha frecuencia, pues además de su paisaje disfrutaba con sus gentes y era considerado como uno más, o por lo menos así me lo hacían sentir. Barcinas lo fui colonizando poco a poco y llegué a su territorio como un animal más. El mismo estaba ubicado a unos tres kilómetros del pueblo, bajando hacia Deifontes y regaba sus dos orillas el río Cubillas, que en aquellos tiempos mantenía un caudal muy respetable y permanente hasta bien entrado el verano, pues recuerdo que en ocasiones no podía

cruzarlo, por lo que si quería o necesitaba hacerlo, tenía que utilizar un puente de hierro, a la altura de la presa del mismo nombre del cortijo. Por aquellos años y dada mi afición a la caza (cuando la veda lo permitía) bajaba por su margen derecho, cruzaba el puente de hierro y al llegar al barranco de "la tinajona" y dando vista a la casa, cruzaba el vado enfrente del cortijo y retornaba al pueblo por las faldas de la sierra, disfrutando una zona muy interesante -Cantarranas-. Además de la caza y mi pasión por caminar; sentía afición a buscar espárragos y pasión por las setas sobre todo por los pleurotus (setas de cardo) y los agaricos (champiñones) y como dejar de citar los sabrosos Agrocibes (setas de chopo), he de reconocer que entonces no tenía conocimientos técnicos sobre micología ni sobre el reino fungi; por lo que en mi atrevida ignorancia comía mis setas solo con el superficial conocimiento y experiencia de amigos que las habían comido y solo de las tres especies citadas sin pararme a pensar que jugaba con un producto que en ocasiones es portador de la muerte, amanitas, cortinarios y lepiotas entre otras, mortales de necesidad. Ya en tiempos de Nerón, su madre Agripina ofreció un regalo-pasaporte para el otro barrio a su confiado esposo Claudio, que al parecer era un forofó de la setas. Subiendo hacia la casa-cortijo existía en la misma falda de la sierra un caño con sus tornajos correspondientes para ganado, en donde celebramos un evento que recuerdo con especial alegría. Resulta que tomé amistad con un holandés llamado Geral Brand, estudiante de antropología que preparaba su tesis doctoral en Iznalloz y se alojaba en la misma casa que yo, por lo que le invité a pasar esta jornada de campo con nosotros, la familia de los Indalecios (que así se llamaba el jefe del clan) muy queridos y respetados por mí. La jornada consistía en cazar previamente unos conejos y a renglón seguido cocinarlos junto a la fuente en fuego de leña y al ajillo, estilo muy de los montes orientales, y por supuesto degustarlos. Mi amigo Gerard estaba encantado, pues esta reunión tribal le interesaba sobremanera por su condición de antropólogo. Así que comenzamos muy de mañana la cacería muy cerca del cortijo, y a media mañana teníamos una prudente cantidad de

piezas, pues antiguamente la existencia de estos lagomorfos era muy abundante. He de puntualizar que la fiesta era exclusivamente para hombres, pues en aquel tiempo pocas mujeres eran cazadoras y usuarias de las armas de fuego, y dicha fiesta obedecía a la finalización de las labores de cosecha, principalmente de cereales, en la que Iznalloz hacía honor a la famosa frase " los montes orientales granero de Andalucía"-.

Limpiamos los conejos, encendimos un buen fuego con leña de carrasca y un experto, mi buen amigo José María, hizo las funciones de cocinero, así que en menos de una hora estábamos todos sentados en sendos mojones de piedra al estilo indio, rodeando una sartén grande y repleta de carne aliñada al estilo granadino y sostenida por las mismas trébedes de forja sobre las que se habían cocinado. Este único plato, fue acompañado por un vinillo clarete procedente de la casa Bodegas Bilbainas, famosas en aquel tiempo y también en los actuales; comimos, bebimos, disfrutamos de la charla cantamos y repetimos cuantas veces nos plugo y estoy seguro de que mi querido holandés asistió en directo a una clase magistral sobre las relaciones sociales y de amistad del grupo que en aquel día nos juntamos en torno a la fuente de los tornajos.

El cortijo de Rivas estaba situado al oeste de Iznalloz, sus tierras las bañaba un afluente del Cubillas, el arroyo de Cañada Hermosa, el cual tenía su nacimiento unos pocos kilómetros más arriba y dicho nacimiento respondía al misterioso nombre de "la laguna negra". Al igual que Barcinas me sentí atraído por su paisaje desde el primer momento, era un cortijo en el que se habían sustituido las chaparras (encinas) por olivos, pero en el que la tipología del terreno (muy montaraz) había impuesto el que conservara parte de su naturaleza salvaje, representada por pequeñas islas de encinas, monte inculto y abundantes fuentes naturales, un paraíso para mi afición al campo. La imagen que recuerdo de la primera vez que lo vi, fue idílica y de postal. Una yeguada formada por unos siete u ocho animales, entre yeguas y potros, bajando lentamente desde un cercano corral, para beber agua al pilar situado por debajo del grupo de casas que componían el cortijo.

Era primavera y en la madrugada de aquel día había caído una fina llovizna de temporada, las vegas estaban cubiertas de verde alfalfa y se delataban los machos de codorniz escondidos entre su follaje y dejando oír sus reclamos, bien para atraer hembras o para poner coto a otros competidores cantores. También en el cercano cerro de "los bolaeros" se escuchaba el balido de las ovejas y el tintineo de sus cencerros mezclado con las voces de su pastor organizando el rebaño, y participando en este concierto natural, los machos de perdiz reclamando igualmente un territorio. El cortijo resplandecía al sol de la mañana con la blancura de sus encaladas paredes y al igual que un niño, me dejé arrastrar por sus aromas y frescas fragancias al tiempo que aspiraba profundamente sus efluvios.---

Capitulo X: Iniciando la nueva etapa

- el altiplano-

Nuestro Antonino iba camino de su nuevo destino, conduciendo su flamante Renault 5 color butano (el furor de aquel entonces en colores), pues había sido nombrado recientemente apoderado-cajero en una lejana ciudad situada en el altiplano granadino, HUESCAR, muy cercana a una sierra emblemática, la cual daba la sensación de ser el monte Fuji. Esta montaña respondía al nombre de La Sagra. Dicha montaña había sido observada infinidad de veces por nuestro sujeto desde su querida Sierra Nevada y en la lejanía distante unos 150 kilómetros, esta era la sensación que transmitía. La fría mañana de primeros de febrero del año 1974, era la marcada por su jefatura, para incorporarse a su recién nombrado cargo y aunque el frío no acompañaba, pues como es sabido este mes es uno de los más gélidos del año, incluso encontró nieve en algunos lugares de su camino, al coronar los llanos del Baúl y un poco antes de acercarse a Baza , paró y descendió del automóvil, para poder contemplar la maravilla que le ofrecía su vista, con la nieve de la noche, La Sagra era verdaderamente el monte Fuji. En estas tierras, nuestro sujeto permanecería algo más de 7 años y según sus comentarios, disfrutó de sus gentes y de sus lugares con la misma intensidad con la que lo había hecho en su anterior destino; si bien a partir de aquí y dado que su grado de responsabilidad había aumentado, también aumentaron los riesgos (y ya tendremos ocasión de conocerlos por boca de nuestro personaje, si es su deseo de comunicarnos alguna de estas "cornadas" utilizando el símil taurino). Durante este tiempo nuestro alcornoque fue aumentando sus experiencias mediante el contacto con nuevas personas, ganando conocimientos, subiendo peldaños en el escalafón y curtiendo su carácter, a la vez que perdía grosor en su blanda corteza y lo ganaba en su fuerte tronco. Lo más temido por un árbol, es el fuego, si bien es sabido que el alcornoque es uno de los arboles que mayor defensa y aguante tiene para estos sucesos, puesto que es capaz de retallar

una vez que el bosque ha sido quemado, por lo que también tendremos ocasión de conocer algunos "fuegos" en este nuevo destino.

Antonino marchaba alegre y con una renovada ilusión, además de laboral también personal con respecto a sus aficiones al campo y la naturaleza, y antes de continuar, daremos la palabra a nuestro sujeto para que nos muestre mediante un relato, la pasión que ejercía sobre él, este vasto territorio rodeado de montañas, esta inmensa cuenca de más de 7.000 km cuadrados, que forma el Gran Río -El Guadiana Menor⁸.

La primera noticia que tuve de este mítico río, fue a la edad de 7/8 años, por boca de mi chacho Antonio, algunos años mayor que mi abuela, nacido igualmente sobre los años 80 del siglo XIX. Por aquellas fechas, yo pasaba todo mi tiempo en la casa-cueva de mi abuela Miriam, y diariamente recibíamos la visita de este familiar, hombre ya mayor, curtido en el gran crisol de la vida. Siempre recordaré dos cosas de él: su perro y sus historias. El lunares (que así se llamaba el can) un cruce entre podenco y lebrele, que parecía sacado de los mismísimos bajorrelieves de algún sarcófago egipcio, tenía una librea blanca repleta de manchas marrones casi negras (de ahí el nombre) y unos ojos color caramelo quemado, que al igual que los de su dueño, permanecían casi cerrados por el peso de la vejez, quedando junto al chacho, en silencio y semi-tumbado (como en alerta) Diariamente se repetía la escena, la llegada del chacho Antonio y su perro “el lunares”, mi abuela le acercaba una silla de madera, con asiento de cuerda de esparto entretejido y debajo de la parra y junto al pozo, le ofrecía un buen tazón de “café de achicoria” con leche y “sopao”; pasaban charlando un buen rato comentando sus recuerdos o asuntos relacionados con el campo y sus labores. Yo solía permanecer junto a ellos, si bien y dado que “el lunares” no me daba muchas confianzas, me entretenía

⁸ antiguo mar interior, río grande, nombre mágico y noble, con el que antiguamente se designaba al conocido Guadiana Menor.

cazando alguna que otra avispa, de las muchas que deambulaban cerca de un gran pilón existente junto al pozo y debajo del emparrado. Parece que lo estoy viendo, como si fuese ayer... El chacho una vez consumido su desayuno, tomaba un “paquetillo” en forma de cubo truncado, contenido en su petaca, retiraba una pequeña porción de tabaco y tras amasarlo en la palma de su mano, apartaba las impurezas que contenía (palillos sobre todo), a continuación tomaba una hoja de papel procedente del “librito” y tras depositar el tabaco en el mismo con gran maestría y parsimonia, efectuando un pequeño enrollado, culminaba la faena con un pase por su lengua al objeto de humedecer el borde engomado del recién creado cigarrillo, que así pasaba seguidamente a su boca, a la espera de recibir el encendido, procedente de otro antiquísimo artilugio “el mechero de chispa” que encendía la “torcía” o yesca, que así se denominaba el elemento combustible del que constaba dicho encendedor. Este era el momento en el que yo ponía atención y dejaba mis juegos con los insectos, para escuchar sus historias. Desgraciadamente de sus historias, solo me quedan los sentimientos y la pasión por el agua, que con sus relatos supo trasmitirme.

Y sin más, paso ya a relatar mis recuerdos sobre el río Grande, no sin antes hacer mención a otro trabajo que también desempeñó mi chacho, relacionado con el agua y en esta ocasión en un lugar de mayor altitud, la Laguna de Vacares, si bien esta es otra historia. Uno de sus pequeños episodios referido al bien llamado RIO GRANDE, trataba de cómo estando él, trabajando en unas obras realizadas en sus riberas y posiblemente para la construcción de un puente, en donde empleaban dinamita (seguramente fue barrenero) había ocasiones en las que usaban algún que otro cartucho del referido explosivo, para proveerse de peces para el consumo. Por mi parte, ponía toda mi atención a los detalles del río en los que hablaba de la profundidad, fuerza y extensión de sus aguas en el sitio en donde mantenían los trabajos, cuando citaba tal o cual “charco”, contando historias fantásticas sobre arrastres y ahogamientos de algunas personas con sus animales; pues el asunto de los explosivos y por mi edad, ni sabía ni comprendía a lo que se refería. Lo que sí puedo

asegurar, es que dejó marcado para siempre en mi subconsciente, el deseo de aventura y unas ganas enormes por conocer ríos y lugares tan interesantes; pues años después en cuanto veía alguna película referida a otro río Grande, en este caso México y su frontera con Estados Unidos, recordaba rápidamente las imágenes que mi chacho creó en mi mente sobre dicho río, tratando de imaginarme cómo sería en la realidad. No pasaría un año y “el lunares” dejó de acompañar a mi chacho y muy poco tiempo después, el chacho dejó también de visitarnos; después me enteraría que Josefa (su mujer), visitó a mi abuela para pedirle ayuda y dar cristiana sepultura a su marido.

Pasaron los años y también mi niñez, y no había cumplido los 18 cuando me marché de Guadix por motivos de trabajo; el tiempo continuó inexorable durante otros diez más y con 28 fui nuevamente trasladado a Huescar, una hermosa ciudad del altiplano granadino, en la que tuve ocasión de conocer dos fantásticos ríos El Guardal y El Castril, que curiosamente supe después, eran afluentes del Guadiana Menor...el que yo conocía como el río Grande, por lo que pensé en hacerle una visita y saciar mi curiosidad, si bien el momento no llegaba, pero un buen día y con motivo de una sustitución del director de la oficina de Pozo Alcón, por fin llegó la ocasión. Recuerdo que volvía yo desde Granada y al llegar a la altura de los llanos del Baúl, próximos a Baza, tomé la dirección de El Pozo y lo que siguió a continuación fue casi mágico, pues tras un pequeño altiplano, comencé a bajar en busca del soñado río y puedo asegurar que se cumplieron todas mis expectativas respecto a mis recuerdos infantiles, pues aunque la antigua barcaza usada para atravesar el río, ya no existía, sí que me encontré con un río grande y bravo, y a pesar de no ser el tiempo de mayores crecidas, sí que venía fuerte y con caudal, suficiente, como para no poder atravesarlo sin la ayuda de un puente (que ya sí existía). Puedo asegurar al lector, que la impresión recibida por la visión de esta hermosa arteria de agua, rodeada de cárcavas, ramblas y barrancos innumerables, todos de arcillas rojas, contrastaba con la pared rocosa del margen derecho de “tan soberbio río”.---

Han pasado los años, me acerco con más rapidez de la que yo quisiera hacia mi punto de “no retorno” y trato de aprender de las personas y de la naturaleza (los ríos), lo que los libros no pueden enseñar(estos solo marcan la dirección)...trato de buscar “el ultimo secreto” y en honor a este gran río, puedo decir que me ha enseñado un poco más de mí mismo y que el nombre nada importa, lo que sí es importante es dejar constancia de tu paso por esta casa común, y que dicha constancia esté integrada o se acerque lo más posible a la naturaleza. Este relato sobre los recuerdos de Antonino, me hace reflexionar sobre el paralelismo existente entre los ríos y los humanos, por lo que seguidamente dejo mis pensamientos sobre otro río, el Alhorí, afluente del Fardes y a su vez tributario del Río Grande.-

Los ríos como los humanos. Y el torrente en sus comienzos, al igual que un niño, repleto de vitalidad y energía sin pensar para nada en el curso que seguidamente llegará... Con sus alegrías, penas, milagros, logros, fracasos, torpezas, aciertos, mezquindades, grandezas.... Cuánta de su agua llegará a su destino y cuál será el mismo; el mar quizás, o un campo al que tornará fértil, o quizás se pierda para siempre sin fruto aparente ¿qué misterios esconde el río al igual que el ser humano?

Desde el primer día de su llegada a Huescar, Antonino constató la gran diferencia existente entre esta tierra y la que acababa de dejar. Huescar era diferente, su entorno, sus paisajes sus gentes, sobre todo sus gentes. Tenía la sensación de haber retrocedido unos años en la historia , pues esta ciudad del altiplano granadino tenía una idiosincrasia especial, no parecía andaluza, pues estaba aislada en la distancia de las principales capitales, unos 150 km., más bien tenía semejanza con Aragón y más exactamente con Huerca, tanto por la gran cantidad de apellidos norteños; García, Nuño, Herrero, Navarro, Malpica, Portillo, Villalobos, Iriarte, Guerrero ,Macizo y un largo etc. , como también por sus celebraciones religiosas o populares. Huescar era una ciudad en toda la extensión de la palabra, con su

gran iglesia Mayor, varias parroquias y dos congregaciones religiosas, una de clausura. Poseía además un gran y excelente parque y también para recreo de sus habitantes una gran piscina natural, Fuencaliente. Antonino tuvo la sensación de que había salido de Andalucía, aún estando en sus límites con Murcia o Albacete. Los oscenses tenían el mismo gentilicio que los de Huesca de Aragón e incluso compartían sus Santas Patronas , dos niñas martirizadas LAS SANTAS BENDITAS , Alodía y Nunilón, e incluso la historia de su martirio...También era diferente en su climatología, llovía mucho y hacía un frío polar muy acusado, pues cuando llegó a la plaza principal, lugar en donde se ubicaba la oficina para incorporarse a su trabajo , lo que más llamó la atención de nuestro trotamundos, fue los chuzos o carámbanos de hielo formados en la fuente central, algunos de más de un metro de longitud y hasta diez centímetros de grosor.

Antonino me contó una anécdota de su toma de posesión y dado lo singular de la misma, prefiero, como en otras ocasiones, nos la comente él mismo, por lo que le cedo la palabra:

Las funciones de un cajero:

Nada más llegar a mi nuevo destino, Huescar, dejé mi vehículo aparcado en la plaza del ayuntamiento, en donde además del consistorio también tenía su sede la sucursal del Hispano a la que me habían destinado. A continuación describo dicha oficina, pues durante algo más de siete años, permanecí en ella la mayor parte del día y en ocasiones algunas de la noche; casi más horas que en mi hogar, por supuesto descontando las de descanso. La oficina era de proporciones modestas y ocupaba una esquina de la referida plaza, tres ventanales amplios uno de los cuales pertenecía al despacho de dirección, y los otros dos pertenecientes al resto de la sucursal, sus archivos correspondientes y los aseos ; en total unos 80/90 metros cuadrados y en una sola planta baja. Formaba su plantilla, un total de cinco personas: Director, apoderado-Jefe de contabilidad, apoderado-cajero, empleado de ventanilla y administrativo de

oficina. El patio de operaciones estaba separado por un gran mostrador de madera de nogal, rematado de una encimera de mármol negro-jaspeado. Me presenté a mi director, que curiosamente era un paisano accitano, casado con la hija de un pariente de mi padre, el cual me presentó seguidamente al resto de los compañeros y me dejó con la persona a la que iba a sustituir.

Manuel Nogal era el titular del negociado de Caja y curiosamente también era accitano y casualidades de la vida, después de 20 años, volvía a encontrarme con mi vecino de la casa de mi abuela, pues su familia había cambiado de casa y barrio y yo dejé de verlo aparte de que era unos tres años mayor y no coincidimos más desde esas fechas. Me preguntó si estaba al corriente del negociado de Caja y aunque yo había trabajado en Cartera, le comenté que algo conocía. También me habló de Títulos (que en aquel entonces ignoraba a qué se refería (acciones y obligaciones) y aquí dejo una pequeña anécdota que ocurrió, y es que bien porque mi paisano entendió que conocía el negociado, bien porque había sido nombrado para la dirección de un pueblo (de Sevilla, creo) y lo reclamaban con urgencia; tras efectuar el correspondiente arqueo de efectivo y firmar el libro de caja, me dijo" Antonino, siéntate en mi sillón, toma la llave de la caja, mira! esa es la caja, mira! este es el libro y tú ya eres el Cajero, mucha suerte y adiós" y salió disparado por la puerta , dejándome un poco sorprendido por el tiempo dedicado y la forma empleada en la transmisión de poderes. !!! pasado el tiempo (30 años después) conocería la gran personalidad de este ciclón, de este tsunami de humano, pues volvimos a encontrarnos pero esta ya es otra historia. Solo añadir que a los pocos meses nos volvimos a ver con motivo del traslado de su hogar al nuevo destino y en esta ocasión me regaló un podenco sedeño, de los que por entonces recibían la denominación de "campaneros" pues al parecer procedían de esa localidad sevillana y fue un regalo magnífico, pues en esa época estaba yo en pleno apogeo del arte venatorio, y lo disfruté durante 15 años... y diré que sin discusión puedo afirmar ha sido el mejor perro que he tenido, solo le faltaba hablar, pues ladrar ya lo hacía

muy bien, y cazar ...cómo cazaba el "joío".

Siguiendo el consejo de mis compañeros, me alojé en una pensión que existía en la calle Alhóndiga (creo recordar) que recibía el nombre de su fundador el señor Hilario y era regentada por una extraordinaria mujer muy luchadora y atenta a su negocio, hija de este señor ya fallecido (pienso). Recuerdos románticos me trae esta hospedería diseñada al más puro estilo oscense.- Un salón alargado y cerrado por uno de sus laterales con grandes ventanales acristalados, muy común en las casas de Huescar y conocido como una galería acristalada y dando a un gran patio, situado hacia el medio día al objeto de recibir la mayor cantidad de luz y calor , dado que en esta ciudad del altiplano granadino y como ya se ha comentado en otras ocasiones, hacía un frío del demonio, y por supuesto en dicho salón-comedor, la existencia de una gran estufa de forma cilíndrica, de hierro fundido, instalada en el mismo centro de la habitación , con un largo tubo del mismo material a todo lo largo del habitáculo, en donde se quemaban tacos de madera de carrasca, para dar a dicho espacio el agradable calorcillo que desprendía su combustión.

Continuando con la presentación de esta maravillosa ciudad, tengo que decir que además de por sus costumbres, sus gentes y sus paisajes, disponía de un abanico impresionante de recetas culinarias que hacían disfrutar a nuestro alcornoque tanto de sus vinos como de su gastronomía. Ya tendremos ocasión de disfrutar con las alabanzas que nuestro sujeto hace de un producto autóctono y típicamente "huesquerino", el sabrosísimo cordero lechal de una raza también típica del altiplano...-el cordero segureño", tiempo al tiempo.

Esta peculiar ciudad, tenía igualmente su día de mercado general y semanalmente reunía gentes de todos sus pequeños pueblos limítrofes (al igual que la ciudad de Antonio, Guadix), en donde se exponían para su venta y consumo infinidad de productos de la tierra, así como multitud de utensilios y bienes de consumo. Este día en Huescar recibía el nombre de "El Jueves" y

Antonino me contaba cómo disfrutaba cada día de mercado, cada "jueves", dejando un pequeño espacio, de su trabajo por la mañana y se sumergía entre esta oleada de gentes, vendedores y compradores que en plena calle montaban sus tenderetes ; tomaba sus churritos con chocolate (riquísimos) permanecía atento a algún trato interesante y compraba algún pequeño producto, En estos puestos ambulantes descubrió una joya de las muchas que disponía este terreno....los famosísimos peros "verde doncella", una exquisitez en el campo de las manzanas, que se cultivaban principalmente en los terrenos cercanos a Santiago de la Espada o La cercana Puebla de don Fadrique, posiblemente traídos de Aragón, junto con sus tradiciones y costumbres, por los ancestros pobladores de estas tierras. Frutos típicamente serranos.

Antonino me comentó de las tradiciones tan llamativas y nuevas que observó en esta ciudad granadina, una de ellas era la afición por los fuegos de artificio y el manejo de la pólvora en cohetes y una especialidad de estos sin caña a la que denominaban "carretilla" o también llamado en la cercana región murciana; cohetes borrachos. Y mejor que explicar en qué consistían estos "cohetes borrachos" dejemos que nuestro amigo Alcornoque nos lo comente él mismo.

-bailando las carretillas-

Con motivo de la celebración de la festividad de San Antón, de la que mi amigo Jeremías Fresno formaba parte como hermano mayor, aquel año fui invitado a la cena de hermandad en la que todos los hermanos participaban y procedían a degustar al completo el cerdo que previamente habían rifado entre todo el pueblo. La citada rifa tenía una característica muy especial y la misma consistía en que el ganador se obligaba a entregar dicho cerdo a la hermandad para ser sacrificado y una vez usada la parte correspondiente a dicha cena, el resto quedaba a su disposición y esto que puede parecer normal, dejaba de serlo por la condición añadida de que la celebración

sería en la casa del ganador. Como es lógico todos renunciaban al premio y solo asistían a la citada fiesta como uno más. De todos es sabido (en mi pueblo también se hacía así) que la noche anterior al 17 de enero, se encienden hogueras se tiran cohetes, algunos petardos y se celebran cenas entre vecinos y en la calle junto a dichas "luminarias" que así se llaman estas fogatas y en sus rescoldos se suelen asar trozos de "careta" de los cerdos sacrificados por esos días. Todas estas tapas o comidas son acompañadas y regadas copiosamente con el vino-mosto recién estrenadas y una vez que los fríos han pasado por el mismo (antiguamente se decía "dejad que los santos pasen sobre el mosto". Los oscenses mantienen una especial afición, tanto a su confección como a su degustación. Así transcurría la noche entre charlas, vinillos y careta asada y en compañía de tan buena gente y de cuando en cuando salíamos al balcón o a la puerta de la casa, para admirar las fogatas o acercarnos directamente junto al fuego y en un momento de esta salidas mi buen amigo Jeremías me preguntó si alguna vez había "bailado las carretillas"; yo, no solo desconocía el término sino que además eso de bailar no lo entendía y además no se me ha dado bien de nunca y me viene a la memoria la frase de una gitana que me dejó frustrado de por vida, el día que asistí a una boda gitana y cuando intenté bailar por rumbas , recibí su calificación: "no ves er payo si parece que tiene patas de alambre"; pero bueno, continuando con lo de las carretillas, mi amigo me explicó en qué consistían dichos artilugios. Se trataba de una especie de cohetes a los que se les había quitado la caña y aplicándoles una técnica especial, conseguían quemar la pólvora en varios tiempos, con lo cual el artefacto cobraba vida y cambiaba de dirección al reinicio de cada nueva combustión, produciéndose la explosión en el tercer o cuarto tiempo, y a continuación me explicaba el asunto de "bailar", el mismo consistía en lo siguiente:

Previamente el bailarín tenía que encontrarse un poco alegre, y utilizando una palabra muy oscense "algo chisperas", como cuando en las batallas hacían tomar el famoso vino "peleón" a los soldados para así evitar que las fuerzas y el ardor les

abandonase en plena confrontación.

Trataré de fotografiar el momento, en el que sin saber cómo ni por qué, me encontré en mitad de la calle, junto a un nutrido grupo de "locos" como yo, que querían bailar las carretillas. Es difícil expresar con palabras el estado de excitación, miedo o borrachera que produce el olor a pólvora quemada que te empapa, anestesiando tus miedos y no dejándote pensar junto con los estruendos que aquí y allá se suceden continuamente y sin medida... Un frenesí compartido que hace que los alocados bailarines, una vez conscientes y casi siempre inconscientes, giren en torno a estas infernales y descontroladas carretillas, las cuales parecen tener solo una misión; perseguirte hasta el final, que llega cuando explodian y sin saber nunca cuándo lo harán; los gritos de júbilo o pánico, dependiendo de la experiencia o no acumulada de otros años, se mezclan con el estruendo ensordecedor del final de cada carretilla... Añadir que esta fue mi única experiencia en esta clase de danza-baile, mezcla de juventud, pólvora y carretillas, las de pólvora y de las otras, las de cristal (vinillos), por lo que nunca más volví a repetir dicha experiencia.---

A lo largo de estos escritos, conoceremos algunos de los bellos lugares que Antonino descubrió en tan singular tierra, en donde continuó con sus pasiones por la naturaleza, por su sierra y sus ríos. Seguidamente dejamos a nuestro amigo para que como siempre nos hable en directo de una de sus pasiones; la pesca de la trucha.

- Pinceladas de truchas y violetas-

Hoy, quiero dejar constancia de algunos recuerdos y vivencias acaecidos en este pequeño-gran río de Huescar, el Guardal, durante mis múltiples visitas a la cercanía de sus aguas, para practicar el deporte que más me ha apasionado durante todos los días de mi vida (la pesca de la trucha), en ríos de montaña. Para no extenderme demasiado, quiero referirme al

tramo de río comprendido entre “Puente Duda” y el Cortijo La Escopeta: también quiero referir varios episodios separados según el objeto y situación sucedidos. El río Guardal en este tramo, presenta un paisaje extraordinariamente bello y agreste, ya que es precisamente en esta zona, donde se muestra como un río de alta montaña con meandros continuados y difíciles de seguir; dada la verticalidad y profundidad de su cauce, por lo que en ocasiones, principalmente en primavera; la abundancia del líquido elemento, hacía difícil y apasionante, la captura de la reina del río. Consecuentemente y según la estación, yo accedía a él unas veces por la parte del puente (aguas arriba) muy cerca del poblado de Duda y otras por la dirección opuesta, y he de reconocer que si bien he preferido siempre (por comodidad) iniciar mis pesqueras en dirección opuesta a la corriente del agua, no por ello he eludido el reto de hacerlo a favor de corriente, mucho más difícil pero más gratificante en cuanto a la captura se refiere. Sobre este punto he de aclarar al no iniciado en la pesca de salmónidos que el verdadero motivo de la pesca, no reside en aumentar capturas y piezas hasta llenar la cesta o completar el cupo, sino en que dichas capturas y su desarrollo nos den el máximo de satisfacción ; de tal forma que en ocasiones y cuando las circunstancias han sido especiales, y he observado que las piezas caían con gran facilidad y muy continuadas; automáticamente he abandonado el ejercicio de la pesca, pues el pescador (al igual que el cazador) debe observar un profundo respeto por la naturaleza y utilizar sus recursos adecuadamente y no olvidar nunca que los lances y la práctica de este deporte, miden en cierta manera, la clase de personalidad que posee el practicante y consecuentemente le formaran en una u otra dirección, esculpiendo su carácter.

Mis recuerdos de hoy no irán dirigidos a lances especiales, sino a otras sensaciones y sucesos, ocurridos como consecuencia del ejercicio de la pesca. Quiero relatar de cómo conseguí encontrar una variedad de flor que se llama violeta y que conocí con anterioridad en el río Zumeta, cercano a Santiago de la Espada pues en el citado, poseía una gran

cantidad de esta variedad de flores, familia de las violáceas, que al parecer existen de varios colores, si bien en este río de la cuenca del Segura, solo las he visto de un azul intenso. Los naturales del río la llaman y con razón “flor de marzo”. Por motivos de trabajo, yo vivía en Huescar con mi familia y en ocasiones realizaba visitas a casa de mis padres en Guadix. Un día comenté con mi madre la existencia en el río de estas flores, símbolo de la modestia y rápidamente mi querida progenitora, amante de las flores, se interesó por tal noticia y me transmitió su deseo de que “si en otra ocasión las volviese a ver, le gustaría tener una maceta de violetas silvestres”; por lo que le hice promesa y retuve en mi mente tal deseo.

El tiempo pasó y dado que yo estaba atento a las orillas del río Guardal, pues la experiencia y recuerdo del Zumeta, me decía que dichas flores las encontraría muy cerca del agua, miraba sus riberas si bien con poco interés pues las truchas me interesaban más, por lo que seguía sin poder dar cumplimiento a mi promesa. Pero ese buen día llegó de una forma inesperada, y me explico; normalmente yo solía llevar siempre dos cañas cortas, pues la experiencia me había enseñado que en ocasiones y por mil motivos el tener solo una, te dejaba fuera de juego si esta se averiaba, así que mediante un cordel y anudados sus extremos (debidamente partida) la portaba a mi espalda. En un momento de mi pesquera, descubrí que había perdido mi segunda caña y claro para un pescador el perder su caña es como para el guerrero que pierde su espada, así que dejé automáticamente la pesca y comencé a desandar lo andado, palmo a palmo y piedra a piedra, vigilante a cualquier rama o mata en la que pudiera haberse quedado.

La suerte me acompañó aquel día en tres ocasiones; la primera fue que como consecuencia de mi inquebrantable resolución y tras casi una hora de investigar, vine a dar con un buen ramillete de violetas, ni que decir tiene que tomé una pequeña bolsista y con un poco de humus las deposité en mi cesta de mimbre, con tanto o más cuidado que ponía para las truchas; la segunda y también importante, que no pasó un cuarto de hora y encontré mi caña y la tercera y quizás la más

importante de las tres fue que aquel día nací de nuevo... y me explico seguidamente. El río venía muy crecido y yo aquel día , había decidido por tal motivo bajar pescando desde Puente Duda y río abajo, pues en la cerrada de dicho puente, existen varios lugares de muy difícil acceso (bajando, pero casi imposible subirlos con el río crecido, por lo que me planteé el cortar por derecho y muy cerca ya del puente y su consiguiente paso casi imposible, busqué una posible subida en diagonal-vertical y casi escalando; los primeros cincuenta o sesenta metros, fueron de fácil acceso y casi de disfrute, pero al poco rato la cosa se puso más fea y me encontré con un último tramo (sobre diez o doce metros) en vertical y formados por una pared casi lisa de piedra; aquel día tuve también la oportunidad de comprobar que no tenía vértigo, pues cuando di media vuelta para retornar hacia el río, descubrí con horror que el río quedaba casi debajo de mis pies pero de una verticalidad que hasta esos momento no había evaluado(al ir siempre trepando y mirando hacia arriba) ..puf qué esfuerzo de concentración hube de realizar para no precipitarme hacia el río, que parecía llamarme con voz misteriosa; aquel día inventé una técnica de escalada que bauticé como la técnica de palanca-extrema (nunca he sido alpinista) y haciendo de tripas corazón subí aquellos metros infernales, metiendo los pies con sus botas de pesca y mis brazos por entre las fisuras que Dios había puesto en la piedra y a mi alcance... Pasó el tiempo, y en ocasiones cuando visitaba a mi familia en Guadix y contemplaba el macetón de violetas que se mantuvo durante años y años, por el amor y atención que mi querida madre le dedicaba (hoy creo que mi hermana menor, Blanquita, las sigue criando) celebraba su belleza, pero ponía cuidado y le ocultaba a mi progenitora el relato de cómo nací de nuevo."

Continuando con el conocimiento de este pueblo del altiplano granadino y sus costumbres, seguidamente les comento sobre su fiesta principal dedicada a sus SANTAS BENDITAS, como gustan de llamarla todos los oscenses y me viene a la memoria una letrilla que oí cantar a nuestro Alcornoque pues

según me decía , existe una gran afición por la música en esta ciudad y queda reflejada en su himno dedicado a las patronas y según sus comentarios se quedó impresionado el día en que son paseadas en procesión por todo el pueblo y en llegando a la plaza principal todos a una entonan esta hermosa canción.- "Santas Benditas , lirios nevados de nuestro cielo, flores radiantes de nuestro suelo... Alodía y Nunilón... Huescar es toda, para alabaros y para ensalzaros....." Según me comentaba, nunca había asistido al canto de un himno, con tanto entusiasmo y participación, pues según él, las voces armoniosas y a coro de todos sus devotos acallaban la música de la banda que acompañaba la procesión.

De igual forma que manifestaban su fervor religioso, lo hacían en lo festivo-popular y cuando concluían las ceremonias sacras en Santa María La Mayor, dedicadas a Las Santas , celebraban su romería transportando las imágenes en dirección a La Sagra, distante unos 20 km., donde tenían su ermita las patronas Alodía y Nunilón , y un dato curioso es que en dicho lugar eran esperadas por el pueblo vecino de Puebla de Don Fadrique, que también compartían las mismas patronas; y que una vez recibidas, iniciaban nuevamente sus fiestas. El entorno era paradisiaco pues junto a la ermita pasaba el río Brabatas, pequeño río que además de tener truchas, aportaba el agua potable de la ciudad de Huescar. Antonino tuvo la oportunidad de comprobar ese día del mes de abril (hacía pocos meses que había llegado), la diferencia folklórica en cuanto al fandanguillo de Huescar con el resto de Andalucía, pues aunque la métrica y el ritmo eran muy similares, no sucedía así con la forma de bailarlo, pues parecía más una jota (de Aragón).

Seguidamente y porque no todo lo que hizo Antonino en Huescar, fue pescar en sus hermosos ríos, cazar en sus agrestes sierras, y currar como un enano en su trabajo bancario; también dedicó espacio a la música y claro el lector se preguntará cómo encaja nuestro sujeto (típicamente cantaor aficionado y apasionado del flamenco) en un pueblo al que se podría calificar

de culto, además de en otras facetas, también en la musical, pues así lo confirmaba la buena banda de música de la que disponía. Me viene a la memoria que Antonino me contó de cómo en su pueblo, Guadix, también disfrutaba con su padre todos los domingos asistiendo a representaciones en el quiosco o pérgola del parque, igual que en Huescar...Así que sin más os dejo con nuestro contador de relatos, para que nos comente esta pregunta dejada en el aire.

- Tocinos de cielo, ruiseñores y zarzuela-

Huescar era una maravilla en el campo musical y en otros muchos, pues gozaba de una afición a los instrumentos tanto de cuerda como de viento e incluso disponía de una banda municipal, que además de interpretar el himno a las Santas Patronas, también interpretaban todas y cada una de las piezas contenidas en una zarzuela dedicada en exclusiva a sus Santas.- "Al agua Santas Benditas", compuesta por un hijo de este bello pueblo. Y esto lo digo para que el posible lector de estos recuerdos, se sitúe en la escena que más tarde presentaré. Por aquel entonces yo estaba en plena efervescencia flamenca, así que enseguida busqué amigos afines a mi querencia, pero claro encontré un número muy limitado, si bien muy selecto; un médico del vecino pueblo de Cúllar, que dicho sea de paso cantaba como los propios ángeles, así que le llamaremos Ángel; un comerciante de joyería virtuoso de la guitarra al que le nombraremos como Manuel de León o "el leonés"; un espécimen único en su género, un tenor sin cultivar, pero en el que la naturaleza había instalado un órgano muy bien afinado dentro de su pecho y al que llamaremos directamente el Chipri y finalmente el que suscribe, el loco por el cante jondo, que no era técnico de nada pero era como la pizca de sal que añadida a un buen guiso da el toque perfecto y para ajustarnos al argot flamenco, pues sencillamente lo nombraremos como Antonino el accitano o el niño de Guadix.

He de añadir además, que para efectuar una buena

tertulia musical que se precie, primero se ha de temprar el instrumental y las personas que la componen, así es que comenzábamos visitando la bodega particular de alguno de los hermanos de San Antón, al cual previamente habíamos invitado a nuestros "conciertos de verano". Aclarar que en esta peculiar ciudad del altiplano, era rara la casa que no poseía su bodega propia y particular debidamente instalada en el sótano de la vivienda y en la que se cocían unos pocos litros según capacidad de la tinaja y el gusto del propietario por el mosto, entre dos y cinco arrobas, al que se le llamaba vino del terreno. También debo decir que para que el arte fluya en su forma más genuina, los tertulianos (bajo mi modesta opinión) deben quedar cortos en el comer; lo que antes se decía "parcos" y además ser prudentes en el consumo del vinillo pues que caso contrario entra sueño y el genio no es amante de los que duermen, sino que por el contrario gusta de instalarse en los soñadores pero que estén muy despiertos... Y nada más que añadir; solamente entrar a describir las referidas reuniones y como para muestra un botón; pues comienzo sin más una de las noches más inolvidables que recuerdo.

-Calentando motores-

Aquel día, mi amigo Manuel "el leonés" pasó por la oficina y mientras efectuaba sus operaciones bancarias, me dejó caer que el mosto se estaba acabando, por lo que no deberíamos dejar pasar mucho tiempo si queríamos degustar nuevamente el néctar de los dioses; así que me dejó encargado de avisar al resto del personal y él lo haría con el Chipri, vecino cercano a la Colegiata, en la que desempeñaba su cargo de sacristán, compartido con sus gregorianos cantos y latinajos en el coro. Antes de continuar he de aclarar que el vino del terreno, también llamado vino del país en otros lugares más o menos cercanos, se prepara con el único fin (fantástico final) de beberlo lo antes posible, puesto que no tiene ninguna química ni conservante (sulfitos) y no se deja para crianza. Como encargado de gestionar el evento, localicé dos amigos más y uno

de ellos regentaba un famoso bar de Huescar, por lo que nos proporcionó el material adecuado para acompañar al vinillo, y nuevamente hago la aclaración de que no se trata de hacer una gran comida, sino de acompañar sabiamente cada sorbo ingerido del néctar y despacito; un poquito de queso curado, que si un poquito de morcón de perdiz, otro poco de mojama, algo de hueva de mújol, cacahuetillos salaos y tostaditos en horno de leña y alguna que otra pequeña "delicatesen", como unas almejititas de carril...etc. etc.. Así que bajamos al "santuario", y entre cata y cata degustamos varias "zalonas" del preciado liquido, que así llaman en Huescar a las jarras de barro, que curiosamente traje expresamente de Guadix y que por encargo de una bodega situada junto a la Colegiata, la casa del Barón de Bellpuig, fueron hechas y cocidas en una alfarería del barranco de Fuente mejía- Estos curiosos recipiente son de 1/4, 1/2 o 1 litro, e incluso los hay de 4 litros.

Templamos voces, comentamos historias y seguidamente nos trasladamos al parque, pues en la bodega ya empezábamos a "calentarnos" más de la cuenta, no sin antes pasar por la famosísima pastelería "Casa Ambel" y degustar unos cafelitos, acompañados como no de sus correspondiente tocinillos de cielo (una exquisitez) y eso sí tomando la precaución de que el Chipri no tomase demasiados, pues en otras ocasiones y cuando esto sucedía, nos dejaba con las ganas de escuchar su maravillosa voz, pues se quedaba materialmente dormido. En el parque hacía una temperatura muy agradable, principios de verano y a eso de la 1 de la madrugada corría un fresquito propicio para la hora de los flamencos; nuestro momento había llegado. "El Chipri" entró en materia interpretando un pasodoble de la anteriormente citada zarzuela titulado "Desde mi pueblo a las Santas" cuya letra acompañada por la bien templada guitarra de mi amigo "el Leones", la quiero reflejar aquí, por lo bonita (por lo menos los primeros compases) y seguía así.- "desde mi pueblo a las Santas, hay un camino de piedra, que hicieron nuestros abuelos con miles pasos de yegua o andando quizás descalzos cumpliendo alguna promesa; vente serrana conmigo a grupa de mi caballo, que hoy estrena herraduras, vente

conmigo a las Santas. ... la Sagra me está esperando".

Colosal pues habíamos conseguido que nuestro tenor tomase los tocinos justos, y a continuación seguimos los dos cantaores flamencos con diferentes palos cada uno; "el Ángel" interpretó soleares con letra propia, una gozada...y "el niño de Guadix" también aportó su granito de arena con unos tientos del piyayo... pero lo más colosal fue que a cada interpretación, seguía la actuación de un artista no invitado...y fue un rruiseñor que bien por enseñarnos a los mortales reunidos bajo su árbol, lo que era buena música, bien porque estos aficionados intérpretes debieron de no hacerlo mal del todo, la cuestión es que este emplumado artista nos dedicó tal cantidad y calidad de trinos que hizo que la noche fuese inolvidable, pues durante bastante tiempo se comentó el detalle de "el rruiseñor artista" en el bello escenario natural del parque de esta hermosa ciudad del altiplano granadino.---

CAPITULO XI: Vientos de libertad

Tras dos años de su llegada a Huescar ya tiene muy buenos amigos, sobre todo matrimonios jóvenes con hijos y con edades cercanas a los suyos, por lo que forman como una gran familia y disfrutan de reuniones, salidas al campo y toda clase de eventos, hace algo más de un año que Juan Carlos I reina en España y ha comenzado una recién estrenada democracia que promete ser fecunda y alentadora para los españoles; por desgracia y bastantes años después (más de 40), seguimos dando palos de ciego y sin hacer llegar sus frutos (por parte de los responsables políticos), al pueblo llano... Antonino nos cuenta su debut como gran cazador, en un relato en el que nos muestra su primera experiencia con una fiera de verdad (caza mayor).

-La “china” del Cortijo Los Rayones-

Por mi condición de apoderado del banco Hispano en la sucursal de Huescar, yo conocía a muchos clientes, de los que gran cantidad de ellos eran cortijeros y habitantes de los entornos serranos; unos de las zonas ribereñas del Castril y el Guardal y otros instalados en zonas boscosas y serranas en la Sagra y la sierra de Castril. Estos lugares, se encontraban aún en estado semi-salvajes (vírgenes); yo buscaba cualquier pretexto “comercial” y ejercía mis funciones bancarias, buscando negocio, principalmente en las ventas de ganado “segureño” muy afamado ya desde entonces; por supuesto en los cortijos, si bien en mi “agenda secreta”, escaneaba dichos lugares para futuros lances de pesca o caza. Ocurrió, que un día recibí la visita de Alberto que habitaba en el cortijo de los Rayones, sito en la parte occidental de la Sagra y cercano al cortijo de La Losa, por cierto y dicho sea de paso, en esta zona existían dos maravillas naturales; las trufas y las “Mariantonias”. De las primeras no diré nada, si bien de las segundas he de manifestar que con este sugerente nombre son conocidas las Secuoyas Gigantes existentes en este cortijo. De Alberto, escuche las mágicas palabras; “señor Antonino, cuando quiera puede acercarse por el cortijo y si tiene suerte cazar alguna perdicilla o alguna liebre” y añadió, lo que me puso más contento aún si cabe, "dicen que han visto cerca a los “jabalises”. Me faltó tiempo para aceptar su gentil invitación y ese mismo domingo, me presenté en su casa acompañado de mi fiel “Rique”, un podenco de mediana estatura.

Al poco rato estaba subiendo monte arriba en la falda de la misma Sagra, a la búsqueda de caza menor, si bien con la advertencia de Alberto de que estuviera atento, pues ya comenzaban a verse por el lugar los “chinos”, que es como los naturales del terreno llaman aquí al “guarro” o jabalí . Aquella noche había caído un poco de agua, y dada la altitud en aquel lugar había dejado un manto blanco, aunque de una forma irregular, cubriendo las umbrías y dejando libres las solanas. En un momento determinado, Rique como buen podenco se había perdido entre la maleza del monte, y de pronto comenzó a "latir"

y de cuando en cuando a lo que parecía “gemir”, por lo que entendí que el animal objeto de sus ladridos, no era precisamente una liebre, por lo que mi corazón comenzó a latir desafortunadamente, y mientras cambiaba mis cartuchos del siete, por dos hermosa balas (creo eran de la marca “brennequen”) salí disparado y nunca mejor dicho, monte arriba y hacia el lugar de donde procedía el “follón”. Como a los dos minutos de carrera, me paré en seco, pues por poco me atropella mi perro, que paso como alma que llevase el diablo; en aquel momento pensé “que perro más bueno, me trae la caza”, y unos segundos después y como por arte de magia, se abrió el monte y apareció “la bestia” que perseguía a mi perro, la cual en unos segundos y como a unos diez o doce metros, se plantó en el suelome miró....la miré....nos miramos y sentimos el mismo deseo(creo) de salir corriendo; si bien en esa fracción de segundo, pasó por mi cabeza la idea de que quien tenía la escopeta era yo, y como un rayo apreté los gatillos, en primer lugar el izquierdo (fallé) y en segundo lugar el derecho(acerté), e impacté el proyectil en su barriga y salida por la culata... y entonces si salí corriendo monte abajo al tiempo que cargaba de nuevo y con el rabillo del ojo observe que nuestra cochina, se había desviado hacia mi derecha, caminaba despacio por una pandera y muy afectada por el disparo; así que de nuevo dispare mi cañón izquierdo y le impacte en la paletilla, lo cual hizo que se desplomase a tierra para ya no levantarse jamás.

...conclusión: Aquel día culminé mi bautismo de fuego, y durante varios años continué mi frenética actividad. Hoy puedo decir con alegría, que cuando dejé Huescar, hace ya 35 años, deje la cacería y elegí respetar a los animales y mirarlos de forma menos depredadora. Si bien las truchas, nunca las he dejado.

La cochina peso 95 kilos, por lo que necesite una mula de Alberto para bajarla del monte al cortijo, donde la descuartizamos y cedí al cortijero un tercio de la pieza. Con el resto nos dimos bastantes comilonas con los amigos y sus parejas en mi casa, preparada la carne al horno de leña y en una modalidad que los oscenses llaman “las latas”. Desde aquí

un recuerdo cariñoso para mi buen amigo Juan de Dios, que como buen farmacéutico, analizó la carne. Mi perro, permaneció dos meses bajo la tutela del veterinario, tal fue el pateo y mordiscos que le propinó el bicho. Y yo por suerte para mí, no pague muy caro el poco conocimiento que tenía de estas verdaderas fieras, que en ocasiones hacen subirte a un árbol.--

Dejamos el monte y nos sumergimos en el río, pues la pasión de Antonino era la trucha y en estos territorios nuestro sujeto aprendió el noble arte del pescador. En el siguiente relato que presentamos, en el que nuestro sujeto participó como colaborador en un gran libro sobre la sierra dirigido y escrito por don Antonio Castillo Martín y don David Oya Muñoz, editado por la Universidad de Granada se puede apreciar el profundo sentimiento que la tierra, el paisaje y sus aguas puede marcar en los humanos; sobre todo su dependencia y apego al terruño.

-El Gitanito pescador de San Clemente: Lugares de añoranza-

Fueron unos felices años en los que disponía de buenos contactos y de tiempo por mi trabajo, y del entusiasmo que te brinda la juventud. Y en aquellas tierras del norte de la provincia de Granada, ricas en aguas y truchas salvajes, me hice pescador. Normalmente hacía “mis pesqueras” en el Castril, río salvaje donde los haya, y de mi predilección era el tramo comprendido entre puente Lezas y las Tabernillas. También le tenía un no sé qué al Guardal, desde Puente Duda hasta el paraje de las Fuentes, pasando por el poblado de San Clemente, aunque había menos truchas, estas eran más pequeñas y estaban mucho más resabiadas.

Por aquellos años 70, el poblado de San Clemente no había sido aún cubierto por las aguas del pantano del mismo nombre. El poblado estaba situado sobre un rellano dominando el valle, en donde había unas fértiles vegas, cerca de la confluencia del río Guardal con el Raigadas. Cauces que venían de Sierra Seca y de la Guillimona, respectivamente, ambas a espaldas de la sierra de Castril y por debajo (al medio día) de

las más extensas montañas del término de Santiago de la Espada, en plena sierra de Segura.

En algunas ocasiones, ascendía hasta los mismos nacimientos del Guardal, en el paraje de las Fuentes, lugar paradisíaco para la pesca de la trucha común, al que solo se podía entrar previa autorización de los dueños y avisando al guarda privado que allí había entonces (después se haría allí un criadero de truchas). Mi amistad con la familia Portillo, antigua propietaria del cortijo las Fuentes, me deparó días de pesca inolvidables. Se trataba de un casi vedado, en el que el guarda me iba indicando los charcos donde tenía localizadas truchas de grandes dimensiones. No obstante, pocas veces entraban a mis señuelos artificiales por sus resabios naturales y seguramente también por mi insuficiente pericia, aunque doy fe que allí estaban, cuando el guarda me enseñaba algunas de aquellas soberbias truchas, abatidas por su “cuarterola” o carabina, ya que estos viejos ejemplares, al ser territoriales y depredadores, dejaban despoblados los tramos de río que colonizaban.

Pero, como iba diciendo, mis pesquerías habituales las hacía en terreno libre aguas arriba de Puente Duda. Jamás olvidaré el ruido que producía el río a su paso por el fondo del desfiladero que allí existe, mientras bajaba impaciente y veloz por la vereda, deseando echar mis señuelos cuanto antes al agua, como si el tiempo se fuera a acabar. Era una música celestial que aceleraba el pulso y embriagaba mis sentidos. Ha pasado casi una vida y aún me emociono al recordar aquellos encuentros (casi amorosos) con mi río. Otras veces accedía al cauce por el poblado de San Clemente, pero aquella entrada no tenía gracia, porque el coche me llevaba hasta el mismo cauce. Para ello tomaba el carril que salía a la altura de los cortijos de Haza Grande y Haza Chica.

Pero bueno, la historia que quería contarles es otra. Verán. Una mañana comencé a pescar río arriba, hacia el poblado de San Clemente, utilizando el arte de la cucharilla. Hacia un buen rato que había iniciado mi actividad y aunque el tramo hasta el pueblo era relativamente corto, iba muy despacio, porque en la pesca de la trucha común no se puede ir

deprisa, ya que tiene unos sentidos "poco comunes". A pesar de ello, por más cuidado y celo que ponía en mis lances, el río parecía desierto. He de decir, que entonces aquel tramo entre las pedanías de Duda y San Clemente estaba muy pescado, con todo tipo de artes y en toda época por los ribereños de ambos poblados, especialistas sobre todo en cogerlas a mano, como alguna vez pude contemplar. Por eso, engañar a una trucha era difícil, pero, por eso mismo, muy satisfactorio. Después de sortear un tramo rocoso y limpio de vegetación que rodeaba el pueblo se San Clemente, entré nuevamente en una ribera tupida, cuajada de sargas, gaticos y mimbres, justo debajo de algunas de las primeras casas. De ellas se dejaba caer al río una pendiente vereda.

Oculto entre la maleza, vi descender a un hombre de pequeña estatura que vestía pantalón de pana marrón oscuro, camisa blanca, chaleco del mismo tejido y color que el pantalón y sombrero muy bien puesto casi negro. Venía a paso lento pero firme y al parecer con un objetivo bien marcado. Para el lector que no sepa del arte de la pesca de la trucha, debo indicar que es importante controlar que otro pescador no marche delante, pues la reina del río es muy huidiza y cualquier ruido, por leve que sea, la hace esconderse en lo más profundo de su refugio, del que no sale hasta pasado bastante rato después. Así pues, permanecí agazapado hasta ver qué intenciones y qué camino tomaba el individuo en cuestión, que ya tenía muy cerca.

Entonces pude precisar que se trataba de un hombre de edad madura, como de unos 65 años, que representaba al prototipo de persona del terreno, de tez tostada, rasgos serenos y curtidos por el tiempo. Un genuino gitano, perteneciente a una etnia que por aquel entonces era muy pura y poco dada a mezclarse con payos. Un hombre duro, de pequeña estatura como ya he dicho, enjuto, pero de proporciones equilibradas y armoniosas, mirada aguda e inteligente y bigotillo fino. Al no advertir mi presencia o quizás si me vio, pero me ignoró completamente, realizó el cometido que le había llevado al río. Sacó una pequeña navaja, cortó una vara de mimbre como de metro y medio, ató un pequeño sedal que llevaba enrollado en

un bolsillo de su chaleco y prendió una mosca artificial más grande que las habituales (como un moscón), que días más tarde supe que hacían en ese poblado con plumas del cuello de los gallos. Todo ello lo hizo con soltura y diligencia, y acto seguido se dirigió al charco que tenía justo encima de mi escondite, desde el que pude observar perfectamente todos sus movimientos. De la forma más natural y efectuando como un par de pequeños latigazos, al tercer movimiento depósito la mosca seca en la superficie del agua, donde ante mis atónitos ojos clavó un "trucho" de cerca de medio kilo. Lo echó fuera del agua de un golpe seco de muñeca, sacó de nuevo su navaja, le vació las tripas y tras enjuagarlo, lo ensartó por las agallas con un junco y retorno hacia su casa como si tal cosa, como el que va al pescadero o al corral de su vivienda y toma el alimento de ese día. ¡Vaya lección! Muchas veces he pensado que me vio desde su casa y antes de que "el señorito" tanteara su poza se dijo, a ese le enseño yo quién manda aquí y para lo qué sirve haber echado los dientes junto al río.

A este hombre le puse de nombre Constantino, "el gitanillo de San Clemente", en honor a otro de similares características, pero payo, también pescador, que me enseñó a cazar los "jabalises", que entonces empezaban a colonizar aquellas montañas. Gentes sabias para la Sierra, que dejaban a la altura de una zapatilla a instruidos pescadores de caras cañas y carretes, señuelos modernos y tablas solunares para elegir las mejores horas de pesca.

Personajes que ya desaparecieron para siempre, igual que su modo de vida, igual que sus cortijos, igual que aquellas casas del poblado de San Clemente, cubiertas desde el año 1990 por las aguas del pantano del mismo nombre. Ignoro si aquel gitanillo murió antes de ver mancilladas sus casas, sus raíces, sus ancestros, su ermita y los charcos de sus truchas. Los restos de todos sus vecinos fueron trasladados al cementerio de Huescar, donde reposan en la actualidad. Desde aquí y a modo de epitafio, mi respetuoso recuerdo y despedida para aquel gitanillo pescador allá donde se encuentre.

Le pregunté a mucha gente al no encontrar San

Clemente... ¿Dónde estaba nuestra tierra, y dónde nuestro Patrón ?... solo un fandango escuché y nadie me contesto...

Antonino me contaba de lo bien que lo pasaban con sus amigos y las familias, todos con edades cercanas y varios hijos, también con edades parecidas, y de cómo nuestro sujeto explotaba sus conocimientos sobre la sierra principalmente en las cercanías a Las Santas, para realizar múltiples excursiones en grupo, llegando incluso a pernoctar en algunas ocasiones en plena sierra y con sus tiendas de campaña. En aquel tiempo, la riqueza de fuentes y pequeños riachuelos era espectacular, pues muy cerquita de la ermita de las Santas Patronas, nacía el río Barbatas o Bravatas, y aunque disponían del permiso de los forestales para usar las casas refugio, trataban de no molestar y las usaban solo en raras ocasiones. Y como siempre prefiero dejar a nuestro sujeto que nos refiera una de tantas correrías y a modo de muestra.

-Entre Ferrario y Las Santas: familias felices-

Hacia ya varios meses desde el inicio de la primavera, que los amigos me habían presionado para realizar una excursión con pernocta en la montaña, exactamente en el lugar cercano a la ermita de Las Santas, así que preparamos nuestra tienda modelo "Caribe", pedida en los últimos Reyes y nos dispusimos a darle un buen estreno en el citado lugar, si bien y como medida de precaución les indique que en principio y el día anterior, nosotros (mi familia) iríamos en avanzadilla y así con la experiencia adquirida podríamos ya hacerlo en grupo, dado que ni existía camping ni zona habilitada habría que preparar adecuadamente el sitio. La tienda era un lujo para aquel tiempo, pues además de dos dormitorios, disponía de un pequeño saloncito y sus ventanales cubiertos a los dos lados del mismo, una maravilla.

En principio se sumaron a la acampada, mi buen amigo

Ramón y mi querido amigo Miguel Ángel, con sus respectivas familias y pequeños de edad cercana a los míos. Nos desplazamos a la sierra y tomamos un camino que salía hacia Ferrario, un cortijo casi en la misma cima de La Sagra y del que tenía permiso de su dueño el Señor Villalobos, para cazar y acampar; cercano a la ermita de Las Santas. Nada más llegar, comenzamos a limpiar maleza en una pequeña vega salpicada de álamos blancos que formaban un bosquecillo acogedor y totalmente salvaje, en donde además del populus alba convivían otras especies, majuelos y una variedad de endrinos (prunus spinosa) pero no de los conocidos por mí en tierras de Iznalloz y que yo recolectaba para hacer pacharán (licor de endrinas), sino que eran mucho más grandes sus frutos (casi el doble), pues no en vano son considerados estos arbustos como ciruelos salvajes.

Ocurrió que cuando terminamos de montar la tienda y nos dispusimos a comer; comenzaron unos truenos que adelantaban el tormenton que a continuación nos cayó, por lo que mis amigos decidieron regresar una vez pasado el chaparrón y aunque volverían al día siguiente, para estar con nosotros no montarían sus tiendas, pues eran novatos en esto de salir al campo salvaje, si bien dejaron a sus hijos para acompañar a los míos (cualquiera les decía que no con la ilusión que les hacía la experiencia), pues yo y mi familia ya teníamos conocimientos de acampada y sabíamos que lo único que había que hacer al día siguiente, era cambiar el lugar donde habíamos montado el campamento, eligiendo uno que estuviese en altura y no en llano, y así se evitarían posibles inundaciones.

Cuando nos quedamos solos, encendí un pequeño "camping gas" o farolillo en el salón, delante de los dormitorios y antes de retirarnos a descansar, les conté a los chavales (siete en total) historias de otras acampadas en la sierra adornadas con románticos e imaginarios sucesos, pues en la soledad de la noche estos "cuentos" agradan mucho a los peques y además entretienen el tiempo para que se agoten y duerman de un tirón, pues con la emoción de la ocasión suelen tardar bastante en conciliar el sueño. Resulta que con el ajetreo de la tormenta y la

despedida del grupo de amigos que regreso a Huescar, no revisé el lugar en el que habíamos efectuado la merienda-cena y no realizado el protocolo de costumbre que consiste en limpiar totalmente el sitio, no solo por higiene sino también por precaución, pues que los animales salvajes o incluso perros cimarrones o asilvestrados, visitan dichos lugares atraídos por el olor a restos de comida y claro, ocurrió lo que ocurrió.

Tardamos en dormirnos, pero al final todos quedamos profundamente dormidos, todos menos el promotor de la excursión pues por mi costumbre de dormir en el campo, siempre lo hacía con un ojo cerrado y el otro medio abierto, además había preparado mi escopeta de cartuchos situándola bajo mi hamaca, por aquello de dar respuesta a una situación anómala o de peligro y porque al día siguiente y muy de mañana quería dar un acecho "al chanteo" y preparar la comida del grupo de amigos con un buen arroz con conejo. No habían pasado más de una hora, cuando comencé a sentir unos murmullos y ruiditos cerca de la tienda...e inmediatamente comprendí su significado, que no era otro que el percatarme de haber dejado los desperdicios en el suelo y claro los comensales que tenía al otro lado de la cremallera de la puerta y a unos pocos metros de donde dormíamos, no eran otros que una familia de jabalíes, los cuales me estaban haciendo la limpieza gratis, pues les oía de cuando en cuando gruñir suavemente y como un ronroneo y de la forma que suelen hacer las madres de los rayones, indicándoles donde tienen que buscar el alimento. La experiencia me hizo aguantar sin chistar y aunque estaba atento al desarrollo de lo que acontecía, entendía que no debía despertar a nadie y menos de forma sobresaltada; así que aguante y al rato el silencio invadió nuevamente la noche. A la mañana siguiente, efectué mi acecho, conseguí dos buenos conejos para el arroz y por supuesto no comenté con nadie la inesperada visita de la noche anterior ni siquiera a mi mujer, pues habría dejado la excursión aquel mismo día. Aprendí la lección y desde aquel día puse aún mas celo en retirar cualquier desperdicio por minúsculo que fuese, de los lugares que visité y

acampé.

Aquel año de 1975 fue crucial para España, si bien nuestro Antonino mostraba poco interés por la política y todos los acontecimientos relacionados con ella, posiblemente las enseñanzas escolares y lo poco que se hablaba sobre estos asuntos, le habían seccionado este campo; el solo se dedicaba a criar sus hijos, trabajar como un "burro" y sus sierras y sus ríos y poco más. Así que a continuación nos sumergimos de nuevo en el río y en esta ocasión le toca el turno, nuevamente al de Castril.

-el charco Patricio y el trucho de mi vida-

No sé si este río, puede aspirar en un futuro, a ostentar el honor de llegar a ser nombrado como el lugar en donde nace nuestro querido Guadalquivir; lo que sí es que en la actualidad y más aún en las fechas en las que sucedieron estos relatos míos; tenía la categoría de, compartir su misma belleza salvaje y casi sus mismas sierras y las mismas entrañas en el nacimiento de sus aguas. Al río de Castril, solía acudir casi con idéntica regularidad que a su vecino y hermano el Guardal; dependiendo solamente del tiempo del que disponía para dedicar a la pesca de la trucha. En cuanto se abría la veda, automáticamente dejaba todo lo relacionado con la cacería y me zambullía (y nunca mejor dicho) en el río.

Entre puente Lezas y las Tabernillas; en su tramo alto y exactamente el que contiene el gran charco (uno de los más grandes) de este curso de agua. Un grupo de aficionados que componíamos el "Club pesquero", pues teníamos nuestras reuniones en el bar de el Pedreño y efectuábamos un seguimiento de capturas, observando un comportamiento no escrito pero muy ético y fidedigno, con respecto al entrañable deporte al que nos dedicábamos con amor y ciega pasión. Por mi condición de bancario, o porque me iba la marcha, fui elegido como el secretario del mismo y es por lo que hoy puedo mostrar un croquis de las capturas efectuadas en la temporada 1979.

Aquel día, comencé mi pesquera un poco antes del puente que había junto al Lezas, y si bien se podía cruzar por el vado, pues la temporada estaba a mitad de su ciclo y el río no venía muy crecido (con crecida imposible pasar ni con tractor o todo terreno), me agradaba este puente de troncos y un pilar de piedras en su mitad, porque solía dar buenas sorpresas en los chascos junto a su base y cercanías. Nada más entrar en el río, observe una acción de “pesca” que por lo natural y la complicidad del matrimonio que la ejercía, me hizo gracia y observé ya fuera del agua el desarrollo de la misma. Consistía esta “modalidad” en que el hombre andaba metido por el río con ropa y hasta las rodillas en algunos sitios, y en lugares perfectamente conocidos por el lugareño, metía los dos brazos en el agua, rodeando las piedras medianas y acto seguido y con una rapidez pasmosa, aparecía con las manos juntas y portando una trucha, que sin parar la acción, lanzaba a la orilla y en dirección a donde aguardaba su compañera, que inmediatamente tomaba el salmónido y lo introducía en una cesta de mimbre. Esta acción fue muy breve, posiblemente por no despertar sospechas y también por la temperatura del agua que hubiera desencadenado un posible accidente sanguíneo al actor, aunque era media temporada, el agua de este río es bastante fría todo el año. Continué río arriba y finalmente llegué a mi citado charco Patricio.

El charco, suele tener gran caudal durante toda la temporada, y por sus características de anchura, profundidad, largura y posición en el río, es de difícil pesquera, sobre todo por la parte derecha que tiene varias riscas que limitan su cauce. Crucé el río con dificultad, y me coloqué en la parte derecha contracorriente, pues con buen criterio esta es la orilla menos trabajada, dada su dificultad de acceso, empleando en este desplazamiento casi media hora. A continuación, lancé mi cucharilla plateada y del número dos, varias veces al lugar en donde rompen las espumas; pero la corriente era tan fuerte que ni el peso de esta cucharilla, ni la velocidad de recogida de mi carrito “abu”, me permitieron efectuar los lances con cierta efectividad, por lo que modifiqué el número de la misma a un

tres y además elegí otra de la variedad “pececillo”, pues la anterior era del tipo insecto, y nuevamente efectué varios lances, modificando en cada uno tanto el lugar como la profundidad y de pronto, sentí como que las puntas del angora se habían enganchado en un palo, pues la sensación no era ni de lucha ni de resistencia ;después aprendería que las truchas grandes, utilizan este ardid, para sorprender al pescador y soltarse a la primera de cambio, y efectivamente cuando recogí el hilo, pude observar que el “bicho” que se acercó sin apenas moverse, venia cogido levemente por su agalla, por lo que actué muy rápido y con una red que tenia de las de paquete y de mango pequeño, que poseen un fleje que las mantiene enrolladas y al cinto, la atrapé asegurando su captura.

Aquel día disfruté de dos de los placares más grandes que un pescador puede tener; la captura consciente de un buen ejemplar (este pesaría algo más de 500 gramos) y el otro placer y posiblemente el más grande... el de soltar a este bello animal, tras depositar un beso en su cabezota casi cuadrada, pues creo se trataba de un trucho, el cual vi alejarse despacio como si no creyese que estaba libre.---

Corría ya el año de 1976, fecha en la que un gran hombre político era nombrado Presidente del gobierno de España, don Adolfo Suárez González. En dicho año nuestro Antonino, asistió a dos acontecimientos muy importantes; el uno fue triste y el otro gozoso y cargado de alegría.

Hacia ya algún tiempo que Pepico Olivo (el abuelo de la familia) había dado muestras y avisos de que su salud no marchaba muy bien, por lo que un triste día de mediados de año su cansado cuerpo dejaba de funcionar, posiblemente una gran parte de este desenlace se debió a que unos años antes había tenido que cruzar todos sus olivos por unas continuadas heladas que habían asolado el termino de Iznalloz (en el argot campesino, se aplica la palabra cruzar cuando el olivo se corta a ras del suelo), parece que intuía su desenlace, pues según sus comentarios, dijo "que pena de olivos, ya no los volveré a ver

cómo estaban", y se cumplió ; nunca volvió a verlos grandes. Desde aquí mis respetos hacia ese hombre callado pero que en lugar de palabras respondía a la vida diariamente, con hechos, un maestro del Zen.

El suceso gozoso, fue el nacimiento de una pequeña gota de rocío que a las cuatro de la madrugada un 22 de noviembre, un doctor ayudaba a María de los Amores a traer al mundo y minutos después mostraba a través de un cristal a nuestro asombrado Antonino, el cual me refería como el gesto de aquel pequeño angelito, un pucherito sin romper en llanto, quedó marcado en su memoria gratamente y para siempre. Dado que la pequeña había venido con el rocío de la mañana no hubo ninguna duda de cómo la llamarían; Rocío. Antonino me contaba que *"Aquella preciosa chiquilla había elegido Granada para nacer y como una curiosidad agregar que fue al igual que sus hermanos, fruto del amor, de esa alquimia que mezcla química, genética y sentimientos y añadía, esto es pura intuición de un visionario y amoroso padre, que esa conexión o chispazo cósmico se produjo nueve meses antes, en un lugar mítico de Guadix y a 2.000 metros de altitud en el denominado Puerto de la Ragua"*, lugar muy querido por nuestro personaje y también muy visitado siempre que acudía a su pueblo natal.

A punto estuvo de no llegar al nacimiento, pues meses antes y cuando se recibía la funesta noticia del fallecimiento del abuelo, el precipitado viaje y las emociones del duelo que siguieron, produjo un malestar grande en la gestante que hubo de ser atendida por el ginecólogo a fin de recuperar la marcha normal del embarazo. Tras de unos meses de absoluto reposo, prescrito por el facultativo, asistida diariamente por su vecina María Teresa (exquisita vecina), María de los Amores pudo trasladarse a casa de su madre en Granada y esperar ese hermoso día del mes de noviembre, con las garantías plenas de un buen alumbramiento.

Antes de iniciar un nuevo capítulo, una nueva andadura

de nuestro buscador de respuestas, os dejamos otro episodio serrano, en esta ocasión en la sierra del Pozo y exactamente en el pantano de la Bolera, contado por Antonino.

- el choto montes de la Bolera-

Cuando se llega a determinada edad, en mi caso los 70, se producen cambios en nuestro organismo que afectan a nuestros hábitos y respecto al sueño, se reduce y acorta el ciclo de horas necesarias para nuestro correcto descanso. No se alarme el posible lector, que no quiero referirme a esta necesidad física y psíquica de descanso que tenemos los humanos, pues solo deseo presentar el origen de la creación del presente relato.

Son las cinco de la madrugada y desde hace un buen rato, busco sin conseguirlo la posición adecuada para caer nuevamente en los brazos de Morfeo; por lo que decido levantarme y aprovechar mi tiempo de vigilia, de la mejor forma posible. Adelanto mi café de la mañana, tomo un buen libro, en este caso La Sierra del Agua de Antonio Castillo y David Oya y retomo nuevamente su lectura. En esta ocasión e trata del relato número 49, magistral y técnicamente presentado por Manuel González bajo el sugerente título -Los paisajes subterráneos del agua La fuente sumergida-, en donde este señor como colaborador del libro y un técnico especializado en las entrañas de la tierra -espeleólogo-, nos deleita con los encantos del agua, en los que cita la primitiva Fuente Valentín antes de construirse el pantano de la Bolera en el río Guadalentín. La lectura de este bello e interesante relato, es la que pone en marcha mis recuerdos de dicho lugar y da pie a que yo a mi vez escriba el siguiente relato. Durante unos meses estuve en la sucursal que el banco Hispano tenía en Pozo Alcón. De todos es conocida mi pasión por la pesca de la trucha y ni que decir tiene que esta sierra del Pozo, reunía condiciones para ejercer este hermoso deporte en el citado pantano recientemente construido. En varias ocasiones ya había visitado dicho pantano desplazándome desde Huescar pero la trucha de pantano no era

mi especialidad ya que lo mío era andar y degustar los lugares del río y si bien en el pantano la idea de capturar la trucha de mi vida me alentaba, solo conseguía algún que otro cachuelo y más bien me dedicaba a observar la fauna que periódicamente transitaba en las cercanías de sus orillas.

Aquel día tardé muy poco tiempo en llegar a la cabecera de La Bolera, pues el pueblo dista muy poco del referido pantano y no era lo mismo que salir de Huescar, pasando por Castril y la lancha de Almicarán. Pasé rápidamente la casa forestal y me dirigí sin más hacia la cola del pantano, subiendo todo cuanto más pude al objeto de rodear dicha cola, pues tenía en mente, en llegando a la terminación del pantano, hacer algunos tentaderos en los arroyos de dicha cola. Dejé el coche aparcado en el último camino posible y comencé a andar. La cosa se presentaba difícil, pues aunque era verano y el estiaje en consecuencia estaba muy bajo, las características especiales de la orografía del terreno, con escarpadas laderas y continuos pequeños barrancos, hacía muy difícil alcanzar mi pretendida meta, que no era otra que la de conseguir un lugar propicio para efectuar mis lances. Esta dificultad presentaba, sin embargo una faceta muy grata, como era la de que a cada nuevo barranco sorteado, sorprendía a la reina de las riscas, el macho montés, unas veces solo otras en grupo, pues este es sin duda es el santuario de esta maravilla de ungulado, en lugar de sorprenderse y salir disparados, me miraban como indulgentes y sin prisa pero sin perderme de vista y procedían a remontar mansamente hacia cotas más altas. Me sorprendió la cantidad y calidad de estos grupos, así como el hecho de no ver otras variedades; ciervos, venados, muflones e incluso gamos, que si había visto en otras ocasiones, pero en las partes más llanas de La Bolera. Y como casi siempre que salgo al campo, me dejé arrastrar por el paisaje y sin darme cuenta cada vez subía más y más, pronto descubrí que había llegado al sitio buscado, pero igualmente constaté la existencia de unos agujeros de diferentes tamaños y profundidad que de cuando en cuando aparecían en el terreno y también me intranquilizó el observar que algunos

tenían profundidad desconocida y enseguida comprendí que por las características de las rocas kársticas, que estos agujeros o chimeneas verticales correspondían a otros tantos derrumbes de estos materiales carbonatados (que diría un entendido en la materia, cosa que yo no soy), por lo que me fijé muy bien por donde tenía que pasar, para a la vuelta rodear dichas trampas naturales.

El paciente lector, se preguntará por la figura que aparece en el título de este relato, y he de agregar que es al final de mi pesquera o intento de hacer capturas, pues no conseguí ninguna trucha para así confirmar mi tradición , pues que mentiría si dijese que alguna vez he conseguido pescar una trucha de pantano; fue al final y repito, cuando después de agotar mi tiempo en múltiples lances , todos infructuosos y de regreso entrada ya la noche y cuando sorteaba un rellano, escuche por primera vez en mi vida el silbido de una cabra. Inmediatamente me dejé caer al suelo al tiempo que pensaba que alguien quería llamar mi atención, un pastor un guarda...La respuesta solo tardó un minuto en llegar; pues no muy lejos de mi posadero, distinguí un montesa, que repitió por segunda vez esta especie de “chiflido” y acto seguido muy cerca también, apareció un chivo, que sin titubeos se lanzó hacia las ubres de la madre y delante de mis atónitos ojos se dio el gran festín. Disfrute de aquella visión , posiblemente única en mi vida y procurando hacer el menor ruido posible, aún no comprendo cómo sorprendí a la cabra , pues tienen un olfato, una vista y un oído muy poderosos, me alejé de tan amorosa imagen y en algo menos de una hora estaba ya de regreso al Pozo

CAPITULO XII: Nuevos horizontes, de nuevo a los Madriles

Nuestro protagonista no olvidaba la promesa hecha a su progenitor, de que llegaría a ocupar el puesto de director de sucursal, pues era hombre de cumplir su palabra y además necesitaba reforzar su economía, puesto que el sueldo de apoderado ya se estaba quedando corto con el aumento de la familia y si bien era cierto que en el plano del escalafón había subido, recientemente había sido nombrado Jefe de Contabilidad dentro de la misma ciudad y oficina , no era menos cierto que la base dineraria había cambiado poco y la jefatura estaba mejor remunerada, así es que comenzó a preparar su futuro puesto, y aparte de solicitar su participación en el próximo curso para directores, se matriculó en los cursos de acceso de la UNED,

para tratar de sacar su licenciatura como futuro economista, consciente de sus limitaciones y carencias universitarias.

Los tiempos eran igualmente de cambios, tanto políticos como sociales en los años 1977/78. Los españoles nos dimos una Constitución en diciembre del 78 y a nivel mundial sucedían también grandes cambios en lo político y en lo religioso, pues en ese mismo año tenía lugar un hecho histórico y repetido muy pocas veces en la historia de la iglesia católica, como fue el nombramiento de dos nuevos Papas a la muerte de Pablo VI, le sucedía Juan Pablo I (33 días de papado) y a su muerte el Cardenal Karol Wojtyla como Juan Pablo II.

Antonino me contó muchas de sus jornadas en Madrid, con motivo de su permanencia de dos meses, que eran los dispuestos por sus superiores, para la mínima formación de un futuro director de oficina, si bien prefiero como es nuestra costumbre el que sea nuestro protagonista quien nos comente su estancia y sucesos más significativos acaecidos durante dicho curso.

-albariño, vieiras y vihuela-

Hoy he recordado a un amigo holandés con el que tuve una relación casi de hermano, en el tiempo en que viví en Iznalloz. Quiero dejar constancia de como se inició nuestra camaradería y amistad.

Gerard Brand era para mí(no conocía otro) el perfecto prototipo de holandés, tanto física como emocionalmente ya que tenía cara de niño grande, de cabellos rubios y con sus ojos azules que reflejaban una mirada franca y abierta , tez muy blanca y sonrosada acompañando su rostro casi siempre de una sonrisa muy agradable en la que mostraba sus dientes algo separados, que le daban el pícaro toque de un Tom Sawyer grande, incluso mantenía algunas pecas. Era procedente de la ciudad de Nimega, un gran municipio de la provincia de Güeldres en los Países Bajos, ciudad cargada de historia y con

universidad, por lo que mi amigo Gerardo, añadía a su cultura (doctor en antropología) una gran dosis de educación y buenas maneras. Ya en cierta ocasión comenté una merienda en el campo, estando en Iznalloz si bien no añadí el cómo terminó el día. En dicho evento comenté cómo nos pusimos de conejo al ajillo y muy bien regado con vinillo clarete de las famosas bodegas bilbaínas.

Resulta que cuando nos retiramos a descansar, llegada la noche, sentí unos pequeños golpecitos en la puerta de mi habitación (la suya estaba frente a la mía) y la imagen que me encontré en el pasillo al abrir fue dantesca, Gerardo estaba al borde del "delirium trémens "con una tiritera y un castañeteo de sus paletas que parecían dos castañuelas desbocadas; la mirada perdida y toda la parte baja de su pijama , rezumando y chorreando un líquido verdoso que no olía precisamente a rosas ; al pobre se le había descompuesto el vientre y acudía a mí en petición de extrema ayuda para que le asistiera en su penosa situación... pues no había tenido ni tiempo ni fuerzas para bajar a los servicios que estaban en la parte inferior de la casa de huéspedes en la que los dos nos alojábamos. Rápidamente me percaté de la situación y lo tranquilicé, al tiempo que lo ayudaba a entrar en su cuarto y sin perder un minuto, lo senté en el borde de la cama, bajé rápidamente al cuarto de aseo y subí de nuevo con un zafa o jofaina y agua caliente, pues él ni estaba en condiciones de bajar las escaleras ni tenía una presencia que acompañase a su dignidad como adulto, simultáneamente pedí a María, la propietaria una ropa limpia para la cama y la tranquilicé diciéndole que yo me encargaba de todo, que por favor llamasen al médico y mientras, yo lo asearía y cambiaría.

Aquel día ejercí de samaritano y con el mismo recato y atención con que su madre le hubiese atendido, limpié su cuerpo y le puse una muda limpia, al igual que mientras fregaba los restos del naufragio, le transmitía palabras de aliento y calma, hasta que llegó el doctor y lo auscultó , posteriormente le recetó una medicina en forma de inyección, la cual fui a la farmacia para su adquisición y al volver tuve que ejercer de nuevo y esta

vez como practicante, pues el doctor era novato y me dijo que él nunca había practicado pinchar a los enfermos, por lo cual y al no estar en el pueblo el Practicante (A.T.S. le decimos hoy) , me indicó la forma de hacerlo y la zona en donde se debía de aplicar...Señores míos...el aguante y la confianza que esta criatura puso en mi persona no lo puedo describir con palabras, solo diré que le clavé hasta tres veces la aguja en el trasero y él aguantó estoicamente, y por fin al tercer intento conseguía mi objetivo , pues el doctor me había advertido que no podía pinchar una vena y puedo asegurar que esta vez fue la primera y la última que me metí a banderillero.

No alejándome mucho del hotel en que nos hospedábamos todo el grupo de futuros directores, buscando lugares de restauración cercanos y de interés (en cierta manera únicos o especiales). El hotel se llamaba Atlanta, situado muy cerca del campo de fútbol Santiago Bernabéu, y también muy cerca de la c/ Reina Mercedes, di por casualidad o publicidad en el hotel (no lo recuerdo) con un restaurante gallego llamado Combarro y yo que buscaba una buena pizzería (que era el furor de aquel tiempo) descubrí mi club para los próximos 60 días y dejé la pasta italiana para otra ocasión, para dedicarme por entero a aprender a distinguir el buen ribeiro del mejor porriño o del excelente albariño, con los que hacían el buen maridaje (que se dice ahora), una variedad parecida a gambas que no recuerdo su nombre, cigalitas, percebes (entonces no eran privativos), nécoras y la famosísima vieira o concha peregrina (la joya de la corona para mí y desde aquel día), y como íbamos con gastos pagados y además nos daban dietas diarias por desplazamiento pues he de decir que visitaba el Combarro cada vez que podía y tenía tiempo libre, recuerdo que junté un par de docenas de las peregrinas para usarlas como plato de aperitivo y aún ruedan algunas por casa ; como anécdota diré que un día hasta pedí un autógrafo a Paco Camino, que por aquel entonces triunfaba en los ruedos.

Y nuevamente retomo mis recuerdos con Gerard y me centro en ese instrumento reseñado en la cabecera de mi relato, La vihuela. ... Es un instrumento antiguo y muy español, del

siglo XVI , muy parecido al laúd y emparentado con la guitarra, el cual se tocaba con una púa (como la bandurria) en ocasiones y otras veces con un arco, con una caja de resonancia de forma cóncava y que en aquellas fechas era el instrumento de moda entre la clase noble y palaciega, un instrumento que dejó la Edad Media y entró de lleno en el Renacimiento. Esto viene a cuento porque recibí una llamada inesperada de mi buen amigo Gerardo (seguramente pediría información en el banco) y digo inesperada porque hacía tiempo habíamos dejado de comunicarnos por circunstancias del trabajo de cada cual. En dicha llamada me decía que en unos días pasaría por Madrid, para dejar a su hermana que era concertista de vihuela, en un curso especial al que se había inscrito, y que no tenía claro qué día podría ser, por el tema de combinación del avión pero como le comenté que yo estaba de curso , pues no sería problema el juntarnos , conocer a su hermana y tomarnos unas copitas , por supuesto le comenté la visita obligada que realizaríamos al Combarro, y en esto quedamos...si bien y con la emoción o precipitación del teléfono, no le comenté que aquel fin de semana me tocaba ir a Granada para estar con la familia, ya que hacía más de dos no la había visitado, así que cuando se presentó el sábado y dado que no tenía forma de comunicarme con Gerardo, opté por partir para Granada y dejarle una nota a mi holandés, explicándole mi partida y rogándole disculpas, pensando que al siguiente lunes nos encontraríamos... Volví a Madrid, mi nota permanecía en donde la dejé (recepción y a la atención del señor Gerad Brand), sin contestación... La duda la mantengo desde aquel día y nunca sabré si intentó comunicarse nuevamente conmigo, si no pudo entender que me marchase a mi tierra o quizás no le dieron mi nota.... y me quedó para siempre el sentimiento de haber fallado a un AMIGO.

Con este sentimiento de culpa en los recuerdos hacia su amigo Gerard ,dejamos de insistirle a nuestro Antonino, pues sabíamos que recientemente había pasado por una gran prueba en su trabajo (las referidas "cornadas" laborales en otro capítulo) y aunque respetamos la intimidad de nuestro Alcornoque, no quiso

referir su "cornada", pudimos indagar que a petición suya se efectuó una inspección interna en su sucursal, pues había asuntos contables que se ocultaban por parte del director de la misma y como resultado de dicha inspección, al director le fueron retirados sus poderes, pasó a empleado en otra sucursal y posteriormente expulsado del banco, aunque por otro asunto. Antonino continuó como jefe de contabilidad, por lo cual pensó que debía de salir él también de la ciudad de Huescar y cambiar de aires, con el añadido de que sus hijos pronto estarían en edad de cursar estudios de grado superior y quería acercarse en todo lo posible a una capital de provincias, de ser posible Granada o Málaga, pero por la puerta grande y "vestido de torero"; así que era un motivo más para participar en los cursos para directores en Madrid.

Antonino me contó muchas más anécdotas de su estancia en la ciudad del oso y el madroño, y de cómo en dos de sus viajes en avión a Granada (en fines de semana) coincidiría con dos personas de relevancia social y famosos; una de ellas fue don Leopoldo Calvo-Sotelo y Bustelo y la otra nuestro mundial cantante jiennense Joaquín Sabina. El primero de ellos a nuestro alcornoque le sonaba de formar parte del consejo de administración del banco Hispano y otras grandes empresas, años después sería Presidente de la nación y en cuanto al segundo era su ídolo como cantautor moderno; si bien guardó la debida distancia, para no violar su intimidad (aunque se cruzaron algunas miradas).

También me contaba de cómo por aquellos años, la sociedad mantenía la fe en el futuro (o por lo menos eso le parecía a él) y las empresas sostenían una gran apuesta por sus trabajadores y se empleaban bastantes recursos en su formación, continua y permanente a todos los niveles, y cómo de los compañeros de aquel curso, posteriormente salieron varios directores de zona. Para nuestro personaje supuso un nuevo peldaño en su objetivo laboral, por lo que puso todo su interés en salir airoso de la prueba y del curso. Me contó que el curso

constaba de dos partes, la teórica y de formación en Madrid y una práctica bajo la tutela de un director de sucursal durante otro mes más ; para la citada práctica le fue asignado Guadix y aunque su padre se había jubilado hacía pocos meses, me refería el orgullo que tenía de ver a su hijo ya practicando la dirección y precisamente en su pueblo y sucursal.

El año de 1980 fue un año variado y de gran importancia para Andalucía. Se votó en referéndum su autonomía, como comunidad. A nivel mundial, sucedía otro hecho importante, Lech Walesa fundaba el sindicato Solidaridad, decisivo en la desmembración de la URSS. También sucedía un trágico asesinato, el del principal componente de los Beatles; John Lennon. España continuaba calentando motores en su democracia y nuestro Antonino era por fin nombrado director de una oficina en los confines de Sierra Morena, un lugar llamado Santisteban del Puerto de la provincia de Jaén, que aunque no le gustó mucho, sí que no estaba mal para empezar en la dirección de una oficina, con el añadido de que lindaba con las sierras de Cazorla, Segura y Las Villas, muy relacionadas con la pesca y la caza. A finales de octubre tomaba posesión y durante los dos primeros meses preparó su futura vivienda y así realizar el traslado de su familia, mientras tanto conocía el pueblo y sus nuevos clientes.

Dice el refrán; "el hombre propone y Dios dispone" y en esta ocasión se cumplió plenamente, pues sucedió que por un rechazo total del director sustituido, por motivos de salud, este propuso a nuestro flamante directivo el permutar su nueva sucursal situada al otro extremo de Andalucía y exactamente en la provincia de Málaga, y consistía dicha permuta en que Antonino ocuparía la plaza de Cártama y su colega volvería a Santisteban del Puerto. Como es natural a nuestro Antonino le encantó el ofrecimiento, pues dicha plaza distaba solo 25 km. de la capital, cosa que nuestro personaje había tenido en mente desde siempre y pensó que a una malas, llegado el momento, podría trasladarse a vivir a la capital y sus hijos ya podrían estudiar en la universidad, y aunque sabía que serviría de poco,

puso esta condición a su nuevo Zona.

A modo de despedida de estos lugares del altiplano, dejamos un relato de nuestro personaje, el cual y a nuestro juicio preparaba y sintonizaba con su próximo futuro.

CAPITULO XIII: Desde el altiplano a la mar

...de la mar el mero y del monte el cordero..

No recuerdo la fecha en que Antonino dejaba Santisteban del Puerto, pero sí me dijo que aquel día de mediados de enero del 1981 era uno de los más crudos del invierno y dado que tenía que atravesar parte de la sierra de Cazorla, para acercarse a Huéscar, pues le habían dado unos días de permiso antes de incorporarse a su nuevo destino en Cártama (Málaga), utilizar el puerto de Tiscar era obligado en su viaje. Un poco antes de llegar a Quesada, la Guardia Civil estaba impidiendo el acceso al puerto de montaña (1200m de altitud) ,posiblemente quedaría cortado por unos días, incluso a los que tenían cadenas, pues la

noche anterior había caído un nevazo de los de antes y era casi imposible el atravesar dicho paso serrano. Antonino me contó que aprovechando el conocimiento que tenía de las sierras, volvía sobre sus pasos y tomaba un camino terrizo de montaña que evitaba el control (pues estaba con muchas ganas de llegar a casa). Así que unos kilómetros de camino y nuevamente accedía a la carretera principal que unía Quesada con El Pozo. Aquel viaje fue casi épico, pues me contó la dificultad que tenía por la nieve caída (Antonino tenía entonces un GS Palas de la marca Citroën) y aunque su coche tenía un dispositivo especial para elevarse, esperó un poco antes de incorporarse al asfalto (tapado por la nieve) y en un momento determinado acertó a pasar un camión grande, con carga especial de troncos de pino de las sierras, e inmediatamente se colocó detrás y por nada del mundo dejaría de seguirlo, pues sabía que si no modificaba su marcha (en primera todo el trayecto, ni frenaba) conseguiría mantenerse dentro de la vía y sin deslizarse hasta llegar a Pozo Alcón, desde donde era menos complicado el trayecto hasta Huéscar y la altitud era menor.

Dicen que las promesas se deben de cumplir. Resulta que nuestro flamante director había dejado pendientes algunas celebraciones por su despedida de amigos, compañeros y clientes, y por aquellas fechas todo o casi todo lo celebraban comiéndose un borrego a las brasas; por lo cual y nada más se enteraron de que Antonino pasaría unos días entre ellos, pues habían quedado cerrados los puertos de montaña (Tiscar, Santiago de la Espada y el Baúl (Baza), decidieron festejar su estancia con un magnífico cordero, traído expresamente desde Orce, donde existía entonces el mejor matarife en esta especialidad y el cordero pertenecía a un buen amigo de Antonino, Antonio Navarro, afamado criador de esta raza y ganador de premios en la ferias de ganado que ya se celebraban con el título de Jornadas de la Oveja Segureña. Para los que no gusten de estas carnes, debo de explicar que el resultado y calidad de ellas depende de dos cuestiones principales; una la excelencia por supuesto de esta raza (descendiente de la

manchega) adaptada a la dureza de los pastos de esta zona y otra el que el matarife actúe tan limpiamente sobre la carne al retirar la piel y cortarla en pequeñas piezas, que en ningún momento la mano que tiene el cuchillo nunca toca dicha piel y de igual forma la que sostiene el cuero jamás toca la carne... el resultado es una carne lechal sin tufillo. La leña de carrasca (encina) y los añadidos, sal, limón y vinillo del terreno, hacen el resto....mmm!!

Nuestro sujeto había permanecido algo más de dos meses en su nuevo destino, pero en ese corto espacio de tiempo había aprendido cosas muy importantes para su futuro como director de una oficina, siendo la principal y primera, que en adelante debía de manifestar poco o nada sus aficiones, principalmente la de cazador, pues había notado cómo al enterarse de su pasión por la caza, se disputaban la pertenencia de su persona en sus grupos, todo ello motivado por el interés hacia el puesto que ocupaba,. La segunda cuestión era afectiva con respecto a las piezas abatidas, cada día le llamaba menos dicha afición venatoria.

Pasados sus días de descanso, nuestro hombre tomó el camino de su nuevo destino y si bien conocía parte de Málaga , pues había estado de vacaciones en un pueblo de la costa oriental Nerja, desconocía la parte occidental de la capital, por lo que cuando coronó el puerto de las Pedrizas experimentó las sensaciones que se producen al contemplar nuevos lugares serranos.

En el año 1981 se producía una serie televisiva que causó un gran impacto de audiencia “Verano azul” en la que su principal protagonista Antonio Ferrandis Monrabal, alias “El Chanquete” nos deleitaba con sus historias sencillas y cotidianas junto con su grupo. Pretendo presentar la ciudad de Nerja y una anécdota que me relató Antonino sobre unas vacaciones que pasó con su familia en tan maravilloso municipio malagueño.

-Po arró"(en castellano-Pues arroz)-

Corrían los últimos años de los 70 y aún trabajaba en

Huéscar, llegado el verano y las vacaciones correspondientes, decidimos pasar una semana en Nerja, pues nos habían hablado muy bien de este pueblo malacitano y además de sus famosas cuevas, que ya potenciaban el pueblo, disponía de unas magnificas playa , no solo bajo el balcón de Europa, sino muy cerquita se encontraban los famosos acantilados de Maro, por lo que unos meses antes buscando en la guía de teléfonos, encontré un hostel-pensión (puesto que la economía no estaba muy sobrante) que respondía al sugerente nombre de "Pensión Atembení"; por lo que llamé y me interesé aún más al hablar con su dueño, que además de ser cazador como yo, tenía un don de gentes y una garra comercial especial, y además me interesó desde el primer momento, por el precio y por las características del negocio familiar (muy reducido el número de habitaciones). Concerté la reserva y llegado el momento nos trasladamos a este bello municipio.

No fue muy difícil el viaje y la llegada a Nerja, pues aún no gozaba del auge que posteriormente tomaría, recuerdo que llegamos casi a la hora de comer, por lo que una vez formalizada la estancia y aseados un poco, mi familia y yo bajamos al comedor y nos acomodamos en el pequeño pero confortable local, asistidos en todo momento del propietario que si encantador había sido por teléfono, en persona era aún más agradable; el cual nos envió a la única persona que atendía las funciones de camarero, seguramente hija o pariente. La chiquilla nos preguntó qué deseábamos tomar y como no tenían carta le pregunté sobre las comidas que hacían y cuál de ellas creía era la más característica del pueblo; ella enseguida nos comentó que lo que mejor cocinaban era el arroz, por lo que yo continué y al preguntarle qué clase de arroz cocinaban, la chiquilla mostrando su angelical rostro y muy sorprendida me contestó muy secamente "Po arró"!!, así que yo sin más le dije cortésmente, "po arró" gracias. Mis hijos eran aún pequeños, pero ya sí tenían el sentido del humor muy fino y apostillaron "Po arró, Papá". Aquel día disfrutamos en honor a la verdad del mejor arroz caldoso que habíamos tomado en mucho tiempo.

EPÍLOGO

Según palabras textuales de nuestro diccionario de lengua castellana, “epílogo” se utiliza para designar la parte final de un escrito, novela, etc, o lo que es lo mismo, su recapitulación, resumen y conclusión. En mi caso, no sé si he llegado a descubrir algunas de las respuestas buscadas por nuestro personaje, aunque trataré de manifestarme al respecto.

Analizando los 35 años que hasta el momento hemos descrito sobre nuestro amigo, así como también los diferentes lugares recorridos, podemos afirmar que nos encontramos al

final de una etapa y a la mitad de su dilatada vida, y puesto que aún le quedarían más lugares que recorrer y dónde aprender, he considerado que debía poner fin a esta primera parte y esperar que el futuro nos depare el poder dar vida a una segunda parte de nuestra novela, si bien es verdad que habrá que anticipar algunas conclusiones aunque se corra el riesgo de errar en las mismas. Podemos afirmar que nos ha quedado claro el gusto de nuestro Alcornoque por la naturaleza, su curiosidad por los seres que pueblan este planeta y sus lugares, su marcada afición hacia la música popular y el arte flamenco, su gran respeto por el ser humano, un gran cariño manifestado en sus relatos por su familia y amigos, una incesante curiosidad por los sucesos y las cosas naturales, una fina intuición para encontrar explicaciones a sus carencias científicas y falta de conocimientos de muchas disciplinas, una sana y noble humildad para reconocer dichas carencias, una muestra razonable de la media de los sujetos de su época, un poco introvertido e individual en ocasiones, aunque social y comunicador en otras, la paradoja de su afición por la lectura sin corresponderse con la afición al estudio, su gran vena filosófica, una desbordante fantasía, un romántico, algo inconsciente, algo infantil, profundo en ocasiones, enamorado de su tierra, gran comunicador que empalizaba con rapidez, entregado en cuerpo y alma a cualquier nueva experiencia o conocimiento por los que se interesara, un soñador, sensible al sufrimiento humano, con un olfato e intuición muy especial para ciertos; resumiendo diremos que Antonino tenía los atributos que caracterizan al ser humano, además de ilusión y curiosidad en grandes dosis, por lo que de mayor podría ser lo que quisiera, y eso sí, lo que deseara su corazón.

Agradecer al posible lector su tiempo y dedicación a la lectura de esta historia escrita con amor e ilusión. Tendremos que esperar en la segunda parte, para que con su propio comentario nos responda, si al final supo dar respuesta a lo que quería ser de mayor.

"La grandeza del hombre, está en ser el puente y no la meta".

Friedrich Nietzsche.

"Caminante no hay camino, se hace camino al andar".

Antonio Machado.

"Caminante y camino son una misma cosa, nadie puede acceder a este, sino él mismo"

Antonio Parrilla.

“Intenté parar el tiempo, pero no pude.
Probé a detener el escenario, y lo contuve.
Busqué parar el calendario, solo conseguí
su aplazamiento, frustando con ello el pensamiento.

Decidí parar el pensamiento, entonces y solo entonces
descubrí, que tiempo y pensamiento marchan juntos, por siempre
y para siempre, en un apasionante movimiento.”

El Parri